

JERONIMO GRACIAN DE LA MADRE DE DIOS

EL HEREDERO EXILIADO

José Alberto Pedra

PRESENTACION

Con mucho gusto presento este libro sobre el P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, insigne carmelita descalzo, discípulo predilecto de Santa Teresa de Jesús y dinámico colaborador de ella en la refundación del Carmelo, en la España del siglo XVI.

Al leer el libro no pude menos que comprobar aquello que la misma Santa Teresa solía decir: “la verdad padece, pero no perece”. La persona del P. Jerónimo Gracián, incomprendida e injustamente perseguida por los superiores de su tiempo, aparece en toda su grandeza en esta biografía, clara y al alcance de todos. Estoy seguro de que en un futuro próximo será plenamente revalorizada.

El Centro de la Orden de los Carmelitas Teresianos, que represento como Superior General, rehabilitó recientemente al P. Jerónimo Gracián y aceptó también la introducción de su causa de beatificación y canonización.

Esta biografía escrita por José Alberto Pedra, Presidente del Carmelo Seglar de Curitiba, Brasil, contribuirá, sin duda, a dar a conocer esta grande figura del Carmelo. En la lectura de estas páginas se va descubriendo su itinerario humano y espiritual: familia, educación, estudios, ingreso en la Orden, los grandes servicios que prestó a su familia religiosa, la predilección que Santa Teresa tuvo por él, las incomprendiones y persecuciones que tuvo que sufrir, sus sufrimientos, su espiritualidad profunda y evangélica, sus escritos.

Como Superior General del Carmelo Teresiano recomiendo la lectura de este libro, ágil y agradable. La historia es la maestra de la vida y mucho nos enseña en la vida de las grandes figuras que dejaron huella en la época en que vivieron y que continúan presentes en sus enseñanzas y en sus escritos. El P. Jerónimo Gracián es una de esas figuras. A principios del tercer milenio, su vida evangélica podrá servir de estímulo a muchos cristianos, en particular a los miembros de la familia del Carmelo Teresiano para vivir comprometidos con el proyecto de Dios y para enfrentar desde la fe los desafíos de nuestra época.

Roma, Año Nuevo 2003

Fr. Camilo Maccise, OCD
Prepósito General

PROLOGO

El padre Jerónimo Gracián de la Madre de Dios sigue vivo en la memoria de la Orden al cabo de cuatro siglos, y sigue suscitando admiración y deseos de imitar sus virtudes en quienes tienen la fortuna de encontrarse con él.

El caso del Prof. José Alberto Pedra no es una excepción. Pero lo va a ser, en cierto sentido, el resultado de tal encuentro. Y es que, cuando tuve noticia de su reacción entusiasta, le propuse inmediatamente que la plasmara por escrito para poderla compartir.

Precisamente porque Alberto es profesor universitario y sabe de seriedad científica, como lo ha demostrado en otros escritos suyos ("Edith Stein: una santa en Auschwitz", por ejemplo), reaccionó disculpándose, pues en el conocimiento de la historia de la Orden se sentía todavía un "novato".

En ello veo precisamente la mejor llave de lectura para este libro. Los "novatos", sobre todo cuando no están "contaminados" por los hechos directamente, suelen ver lo que les sorprende, lo nuevo, pues examinan con menos vicios y prejuicios los hechos históricos y, por este camino, invitan a los "especialistas" a mirar con más atención hacia algo que quizá se les pasó desapercibido."

A quienes no habían oído hablar del padre Gracián, José Alberto les indica, con el entusiasmo del descubridor, la existencia de esta figura luminosa que sus contemporáneos consideraron "el lucero de Teresa". A quienes creíamos conocerlo... nos llama la atención y nos invita a recordar o a descubrir detalles que no habíamos advertido. Y a todos nos convida a no conformarnos con escuchar lo que él nos cuenta, sino a seguir profundizando en el conocimiento de la vida y virtudes del padre Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, bebiendo en la fuente de sus escritos, comenzando por las Cartas y Peregrinación de Anastasio, espléndidamente editadas en su lengua original por el P. Juan Luis Astigarraga, en 1989 y 2001 respectivamente. Escritos que esperan traductores entusiastas como José Alberto Pedra para llegar a un círculo de lectores cada vez más amplio y seguir difundiendo la luz del mensaje teresiano para provecho espiritual de toda la Iglesia.

Fr. Ildefonso Moriones, OCD
Postulador General

INTRODUCCION

En mi convivencia con los carmelitas y su literatura nunca había oído hablar nada de especial sobre el padre Jerónimo Gracián de la Madre de Dios. Quizás en alguna lectura su nombre puedo haber aparecido pero sin despertar en mí una especial curiosidad.

Hoy, me parece hasta extraño que eso haya ocurrido. Y eso es más extraño porque una gran parte de las cartas escritas por Santa Teresa de Jesús fue dirigida a ese padre y supongo que mi atención fue desviada por causa de las artimañas de aquellos que hicieron todo lo posible para que la vida y la obra de aquel padre permaneciera en las sombras de la historia del Carmelo Descalzo.

La palabra “asombro” sería, sin duda, la mejor para describir mi sentimiento cuando comencé a leer “Peregrinación de Anastasio”, obra autobiográfica del mismo padre Gracián. Los hechos que allí se narran me colocaron frente a un Carmelita Descalzo de magnífica estatura. Un mártir de su tiempo, prácticamente ejecutado por algunos de sus hermanos en la Orden.

Fue perseguido, injuriado, difamado y, finalmente, expulsado de la Orden que, junto con Santa Teresa, había ayudado a fundar. Capturado por los musulmanes, fue vendido como esclavo y, viviendo esta situación, trabajó siempre en su apostolado misionero. Ayudó a libertar otros muchos esclavos, hasta que llegó el momento de reencontrar su propia libertad. Ya libre, nunca olvidó su condición anterior y se dedicó activamente a buscar fondos con la finalidad de rescatar a otros cautivos.

Durante muchos años fue confesor y consejero de Santa Teresa de Jesús y a ella acudía también cuando necesitaba de consejos sobre sus actividades. Fue el primer Provincial de la Orden del Carmelo Descalzo. Su gobierno fue de suave y equilibrado discernimiento.

¿Por qué este hombre fue tan perseguido? ¿Por qué le expulsaron de la Orden que él había ayudado a fundar? ¿Por qué tantas ganas de dejarle en el olvido? ¿Qué representaba este hombre para despertar tanto temor? ¿Por qué, sólo ahora, iniciando el tercer milenio, ha sido rehabilitado? Son muchas interrogantes...

Esta biografía – muy pequeña para la estatura del P. Gracián – no pretende responder a tantas preguntas. Dejo esa tarea a los historiadores y especialistas. De todos modos, el lector encontrará algunas pistas y podrá sacar sus propias conclusiones. Mi intención es, solamente, exponer brevemente – como una especie de primer contacto – la vida peregrina de este hombre que vivió y convivió más de cerca con la Madre Fundadora del Carmelo Descalzo: Santa Teresa de Jesús. Y que, a pesar de eso, fue mantenido oculto durante casi 400 años.

Infelizmente, no puedo recomendar ninguna biografía más acabada sobre la vida de este santo padre, por la simple razón de que no existe. A pesar de eso, para aquellos que hablan la lengua española, la “Peregrinación de Anastasio” continua siendo la obra maestra.

No puedo dejar de agradecer a las monjas del Carmelo de Curitiba (Brasil) sus oraciones, su amistad y confianza poniendo a mi disposición la biblioteca del monasterio. Sin ello, este libro no habría podido ser escrito.

Agradezco también a mi familia que con mucho amor me permitió emplear el tiempo que pertenecía a la convivencia con ella para hacer mis pesquisas y redactar el texto final.

Dios sabe bien que mi más profundo agradecimiento va dirigido a Él porque a Él pertenece. El es mi Señor y yo no busco más que ser un instrumento en sus manos.

José Alberto Pedra, OCDS

LOS PRIMEROS PASOS

Está terminando la primavera y el verano inicia su presencia. Las mañanas son, todavía, bastante frescas e impregnadas por el aroma de la flores silvestres que la brisa traía de los campos cercanos a Valladolid.

Doña Juana estaba en su noveno mes de gravidez; el clima fresco de la mañana era para ella un calmante. Pero aquel día sentía una agitación y cansancio que ya eran conocidos: era el anuncio de la llegada de un nuevo miembro en la familia Gracián. Aunque muy joven, era su cuarto embarazo. Conocía bien lo que sucedía: estaba llegando la hora. Avisó a don Diego, su marido, y pidió la ayuda de la Virgen.

Seis de junio de 1545. Doña Juana trajo al mundo su cuarto hijo: Jerónimo Gracián Dantisco. El parto fue normal y el niño nació perfecto. No tenía nada de especial que lo diferenciara de sus tres hermanos anteriores o de los otros 16 que vendrían más tarde. El tiempo se encargaría de hacer visible su temperamento y su disposición especial para el trabajo en la mies del Señor.

Trabajó mucho, fue incomprendido, humillado, traicionado y colocado en el olvido, pero supo aceptar todas las pruebas sin, a pesar de eso, arrodillarse delante de los orgullosos que le infligían tantas humillaciones. El orgullo, el santo orgullo, tan bien descrito por san Pablo en su segunda carta a los Corintios¹, le mantenían en pie, luchando con todos los medios disponibles en favor de la causa e ideales inspirados por Dios y transmitidos a él por Teresa de Jesús.

Al final de sus días en la tierra, con toda justicia, podría haber escrito: “Cuanto a mí, pronto voy a ser ofrecido en sacrificio. El momento de mi partida ha llegado. Combatí el buen combate, he finalizado la carrera, he guardado la fe. Me está reservada la corona de justicia con la que me retribuirá en aquel día el Señor, justo juez”².

Pero ahora es un niño que deberá ser bautizado. Siete días después de haber nacido fue conducido a la pila Bautismal de la parroquia de Santiago: era un 13 de junio de 1545.

Jerónimo Gracián Dantisco fue el cuarto de los veinte hijos del matrimonio Juana y Diego Gracián de Alderete. Su padre era hijo de Pedro de Torres³, mayordomo de Armas del Rey, y su madre, hija del embajador de Polonia en la

¹ 2 Cor. 1, 3-7

² 2 Tim. 4, 6-9

³ El P. Gracián afirma ser Diego Gracián el nombre de su abuelo. En su detallado y cuidadoso estudio: *El P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios y su ascendencia genealógica*, Enrique Llamas, OCD, expone una versión documental donde aclara ser Pedro de Torres el verdadero nombre del abuelo del P. Gracián. (Cf. Monte Carmelo vol. 102, Burgos 1994, n° 1 pp. 61-86).

Corte de Felipe II. Cuando se casó, Juana tenía solamente doce años y Diego estaba casi con 40. Esta diferencia de edad no fue obstáculo para que el matrimonio viviera armoniosamente y formara una familia cristiana donde todos los hijos recibieron una cuidadosa educación.

De los veinte hijos nacidos, sobrevivieron 17. Algunos siguieron la vida consagrada, como, por ejemplo, Adriana Gracián, que ingresó en un convento en Madrid; María (de San José) tomó el hábito en el Carmelo Descalzo; Pedro Gracián entró en el Carmelo, aunque por motivos de salud no pudo continuar, ordenándose poco después como sacerdote diocesano; Isabel y Juliana, las dos tomaron el hábito en el Carmelo Descalzo y, finalmente, Jerónimo Gracián, que también entró en los Descalzos.

No faltaron sufrimientos domésticos para Doña Juana y, por supuesto, para toda la familia. Los hijos eran muchos y el salario escaso. Educarlos con esmero, tanto en las ciencias como en lo religioso, dependía de su ingenio, de sus economías y de no pocas angustias. Además, como el padre ejercía el oficio de Secretario del Rey, tenía que acompañar a éste a cualquier lugar y, como el Rey acostumbraba a detenerse bastante tiempo en diferentes ciudades, no había otra solución sino llevar consigo su numerosa familia o, por lo menos, la mayor parte de ella.

La formación inicial de Jerónimo Gracián, durante estos años, estuvo a cargo de su madre. Ésta gobernaba la casa con prudencia cristiana y gran dominio en las tareas familiares. Gracias a las palabras y acciones de esta mujer, el futuro P. Gracián encontró el camino de la Iglesia y la vida de oración. Fue Doña Juana, sin duda, quien le imprimió el carácter de buen administrador e incansable batallador en las causas nobles de esta misma Iglesia.

Debido al frecuente movimiento familiar, cuando cumplió cuatro años fue llevado a Olivares de Duero en donde permaneció tres años bajo los cuidados de Doña Inés de Torres, su tía. De Olivares, volvió a Valladolid, donde aprendió a leer. A los diez años inició sus estudios normales en la escuela de Medina y Gaona, pero por problemas de salud interrumpió los mismos y fue enviado para Astorga (León) donde permaneció ocho meses.

Gracián nos cuenta que por esta época tuvo una visión: caminando por unas callejuelas despobladas cerca de medianoche,

“me turbé todo y se me espeluzaron los cabellos de manera que se me levantó una gorra de terciopelo que llevaba sobre la cabeza, sin saber qué quería decir aquella turbación. Hasta que llegando a la punta de la calle y entrada de la encrucijada, como a cuatro pasos de mí, vi un bulto de grandeza de un borrico, figura de cabrón, la color de un jaspeado de pez negra y pintas de fuego, los ojos como dos grandes brasas encendidas, mirándome con ellos. Yo no le volví la cara, sino que, andando atrás sin quitar mis ojos de los suyos, me entré en una casa comenzada a labrar, y allí me persigné y dije el Credo. Y atentando con los pies, hallé dos piedras muy a mi gusto; revolví mi capa al brazo izquierdo, y en esa mano la una piedra y la otra en la derecha, salí con tanto brío y deseo de embestir con aquella fantasma y darla a manteniendo entre las dos cejas con la piedra, que me parece que en mi vida he tenido mayor gana de hacer cosa. Mas

ya cuando salí no le vi, y fuime corriendo con mis piedras a mi casa sin temer nada, admirado de adónde me venía tanto ánimo en aquella edad”⁴.

Es muy posible que esta visión haya sido producto mental de un preadolescente, distanciado de su familia y caminando solo en una noche oscura. Pero también es posible imaginar que esta visión preanunciase los “fantasmas” reales que tendría que enfrentar durante su vida adulta, que no serían pocos, como podremos ver. Existen, de hecho, algunos detalles en aquella visión que merece la pena tener en cuenta. El primero de ellos es que la descripción parece corresponder al demonio, pero Gracián simplemente llama de fantasma. No es el demonio lo que él ve, sino algo fantástico, misterioso, de formas confusas. El segundo detalle es que él se asusta, pero no con miedo y, por no tenerlo, decide enfrentar el tal fantasma. Se protege dentro de una casa en construcción y se arma con dos piedras. Vuelve a la lucha, pero el fantasma ya no está allí. Esta visión es como un resumen de la vida del P. Gracián. Enfrentará grandes dificultades, muchas de ellas procedentes de lugares y personas, algunas intocables, otras insignificantes y otras anónimas.

Después de aquella visión, que Gracián jamás olvidará, retornó a Valladolid y siguió sus estudios de gramática y humanidades. Concluye su formación humanística con el estudio de retórica y griego. Más tarde, cuando ya tiene 14 años, se va con su familia a la ciudad de Toledo, siguiendo a la Corte Imperial de Carlos V. En Toledo, comienza sus estudios de arte, al mismo tiempo que continua con sus estudios clásicos.

Acabados estos, surge el primer gran conflicto familiar entre padre e hijo. Don Diego no quería que su hijo Jerónimo se dedicase a una carrera universitaria, sino que ingresara en la Corte para ayudarle en los servicios de secretaría del Rey. En esta época, Jerónimo Gracián tenía como confesor al P. Martínez, jesuita experimentado y gran conocedor de la capacidad del alma de aquel joven que ya presentaba brillo académico y grandes virtudes cristianas. Sus dotes de inteligencia y los argumentos del P. Martínez convencieron a Don Diego de que sería un desperdicio sujetar un ave tan rara y valiosa en las redes de la burocracia del palacio del Rey. Don Diego le dio su bendición y le autorizó para continuar con sus estudios. El joven Gracián, entonces, fue a Alcalá de Henares a frecuentar, nada menos, que la famosa Universidad Complutense.

Ayudado por su director espiritual, también maduraba en sus valores morales y cristianos. Se cuenta que su madre se impresionaba con el comportamiento del hijo, saludable como era, y que no esperando otra cosa de un hijo joven sino los problemas propios de la juventud, que este prefiriera refugiarse en casa, en el oratorio de la familia, dedicando largo tiempo a la oración, con una devoción especial a la Santísima Virgen, para con quien siempre tuvo mucha devoción. Esta devoción le acompañó durante toda su vida. Él mismo nos narra que, bajo el hábito continuamente llevaba una imagen de Nuestra Señora. Esta costumbre fue, en determinada ocasión, motivo para que sus enemigos divulgasen infamias contra él, insinuando actitudes maliciosas sobre esa simple devoción a la Madre de Dios.

⁴ Cf. Gracián, Jerónimo – “Peregrinación de Anastasio”, Roma, Teresianum, Ed. Preparada por Juan Luis Astigarraga, 2001, p. 31

Sus años de estudio, paz y oración, pueden ser comparados –salvadas las distancias– a los de los grandes profetas que vivieron en el silencio antes de ser llamados para sus grandes misiones. Santa Edith Stein, en una ocasión, escribió que los proyectos de Dios se preparan en el silencio. En el silencio, Dios labra las “piedras vivas” preparándolas para las grandes luchas necesarias para la construcción del Reino de Dios. En el diálogo silencioso del corazón humano con Dios, los instrumentos escogidos se forjan para ser obreros en esa construcción⁵. Gracián será uno de estos grandes trabajadores. Cuando lo conoció, ya con treinta años, Santa Teresa sintió que Dios le había enviado un gran maestro de obras o, según las palabras de nuestra Santa: “Y como yo estaba con tanta fatiga, en viéndole, parece que representó el Señor el bien que por él nos había de venir; y así andaba aquellos días con tan excesivo consuelo y contento, que es verdad que yo misma me espantaba de mí.”⁶

Hasta llegar aquí, Gracián tendrá que recorrer un largo camino. Los cursos en la Universidad de Alcalá le estaban esperando, lo mismo que muchos otros problemas, pues su padre – aunque fuese secretario del Rey – no tenía medios suficientes para costear los estudios universitarios del hijo. No fueron pocas las dificultades por las que pasó Jerónimo Gracián en Alcalá de Henares. Tenía a su favor el gran deseo de estudiar, una memoria prodigiosa y, especialmente, sus maneras modestas y educadas. Esas virtudes, como si fueran imanes, llamaron la atención de algunos profesores. Y esto fue una gran ayuda.

⁵ Cf. Stein, Edith – Source cachée: oeuvres spirituelles – Paris: Cerf, 1998, p. 69

⁶ Cf. Santa Teresa de Jesús – Fundaciones, 24, 2.

En Alcalá de Henares

Estudiar en la Universidad de Alcalá de Henares era, de hecho, una gran honra para quien consiguiese ser seleccionado. La universidad, conocida también como Complutense – trasladada más tarde a Madrid –, fue uno de los centros más importantes de la vida intelectual europea y base de la expansión cultural española.

Fundada en 1499 por el Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, contaba con una estructura administrativa y didáctica totalmente innovadora para su época. El Cardenal estableció para la Complutense tres grandes objetivos, siendo el primero totalmente religioso: la universidad debería ser una institución de enseñanza para formar eclesiásticos que recuperasen los valores de la espiritualidad antigua que fueron totalmente abandonados durante los siglos de la baja Edad Media.

Cisneros quería dar solución a uno de los mayores desafíos de la época: la reforma de la Iglesia española. Era necesario renovar no solamente la preparación intelectual del clero, sino también preparar hombres capaces de involucrase adecuadamente en las cuestiones de gobierno, o sea, administradores competentes. Era este el segundo objetivo. El tercero consistía en revisar y sistematizar los textos doctrinales de la Iglesia que, en aquella época, padecían de una libertad de interpretación nefasta para la correcta doctrina cristiana.

Gracián consiguió su matrícula en el año académico 1564-1565. Escogió el Curso de Artes. Al acabar el tercer año, obtuvo el título de “Bachiller en Artes”; un año más tarde recibió el grado de “Licenciado en Artes”. Con este último título, fue declarado apto para la enseñanza. Acabado este año, tuvo, con su padre, una nueva divergencia: Don Diego Gracián quería al hijo junto a sí, tenía mucha esperanza en que su hijo le ayudara en los múltiples trabajos como secretario en la Corte. Este deseo paterno contrarió enormemente al joven maestro en Artes pues, además de no tener simpatía alguna para con la vida de la Corte, estaba naciendo dentro de sí el deseo de seguir la carrera eclesiástica.

Había comenzado a sentir que estaba llamado para otras actividades y que debía prepararse para ellas del mejor modo posible. Siendo así, solicitó su matrícula y fue aceptado en la Facultad de Teología. Acabados los cuatro años de teología, le ofrecieron hacer el doctorado, que le exigiría otros cuatro años de estudio. Determinado, Gracián aceptó la oferta y los concluyó en 1572. Sólo faltaba el examen final para obtener aquel título cuando, de modo inesperado, abandonó su brillante carrera universitaria para dar un nuevo rumbo a su vida.

¿Qué había ocurrido? Gracián nunca declaró las razones de su renuncia al título de doctor, título que sería de gran ayuda para sí y para su familia, pues el Rey estaba dispuesto a concederle ventajas económicas y un puesto eclesiástico

importante. Este último era perfectamente posible, pues Felipe II, además del poder temporal, tenía una gran influencia en los asuntos de la Iglesia y, además, Gracián había recibido – cuando todavía era estudiante – la ordenación sacerdotal y, por lo tanto, estaba capacitado para recibir cargos eclesiásticos.

Sobre la ordenación sacerdotal nos relata Mármol – uno de los que más estudiaron su vida en Alcalá de Henares – que después de recibir las Ordenes sagradas, su devoción y recogimiento aumentaron considerablemente. “Como se vió con nuevas obligaciones de ser mejor, era notable el ejemplo que daba con buena vida y costumbres santas. Era muy humilde y devoto y callado. Huía de pláticas y de conversaciones que no fuesen enderezadas a mayor aprovechamiento en la virtud; dábese mucho tiempo a la oración, y todo lo que le sobraba del tiempo, gastaba en leer y estudiar y meditar con gran devoción lo que había leído.”⁷

Con una gran vocación para dedicarse a la salvación de las almas, se entregó con toda intensidad y celo, a la predicación y a las confesiones. Esta dedicación intensa afectó tanto a los profesores como a los estudiantes universitarios, a los nobles y al pueblo en general. Más, como que haciéndose realidad la profecía de Jesucristo que nos narra San Lucas: “Mirad que os envío como corderos en medio de lobos”⁸, comenzaron a levantarse infamias y calumnias contra Gracián. Su vida, devota y de recogimiento, incomodaba a muchos de sus compañeros de universidad. Sus años en Alcalá, fueron en parte, como una preparación para su vida posterior – entre actos heroicos, persecuciones, calumnias y envidias.

La decisión de abandonar el doctorado, nos cuenta el P. Silverio de Santa Teresa en su *Historia del Carmen Descalzo*, se debe, sobre todo, a su espíritu de recogimiento e inclinación a la contemplación y el silencio: “En el ánimo noble y recto de Jerónimo Gracián se produjo durante el período alcalaíno una crisis semejante a la que por entonces sufrió, en la Universidad de Salamanca, Juan de Yepes” (San Juan de la Cruz)⁹. Tal crisis fue provocada por la desilusión y por las liviandades practicadas por los estudiantes, permitidas y hasta participadas por algunos profesores. Estas liviandades llegaban hasta límites de violencia física y moral: La pasión con que muchos procedían a la hora de favorecer a algún candidato, las coacciones, muchas veces dolorosas y violentas, para conseguir ganar, producían un gran malestar en el espíritu pacífico, austero y ponderado de Gracián. Pero su espíritu no toleraba ya tampoco las honras universitarias y las mesas aristocráticas que estaba obligado a frecuentar: “cada bocado bueno que comía me parecía rejalgar, y cada honra que recibía – que no eran pocas en aquella Universidad de Alcalá – abominación.”¹⁰.

Lentamente surge en el espíritu de Gracián la vocación para la vida religiosa dentro del claustro – así como había sucedido con San Juan de la Cruz por la Cartuja. Santa Teresa de Jesús, más adelante, indicará a los dos el camino del Carmelo Descalzo y cada uno de ellos, de modo diferente, reforzará los pilares

⁷ Cf. de Santa Teresa, Silverio – *Historia del Carmen Descalzo*- Tomo VI, Burgos, Monte Carmelo 1937, p. 28.

⁸ Lc. 10, 3

⁹ Cf. S. T., Silverio – *Idem* – p. 25

¹⁰ Cf. Gracián – *Peregrinación* – p. 9

del carisma dejado por Teresa. Pero, antes de eso se enfrentó con una gran lucha interior. Su primera intención fue entrar en la Compañía de Jesús; todo estaba ya listo, pero sería obligado a continuar sus estudios. Esta exigencia, por ocuparle más tiempo, le hizo perder el entusiasmo de entrar en los jesuitas.

Habiendo desistido de entrar en la Compañía, pasó un año y medio sin conseguir decidirse por alguna Orden. El mismo Gracián nos dice tener: "... peleado casi año y medio con la vocación, que no es pequeño tormento [...] todas las razones naturales eran contrarias en mí a este estado: falta de salud, flaqueza natural, cansancio de estudios, obligación a mis padres y hermanos [...] Todo esto peleaba, de una parte, contra un encendido deseo que tenía de servir a Nuestra Señora, y, de la otra, como comenzaba entonces la reformatión de esta su Orden, parecíame que me llamaba mi Señora para ella."¹¹

Grandes eran sus dudas, pero la providencia iba colocando en su camino pequeños peldaños que le llevaban, cada vez más, cerca de la Orden que acabaría abrazando. Uno de estos peldaños fue el sermón que las Carmelitas de la Imagen le encomendaron sobre la antigüedad de la Orden del Carmen. La preparación de este sermón le obligó a estudiar con calma el origen de tal Orden y, conociéndola mejor, se enamoró de ella.

Su sermón fue tan eficaz y convincente que hizo que uno de sus amigos de Universidad, el maestro Roca, ingresara en la Orden.¹²

Un segundo peldaño colocado en el camino de Gracián, nos lo cuenta, de modo apasionado, la misma Teresa de Jesús. Estando él lejos de decidirse a tomar el hábito del Carmen Descalzo fue llamado para ayudar a la Priora del Carmelo de Pastrana a la hora de recibir una monja. "¡Que medios toma la divina Majestad!, que para determinarse a ir de allí a tomar el hábito tuviera por ventura tantas personas que se lo contradijeran, que nunca lo hiciera. Mas la Virgen nuestra Señora, cuyo devoto es en gran extremo, le quiso pagar con darle su hábito. Llegando a Pastrana, continua Teresa, "fue a hablar a la priora para que tomase aquella monja, y parece que la habló para que procurase con nuestro Señor que entrase él [...] Pues acaeciéndole a esta priora lo que a los demás, dióle grandísima gana de que entrase en la Orden, y díjolo a las hermanas, que mirasen lo que les importaba, porque entonces había muy pocos o casi ninguno semejante, y que todas pidiesen a nuestro Señor que no le dejase ir, sino que tomase el hábito."¹³

De todo esto Gracián solo se enteró más tarde. Lo que tampoco sabía es que una Santa rezaba por él desde hacía un año, para que tomase el hábito en los Carmelitas Descalzos. Esta Santa no era otra sino su propia fundadora: Teresa de Jesús. Y este fue el principal peldaño que la Providencia le puso para superar sus indecisiones: las oraciones de las monjas Descalzas.

Aunque de salud frágil, tenía un temperamento fuerte y decidido. Se puede decir que era como una vara de bambú: parecía frágil, pero era resistente; se

¹¹ Cf. Gracián – *Peregrinación* – pp. 7-8

¹² Cf. Santa Teresa de Jesús – *Fundaciones* – Cap. 23, 3

¹³ Cf. Idem, Cap. 23, 4.6-8

doblaba con las tempestades pero no se rompía. Al fin de sus tormentos, provocado por la indecisión del camino a tomar, él – decidiéndose por el Carmelo Descalzo – se expresó así: “no pudiendo sufrir el ímpetu de los pensamientos que venían de amor de Nuestra Señora, diciendo entre mí ‘Si ha habido muchos hombres nobles que por amores de una mujer de la tierra se han cegado, y dejado perder hacienda, honra y vida, acuchillándose, etc., ¿por qué tengo yo de reparar en cosa alguna, pues me ciega el amor de tal Señora? ¡Muera mucho enhorabuena! que a cabo de algunos meses de tomado el hábito, con la aspereza que allí se profesa, perderé la vida: yo la doy de muy buena gana a mi Señora la Virgen María.”¹⁴.

El círculo se había cerrado, Gracián no escaparía más del dulce abrazo de la Señora Virgen María y del carisma que la Divina Gracia había transmitido a Santa Teresa de Jesús. Su decisión por la "Descalcez" fue definitiva, hasta tal punto de afirmar que, si fuera necesario, entraría en la Orden de los Carmelitas Descalzos aunque tuviese que hacerlo a "fuerza de espada". Claro que, contrario como era a toda violencia, con esa expresión quería dejar claro que su decisión era definitiva. Y con tal decisión se fue al convento de San Pedro, de los Carmelitas Descalzos, de Pastrana.

¹⁴ Cf. Gracián – *Peregrinación...* pp. 9-10

NOVICIO EN EL CONVENTO DE PASTRANA

Algunos antecedentes: las primeras fundaciones de los frailes

En su estudio sobre el Carmelo Teresiano, el P. Ildefonso Moriones llama la atención en que es necesario evitar ciertas imprecisiones cometidas por algunos historiadores. Algunas de estas imprecisiones todavía persisten en relatos sobre la historia de la fundación de la rama masculina de los Carmelitas Descalzos.

Moriones nos advierte que una de estas imprecisiones es la idea de Santa Teresa como Fundadora de la rama masculina del Carmelo Descalzo. No existe duda de que, efectivamente, Santa Teresa es la animadora principal, el “alma mater”, la protagonista del movimiento religioso que quedará siempre unido a sus Fundaciones. A pesar de eso, “a diferencia de lo ocurrido en el desarrollo de las fundaciones de monjas, sector en el que ella figuró prácticamente siempre como la Madre Fundadora, en el desarrollo de las fundaciones masculinas interfiere otros muchos elementos históricos y circunstanciales que no siempre permitieron a los protagonistas de siglo XVI discernir con entera claridad la corriente religiosa en que se hallaban comprometidos.”¹⁵ Esto no quita el mérito de Santa Teresa así como el reconocimiento de lo que ella representa. Sin ninguna duda es la fundadora, la principal y singular fuente que alimentó y sigue alimentando – con su carisma celestial – la rama masculina del Carmelo Descalzo.

Nosotros sabemos – esto nos lo afirma la propia Santa – que comenzó muy pronto a desenvolver la idea de fundar algunas comunidades masculinas, al estilo del Carmelo de San José que ella había fundado por inspiración divina¹⁶. Pero todavía no había llegado la hora, y Teresa se dedicará totalmente a las negociaciones para consolidar y extender la reforma del Carmelo que – en realidad - vendría a ser la Fundación de una nueva Orden dentro de la Iglesia. Solamente más tarde, después de cinco años desde su fundación de monjas, la Santa consiguió iniciar esta nueva idea.

Resumiendo, los hechos ocurrieron así: en 1567 llegó a Ávila el P. Juan Bautista Rubeo de Ravena – Superior General de la Orden del Carmen – y, habiendo hecho varias visitas al Carmelo de San José, percibió que allí existía una fuente que no podía desperdiciarse.

Durante esas visitas tuvo la oportunidad de exponer al P. Rubeo las ventajas e importancia, para la Iglesia, de extender por toda España aquel nuevo estilo de vida en “obsequio de Jesucristo”. La Madre Teresa era una mujer que convencía y el P. Rubeo, además de ser sensible a las cosas de la Iglesia y de la fe, era

¹⁵ Cf. Moriones, I. – El Carmelo Teresiano y sus problemas de memoria histórica – Vitoria: Ediciones El Carmen, 1997, p. 37

¹⁶ Cf. Vida 32, 11

también un buen político. Sabiendo que Felipe II deseaba reformar la vida monástica en todo su reino – pues la juzgaba muy relajada -, entendió que podría agrandar a Dios y al Rey apoyando la iniciativa de Teresa de Jesús.

Al partir de Ávila, dejó una carta para la Madre Teresa, donde había escrito: “A la Rvda. Madre Teresa de Jesús, concedemos la facultad y el poder de fundar monasterios de monjas de nuestra Sagrada Orden, en cualquier lugar del reino de Castilla, donde se viva la Regla primitiva, con el modo de vestirse y otras maneras que tienen y observan en San José”.

Una segunda carta, todavía del P. Rubeo, ampliará el territorio concedido al proyecto teresiano: “Nuestras licencias se extienden a toda Castilla, la Nueva y la Vieja”.

Teresa quería más, quería realizar su antiguo sueño: fundar monasterios para frailes sujetos a la observancia de la Regla primitiva. Su sueño comenzó a tornarse realidad con una tercera carta patente del P. Rubeo quien le autorizaba a fundar esos conventos.¹⁷

Transformar dicha autorización en realidad era el nuevo desafío de Teresa. ¿Dónde encontrar Padres dispuestos a vivir ese estilo de vida? Como siempre, Teresa buscará auxilio junto a su amado Amigo: Su Majestad, Jesucristo. Pide insistentemente que le envíe esos Padres y El se los enviará: despacio y de modo sorprendente.

Teresa había dejado el Carmelo de San José acompañada de otras hermanas para fundar un nuevo convento. Su destino era Medina del Campo. Teresa funda este convento: “San José de Medina del Campo”. Era el año de 1567 todavía no había pasado un año desde que el P. Rubeo autorizase la fundación de nuevos monasterios.

La enorme simpatía y la santidad de Teresa de Jesús, la vida austera que se vivía en aquel monasterio fueron, lentamente, atrayendo amigos y bienhechores. Las visitas eran constantes y variadas, pero se destacaba la del prior del convento de los carmelitas, de observancia mitigada: P. Antonio de Heredia. Tratábase de un noble, de esmerada formación, ex-alumno de la Universidad de Salamanca. Tenía todos los requisitos para los altos cargos eclesiásticos. Conocer a Santa Teresa le dejó impresionado. Cuando Teresa le dijo que había recibido autorización del P. Rubeo para fundar dos conventos masculinos pero que estaba con dificultades para encontrar frailes dispuestos para tal empresa, Antonio de Heredia, no dudó: - Yo seré el primero!

“Yo lo tuve por cosa de burla – escribió Teresa – y así se lo dije; porque aunque siempre fue buen fraile y recogido y muy estudioso y amigo de su celda, que era letrado, para principio semejante no me pareció sería, ni tendría espíritu ni llevaría adelante el rigor que era menester”. Durante un año soportó muchas dificultades y persecuciones debido a falsos testimonios, dando la impresión de que el Señor deseaba probarlo, y lo soportó todo. “Y él lo llevaba

¹⁷ Cf. Cit., Silverio de Santa Teresa, “Historia del Carmen Descalzo”, Tomo VI

todo tan bien y se iba aprovechando tanto, que yo alababa a nuestro Señor”¹⁸. La Madre Teresa tenía ya su primer seguidor y simiente para la fundación del primer convento masculino de Carmelitas Descalzos.

Pasados algunos días, llamaron a la puerta del monasterio dos Padres jóvenes – formados en la Universidad de Salamanca - : Fray Pedro de Orozco y Fray Juan de Santo Matías. Fray Pedro habló tan bien de su compañero que la Madre Teresa quiso conocerlo mejor. Cuando se entrevistó con él, contó sus proyectos e intentó convencerle de lo bueno que sería para él, ya que buscaba la perfección, que lo hiciera dentro de la propia Orden pues así serviría mejor al Señor.

Fray Juan de Santo Matías – futuro San Juan de la Cruz – tenía un temperamento que parecía no corresponder a su tamaño: poco más de metro y medio de altura. Aunque le encantaron los planes propuestos por la Madre Teresa y viera en ella gran sinceridad y santidad, tenía sus propios proyectos: quería retirarse, inmediatamente, para la vida eremítica, y tenía mucha prisa. Quizás haya sido ésta la razón por la cual, aunque le había fascinado la propuesta de Teresa, impuso a la Madre una condición: “que no tardase mucho” la instalación de aquel convento.

La Madre Teresa se encantó con aquel frailecito y no ahorró elogios en una carta que envió a Don Francisco de Salcedo: “aunque pequeño de estatura, entiendo que es grande a los ojos de Dios. (...) es prudente y apropiado para nuestro estilo de vida, y así creo, le ha llamado Nuestro Señor para esta obra...”.

Teresa tenía los frailes. Le faltaba, ahora, un lugar para colocarlos. No tardo en aparecer: una casita en un lugar con pocos habitantes ofrecida por un señor de Ávila. La Madre Teresa no esperó mucho y se puso a camino para conocer el lugar. “Mi compañera, aunque mucho más amiga de penitencias que yo, no soportaba la idea de que yo hiciera allí un convento y me dijo: “Cierto, madre, que no haya espíritu, por bueno que sea, que lo pueda resistir”¹⁹. Podemos imaginar el estado de la casa!

Retornando a Medina del Campo, llamó a Fray Antonio y a Fray Juan y, muy objetivamente, les habló sobre la pequeñez y pobreza de la casa. De ellos sólo oyó entusiasmadas manifestaciones de alegría.

La Madre Teresa dejó a Fray Antonio cuidando de las reformas de la casa y viajó con Fray Juan para Valladolid. Se trata de un momento crucial. Juan será el heredero del carisma de Teresa, será quien deberá mantener y transmitir, para la rama masculina, el ideal teresiano. La propia Teresa de Jesús nos narra: “había lugar para informar al Padre fray Juan de la Cruz de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas todas las cosas, así de mortificación como del estilo de hermandad y recreación que tenemos juntas... El era tan bueno, que al menos yo podía mucho aprender de él que él de mí: mas esto no era lo que yo hacía, sino el estilo del proceder las hermanas”²⁰.

¹⁸ Cf. Fundaciones 3, 16

¹⁹ Cf. Fundaciones 13, 3

²⁰ Cf. Fundaciones 13, 5

El día 28 de noviembre de 1568 se inauguró el convento y se dio inicio a la vida descalza con San Juan de la Cruz, Antonio de Jesús y otros dos que comenzaban a hacer una experiencia. El pequeño monasterio se trasladó, en junio de 1570, de Duruelo a Mancera: no había espacio en el primero para los nuevos candidatos que se presentaban. Por otra parte, aquella primera fundación de religiosos fue creada para ser residencia, lo que excluía, según las Constituciones, la posibilidad de recibir novicios.

Jerónimo Gracián llega a Pastrana

El convento de Mancera prosperó y dejó de ser noviciado. El de Pastrana pasó a ser el único y principal centro de formación de los novicios. Todo parecía funcionar bien, pero la Madre Teresa notó que algo estaba ocurriendo en aquella casa de formación y se alarmó. El maestro de novicios, Ángel de San Gabriel, usaba métodos poco recomendables y prudentes, contrariando las directrices que Juan de la Cruz había dejado.

El noviciado de Pastrana contaba en aquella época, aproximadamente, con unos 30 novicios y entre ellos se encontraba Jerónimo Gracián que vivamente nos cuenta algo de lo que por allí se pasaba: “Otros recién profesos – aunque ordenados – carecían de letras, y aun algunos de experiencia y prudencia; en tanto grado, que acaeció alguno tomar un novicio y estarle azotando las espaldas desnudas hasta que encendiese fuego en leña mojada con la oración sola, sin poner lumbre, como hizo nuestro padre Elías, diciendo que en esto se había de conocer la perfección”²¹.

Aquel noviciado, tan deseado, que le costó años de sufrimientos, fue el comienzo de nuevas pruebas y dramáticas tentaciones de abandonar su vocación al Carmelo Descalzo. Dios vendría en su auxilio gracias a la Madre Isabel de Santo Domingo, Priora del convento de monjas de Pastrana. La Madre Isabel tenía, por supuesto, un don especial. Así nos lo cuenta el mismo Gracián:

“Pues en aquellas aflicciones que te dije en el año del noviciado, cuando me quise salir, diome Dios por consuelo a la madre Isabel de santo Domingo (que entonces era priora de las Carmelitas Descalzas de allí y después fundadora de las de Segovia y Zaragoza) que en hablándola y contándola mis tentaciones y pensamientos – aunque no me dijese nada más que oírme – huían luego los nublados de mi corazón y se serenaba el cielo de mi espíritu y salía el sol y luz de alegría acostumbrada.”²²

No era sólo el estado precario de Pastrana que provocaba en Gracián tantas dudas y tentaciones: el exceso de trabajo, asumir responsabilidades que no eran propias de los novicios, llevaban al joven padre a casi un agotamiento. Aunque novicio, ya era sacerdote, con experiencia de púlpito, confesiones y otros apostolados. Esta condición hacía que se destacara entre los demás; así, tuvo que asumir, muchas veces, la dirección del convento, ayudar en la formación de los otros novicios, preparar sermones, atender confesiones – principalmente de

²¹ Gracián, Peregrinación p. 13

²² *Ibidem* p. 160

las monjas Descalzas que estaban en Pastrana -, salir del convento para buscar subsistencias para sus hermanos, atender a las necesidades espirituales en los pueblos vecinos²³. Estas fueron algunas de las obligaciones designadas a él, además de aquellas que eran propias de todos los novicios.

Pero sus problemas no se restringían a la rutina del convento. Doña Juana, su madre, estaba muy enferma y, además, no aceptaba de buen grado la elección que su hijo había hecho. Quiso el buen Dios que Gracián fuese informado sobre un plan para asesinar al Príncipe Ruy Gómez²⁴. Aunque sólo fuera novicio abandonó Pastrana y se fue a Madrid para auxiliar al príncipe que, gracias a su ayuda, se libró de la muerte que contra él estaba siendo preparada²⁵.

Al mismo tiempo, sabiendo que su madre estaba muy mal de salud y, además, grávida, aprovechó su viaje a Madrid para visitarla. Aquí, es mejor dejar que el propio Gracián nos relate esta visita:

“Y como me vio contento y le aseguré que no había tomado el hábito por descontento alguno sino por servir a Nuestra Señora, ella se volvió a una imagen, y en presencia de Fray Baltasar Nieto, que era mi prior e iba conmigo (que esto acaeció antes que él se fuese a la fundación de los Calzados), dijo estas palabras: ‘Señora, yo he estado muy necia en tener sentimiento de que me hayáis tomado un hijo para vuestro servicio. Ahora yo os le doy de muy buena gana, a él y a mí y a todos mis hijos y marido.’”²⁶

Estas palabras deben haber causado un efecto positivo y renovador en el espíritu del novicio Gracián, pues él estaba muy preocupado intentando que su madre comprendiera y aprobara su decisión de abandonar una vida confortable para entregarse, en cuerpo y alma, a los rigores de la vida carmelitana descalza. El sabía que la resistencia de doña Juana tenía su origen en las intrigas e invenciones que algunos hacían. Le hicieron creer, por ejemplo, que él se había refugiado en el convento carmelita por razones puramente humanas, por alguna contrariedad que había habido y no conseguía aceptar eso. Imaginaba que su hijo, a quien tanto quería, estaba huyendo del mundo y esto, además de triste, la dejaba irritada. Por supuesto que ésa era la razón de la brusca respuesta que daba a los que le decían:

- “Consuélese, doña Juana, la señora dio un hijo a Nuestra Señora”.

- “No se lo di, ella me lo quitó”. Respondía.

²³ Cf. Gracián, - Historia de las Fundaciones – Roma : Instituto Histórico Teresiano, 1977 p. 551-553

²⁴ Ruy Gómez de Silva (1516-1573), portugués de nacimiento y personaje influyente en la corte española, en la cual se estableció el año 1552. Se casó con Ana de Mendoza, princesa de Eboli, en 1552. En 1569 donó la ermita de San Pedro de Pastrana al P. Ambrosio Mariano. (Cf. Fundaciones de Santa Teresa 17, 11)

²⁵ Según parece, Gracián supo de este plan a través de la confesión. Habían dado un tipo de veneno al príncipe y como los médicos no sabían nada, estaban aplicando un tratamiento equivocado. Aclarando de qué se trataba, Gracián intervino y esto hizo que los médicos utilizaran un antídoto eficaz, salvando al príncipe de una muerte cierta.

²⁶ Cf. Gracián, - Peregrinación – p. 15

Ahora todo estaba claro. Doña Juana estaba en paz, reconciliada con su hijo y, sobre todo, con aquella que siempre había sido su predilecta: la Madre del Niño Jesús.

Habiendo colaborado salvando la vida de Ruy Gomes y tranquilizado el espíritu de su madre, retornó al noviciado de Pastrana, donde continuó a desarrollar su espíritu de mortificación y de dedicación a los asuntos del convento.

Poco a poco, el silencioso y tímido estudiante de Alcalá de Henares se va transformando. Su vida devota continúa profunda y cada día más madura. Pero lo que en él se va destacando es algo nuevo, un sentido práctico y emprendedor: comienza a nacer un religioso dinámico. Sobre su espíritu emprendedor una biógrafa²⁷ de Santa Teresa anotó: en la grandiosa obra que Teresa proyectó, y para la cual se entregó hasta su muerte, “el instrumento iba a ser el P. Jerónimo Gracián”. Si, por un lado, el despertar de este “fraile de acción” fue una bendición para la Orden de los Carmelitas Descalzos, supuso para él una fuente de grandes sufrimientos morales, físicos y espirituales.

La Madre Teresa ya había tenido noticias sobre el P. Gracián, sobre sus virtudes, conocimientos y dedicación a las cosas de la Orden. Los informes que le llegaban sobre él indicaban que era un hombre confiable y que las monjas aprovecharían mucho si fuesen orientadas por él. Después de tomar el hábito de los Descalzos, Teresa de Jesús – secretamente - escribió a las monjas para que le obedecieran en todo, tal y como la podrían obedecer a ella. Gracián no sabía nada sobre tal secreto; solamente su superior y la priora, Isabel de Santo Domingo, conocían las órdenes dadas por la Madre Fundadora. Pero si el hecho era secreto, enseguida estuvo claro que había alguna cosa de especial, porque solamente Gracián tenía ascendencia sobre las monjas, y nadie más. La Madre Teresa había tomado tal decisión porque no quería que sus hermanas – las monjas – fueran importunadas y oprimidas por los religiosos que acostumbraban, con la disculpa de obediencia, exigir de ellas prácticas y penitencias descabelladas y, además, destruir en ellas la santa libertad de espíritu que les fuera dada por el Concilio de Trento.

Si el ambiente de Pastrana estaba tan deteriorado a tal punto que Gracián dudase sobre si permanecer en los Descalzos, también es verdad que supuso para él una gran escuela. Practicó allí la administración de conventos, conoció profundamente de lo que es capaz el alma humana cuando está mal orientada; comprendió que una Orden no se sostiene sólo con intenciones, por mejores y santas que sean. Llegó al punto más crítico de la humildad, teniendo que obedecer a profesos casi analfabetos – siendo él un respetable intelectual dentro de los círculos académicos de la Universidad de Alcalá. Vivió la pobreza, casi absoluta, cuando podría haber vivido confortablemente en la Corte de Madrid. Podría ser comensal en las más nobles casas, apreciar los mejores manjares, pero escogió vivir una vida mendicante, teniendo frecuentemente sólo nabos y sopas aguadas como alimento. Lo principal, en realidad, es que su entrega personal a la “Reina del Carmelo” ya era definitiva; el ideal del Carmelo Descalzo impregnó todo su ser. Era un Descalzo en cuerpo y alma: estaba

²⁷ Cf. Auclair, M., Teresa de Avila – Sao Paulo: Quadrante, 1995

preparado para hacer su profesión en la Orden de los Hermanos Descalzos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo. Y así la hizo, el día 25 de abril de 1573.

HEREDERO DE UN CARISMA

Habiendo hecho su Profesión en la Orden de Carmelitas Descalzos, Jerónimo Gracián podría tener la vida silenciosa y recogida de cualquier fraile; podría ser nombrado prior o maestro de novicios, pues tenía todas las cualidades exigidas para desempeñar tanto una actividad como otra: su vida de oración era intensa; tenía experiencia como orientador espiritual; conocía – como pocos – la historia de la Orden del Carmen; por dos veces había asumido la administración del convento de Pastrana, y eso sin hablar de la formación recibida en la Universidad de Alcalá de Henares.

Pero las cosas no serían así. Los años pasados en Pastrana habían transformado aquel tranquilo y recogido estudiante de Alcalá. Salió del capullo, había madurado y adquirido una estatura humana como pocos Carmelitas de su época.

Teresa de Jesús había oído hablar de Gracián y rezaba mucho por él; sentía que allí se encontraba otro de los instrumentos enviados por Dios para ser uno de los pilares de su obra²⁸. Pero todavía no había llegado la hora del encuentro entre esos dos grandes constructores.

El P. Gracián fue nombrado para el oficio más difícil e ingrato que en esta época había dentro de las Órdenes religiosas: visitador y reformador²⁹. Este trabajo era temido por los disgustos que traía – existía, incluso, peligro de muerte y pérdida de la honra y buena fama. Por esta época contaba solamente con 28 años de edad, seis meses de Profesión como Carmelita Descalzo. Tal nombramiento desagradó, sobre todo, al General de la Orden de los Calzados.

Llegó a saber, en esta época, que había sido fundado, a través de algunos malintencionados Carmelitas Calzados, un convento de Carmelitas Descalzos. Era pura rivalidad, allí no se vivía y tampoco se deseaban seguir los verdaderos fundamentos de la “Descalcez”. Gracián, aunque joven y con pocos poderes, no dudó y se dirigió –ya con la patente de Visitador– a dicho convento y lo clausuró: “a los que eran Calzados volví a sus zapatos”, escribiría Gracián, utilizando una graciosa metáfora. “A los Descalzos novicios traje conmigo a Sevilla”³⁰. Él tenía gran admiración por la Religión de los Calzados. En una carta al Cardenal Alberto de Austria escribió: (se mantiene la grafía) “procurar con mucha eficacia no mudar ninguna ceremonia ni costumbre ni ley de la

²⁸ Cf. Santa Teresa de Jesús – Fundaciones- Cap. 23

²⁹ Nombrado por Fray Francisco de Vargas, Provincial de los Dominicos, Visitador apostólico de de los Carmelitas de Andalucía a través de un Breve expedido por Pío V. La patente de Vargas, nombrando a Gracián para el cargo tiene fecha de 13 de junio de 1574 (cf. MHCT I, doc. 71)

³⁰ Gracián – Peregrinación – pp. 17-18

Orden de los mismos Calzados, sino que se perfeccionen en ellas, porque no se quejen que les queremos poner en Orden y Regla que ellos no profesaron.”³¹

Antes de completar un año desde su designación como Visitador, fue nombrado Vicario Provincial de todos los Carmelitas, Calzados y Descalzos, de la Provincia de Andalucía. Este nombramiento produjo una serie de malentendidos: El P. Rubeo – General de la Orden -, inconforme, consiguió la anulación de dicho nombramiento; a pesar de eso, el Nuncio Ormaneto, no queriendo desperdiciar las grandes virtudes de Jerónimo Gracián, así como su profundo conocimiento de la Orden del Carmen, nombró, “in solidum”, a Vargas y Gracián como Visitadores de los conventos Carmelitas de Andalucía. En una carta, con fecha de 4 de Julio de 1575, el Nuncio Ormaneto comunicaba al Secretario de Estado del Papa que había nombrado a una persona santa y ejemplar (el P. Gracián) como Visitador de los Carmelitas Calzados de Andalucía; decía también que tal padre lo llevaba muy bien, con mucha prudencia y delicadeza³². Este testimonio echa por tierra las intrigas de sus rivales que pretendían transmitir de él una imagen de rudeza y pocas virtudes. Y no sería solamente el Nuncio Ormaneto quien exaltaría las muchas virtudes de Jerónimo Gracián. Para no citar a todos, baste decir que Santa Teresa, la Madre Fundadora, desde el momento en que lo conoció, hasta el final de su vida, siempre lo consideró como un hijo especial de Dios.

El 12 de mayo de 1575 escribió una carta a la Madre Inés de Jesús, donde le decía claramente:

“El es cabal en mis ojos, y para nosotras mejor que lo supiéramos pedir a Dios. Lo que ahora ha de hacer vuestra reverencia y todas, es pedir a Su Majestad que nos le dé por prelado. Con esto puedo descansar del gobierno de estas casas, que perfección con tanta suavidad, yo no la he visto. Dios le tenga de su mano, y le guarde, que por ninguna cosa quisiera dejar de haberle visto y tratado tanto”.³³

A quién se debe dar la razón: al discernimiento de una Santa o a las intrigas de los falsos y envidiosos?

Pero la Santa Madre era una mujer atenta y no dejó de percibir que la vida apostólica del P. Gracián, a semejanza de la del Apóstol Pablo, estaba hecha de altos y bajos³⁴: “¡Oh! qué bien le vino a mi Pablo el nombre! Ya está muy levantado, ya en el profundo de la mar. Yo le digo que hay bien de qué nos gloriarnos en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.”³⁵. Tal vez sea ésta una de las razones por las cuales Santa Teresa siempre estaba animándole y rezando por él. Ella sabía que hasta el más santo de los hombres tiene necesidad del apoyo de los amigos en tiempos de gran necesidad e intranquilidad.

³¹ Documenta Primigenia Vol. III (1592-1589), doc. 390

³² Cf. Silverio de Santa Teresa – Historia del Carmen Descalzo – Tomo VI p. 55, nota 1

³³ Santa Teresa de Jesús – Cartas – fechada en Beas el 12 de mayo de 1575

³⁴ Santa Teresa cita 2 Cor. 11, 25 y 12, 2

³⁵ Santa Teresa de Jesús – Carta (más bien fragmento) a Gracián fechada probablemente en Avila, diciembre de 1578

Un acontecimiento poco valorizado

Santa Teresa de Jesús cuenta, en una de sus cartas, que vivió sus días más felices cuando estuvo en Beas. ¿Qué tendría esta pequeña ciudad española de especial para hacer que una monja, que tenía el privilegio de hablar con Dios como se habla con un amigo, se expresara como si fuera una joven adolescente?

Cuando fue a Beas, para fundar un nuevo convento, Teresa de Jesús tenía casi 60 años. Esta fundación estuvo rodeada de malentendidos. El P. General le había dado autorización para fundar conventos en tierras de Castilla; Beas estaba situada en tierras andaluzas. ¿Estaba Santa Teresa excediéndose? Al parecer, muchos pensaron que sí, pues Teresa tuvo que explicar aquella situación al P. General. “Sepa vuestra señoría, escribió Teresa, que yo me informé mucho cuando vine a Beas, para que no fuese Andalucía, porque en ninguna manera pensé venir a ella... Y es así que Beas no es Andalucía, mas es provincia de Andalucía. Esto supe después de fundado el monasterio con más de un mes.”³⁶. Aclarando: Beas, territorialmente, pertenecía a Castilla, pero eclesiásticamente, pertenecía a la diócesis de Cartagena y dependía de los Obispos andaluces. Ese fue el problema.

Además de estos problemas administrativos, la fundación de Beas representó para Santa Teresa un momento de muchas contradicciones y sufrimientos morales: para fundar aquel monasterio tuvo que recorrer muchos kilómetros; la “santa andariega” nunca había ido tan lejos y nunca había hecho un viaje tan martirizante. Sufría su alma, pues tuvo que cerrar el Carmelo de Pastrana y, como si eso no fuera lo suficiente, la poderosa Princesa de Éboli se volvió contra ella, y su “Libro de la Vida” fue enviado a los inquisidores de Valladolid; y ella, estaba muy lejos para intentar cualquier defensa. ¿Por qué, entonces, escribe, tan jovialmente, que su permanencia en Beas fue la más feliz de su vida? Simplemente, porque se encontró, personalmente, con el P. Jerónimo Gracián.

Algunos biógrafos de Santa Teresa, entre ellos Marcelle Auclair, sin dejar de tener alguna razón, insisten excesivamente en la parte afectiva de este encuentro. Indudablemente, Santa Teresa tuvo por Gracián una gran estima y admiración. Hasta se puede entender el por qué fue él agraciado con el amor de la santa Fundadora, pero no se puede dejar que la imaginación vaya demasiado lejos. Santa Teresa amó profundamente al P. Gracián, como una madre ama a un hijo en quien, viendo sus grandes talentos, sabe que es el único capaz de llevar adelante, sin desvíos, su obra.

Un dato de valor es tener claro de que cuando fue a Beas, Teresa llevaba consigo una inquietante preocupación que estampó, con toda claridad, en el capítulo 23 de su libro Fundaciones: ... “En cada casa hacían como les parecía”. O sea, los conventos de los religiosos que ella tanto deseaba, estaban trasformándose en simples caricaturas.

Un rayo de esperanza, brilló en su espíritu cuando se encontró con el P. Gracián, precisamente en Beas, entre abril y mayo de 1575: “Remediólo nuestro

³⁶ Santa Teresa de Jesús – Cartas – Al reverendo padre fray Juan Bautista

Señor por el padre maestro Fray Jerónimo de la Madre de Dios, porque le hicieron comisario apostólico y le dieron autoridad y gobierno sobre los Descalzos y Descalzas”³⁷. La impresión que el joven Comisario causó en la experimentada Madre Fundadora fue ejemplarmente descrita en la carta que escribió a la Madre Inés de Jesús, el 12 de mayo de 1575³⁸.

Gracián y la Madre Teresa mantuvieron casi dos meses de conversaciones en Beas y él se quedó tan impresionado que no pudo dejar de registrar sus impresiones en su *Historia de las fundaciones*:

“Estuve en Beas muchos días, en los cuales comentábamos todas las cosas de la Orden, así pasadas como presentes, y lo que era menester para prevenir las futuras; y demás desto, de toda la manera de proceder en el espíritu, y cómo se había de sustentar así en frailes como en monjas. Ella me examinó a mí de todo cuanto sabía en esta doctrina así por letras como por experiencia. Me enseñó todo cuanto ella sabía, dándome tantas doctrinas, reglas y consejos, que pudiera escribir un libro muy grande de lo que aquí me enseñó, porque como digo fueran muchos días, y todo el día, fuera del tiempo de misa y de comer, se gastaba en estos. Diome cuenta de toda su vida y espíritu e intentos. Quedéle tan rendido, que desde entonces ninguna cosa hice grave sin su consejo”.³⁹

La Madre Teresa tenía, ahora, dos grandes herederos de su carisma. A los dos se lo transmitió directamente, sin intermediarios: a San Juan de la Cruz, en Valladolid⁴⁰, y a Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, en Beas. Supo muy bien escoger la Madre Teresa la calidad y diferencia de estos dos pilares sobre los cuales se levantarían las fundaciones de la rama masculina del Carmelo Descalzo. Juan de la Cruz es el hombre del silencio, doctor de las profundidades del alma, del encuentro íntimo con Dios. Gracián es Pablo de Tarso, apóstol incansable, que luchó como un león, a pesar de estar mortalmente herido, con tal de mantener viva la llama y “enderezar las sendas” cuando veía su Orden desviarse de las Constituciones dejadas por la Santa Madre Fundadora.

No serán pocos sus esfuerzos; dejó un patrimonio para la Orden que sólo ahora comienza a ser inventariado y, asombrosamente, se va percibiendo que este gran arquitecto de la Madre Fundadora fue una gran víctima – lanzada a las tinieblas de la historia – por enemigos poderosos.

³⁷ Santa Teresa de Jesús – Fundaciones – 23, 13

³⁸ Santa Teresa de Jesús – Carta fechada en Beas el 12 de mayo de 1575

³⁹ Cf. I. Moriones – El Carmelo Teresiano... o.c. p. 45; J. Gracián – Historia de las Fundaciones 7, 1

⁴⁰ Cf. Santa Teresa de Jesús – Fundaciones 13, 5

PRIMER PROVINCIAL TERESIANO

Y al demonio no le gustó...

Durante una de sus visitas a los conventos, el P. Gracián fue informado de que el demonio estaba perturbando a uno de los religiosos. No se trataba de tentar al pobre fraile, sino de dominarle de tal modo que le dejaba sin acción y conciencia propias. Muy fiel a lo que Jesús había ordenado con aquellas palabras: “no temáis”, trató del caso. Aquí están sus palabras:

“Traté el alma de una persona a quien Lucifer hacía que cada día, puesta de rodillas, le llamase noventa veces “omnipotente”. Dije que le dijese de mi parte que si se tenía por omnipotente viniese a la medianoche a mi celda, que con un garrote en la mano le daría tantos palos que le haría entender si era omnipotente o no. Debióselo de decir la persona. Y díjome otro día, que le había respondido Lucifer”: ‘Decidle vos a él que digo yo que con Lucifer se toma; que él experimentará antes de ocho días quién es Lucifer’. Dentro de cinco días comenzaron estos mis trabajos, los cuales duran más de 25 años ha, y creo durarán hasta que se me acabe la vida, con tantas marañas, revueltas e invenciones, que aun yo que he pasado y paso por ellos, no los entiendo ni sabría decir otra cosa más que han sido invenciones de Lucifer”⁴¹.

Jerónimo Gracián pone en Lucifer la culpa por las grandes dificultades que tuvo: persecuciones, traiciones, vivir la condición de esclavo de los musulmanes... No porque creyese que Dios había permitido que el diablo tuviese tanta libertad sobre su destino, sino para no poner sobre sus verdaderos y reales enemigos la culpa de tal desatino que, por las infamias y crueldades, parecía ser “cosa del diablo”.

Pero ¿qué había sucedido para que aquel joven y competente padre, predilecto de Santa Teresa, tuviera su carrera paralizada y, lo que es peor, fuera tan perseguido y calumniado? Es necesario volver un poco a atrás para conocer algunos de los motivos – todos ellos falsos – para que se practicasen contra Gracián tantas injusticias.

Jerónimo Gracián: Provincial

Un religioso de profundo recogimiento, conocedor de las leyes canónicas y civiles, famoso predicador y administrador competente y, a pesar de eso, ejemplo de humildad, no podía dejar de ser percibido y considerado como un fuerte candidato para el cargo de Provincial de la nueva Provincia de los

⁴¹ Gracián – Peregrinación... – p. 29

Carmelitas Descalzos. Como si eso no fuera suficiente, contaba con la confianza y apoyo de la Fundadora del Carmelo Descalzo: Teresa de Jesús.

Fue elegido Provincial de los Descalzos en el Capítulo realizado el 4 de marzo de 1581 y, así, pasó a la historia como el primer Provincial del Carmelo Teresiano. Pero este oficio, aunque importante, no sería el preferido del P. Gracián. Ser Provincial le proporcionó apenas la oportunidad de organizar el Carmelo Descalzo dentro de la estricta observancia de aquello que Santa Teresa le había transmitido.

La elección del P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios fue motivo de inmensa alegría y esperanza para Teresa de Jesús. Ella, que siempre había pedido a Dios que le diese tal padre por Prelado, ahora lo tenía como Provincial.

Gracián gobernó la Orden durante cuatro años, o sea, hasta 1585, consiguiendo que la Orden alcanzase respetabilidad, tanto en el aspecto organizativo como jurídico; amplió su presencia fuera de España y abrió, en África, las primeras misiones⁴², sueño teresiano:

“envié doce frailes a las Indias, donde se han fundado en Nueva España conventos. Envié frailes a Congo a la conversión de los negros, que hicieron harto provecho, [...] Había enviado otras dos veces a la misma jornada de Etiopía por orden del Rey de España a instancia de don Alvaro, rey de Congo. Los primeros se anegaron en la mar, los segundos volvieron desnudos, robados de luteranos, hasta que los terceros, que fueran fr. Francisco, fr. Diego del Sacramento y otro, llegaron e hicieron el fruto [que] he dicho”⁴³.

Tal iniciativa misionera no fue aprobada por todos. Algunos, más discretos, apenas lo comentaron, pero sus enemigos se aprovecharon del ardor apostólico de su Provincial para censurarle duramente sembrando, por donde podían, que esto era una equivocación y que iba contra el espíritu de la Orden, el ocuparse de las misiones. El P. Gracián no se vino abajo. Intentó dejar claro el hecho de que esa iniciativa no iba contra el espíritu del Carmelo Descalzo; todo lo contrario, este era uno de los principios establecidos por su Fundadora. Gracián escribió en Peregrinación:

“Pues para que sepas qué son diversidad de vocaciones, opiniones y celos, se me imputó a mí como a muy mala obra este haber enviado estos frailes. Porque hay espíritus que les parece que toda la perfección carmelitana consiste en no salir de una celda ni faltar un punto del coro aunque todo el mundo se abra, y que el bien de la Orden consistía en multiplicar los conventos en pueblos pequeños de España y dejarnos de lo demás, y que cualquier otro espíritu llaman de inquietud y relajación. Dios no me llevó por este camino, sino por el de salvar almas; y de los sujetos que se han de emplear en lugares pequeños, fundar con ellos conventos en las ciudades más principales de diversos reinos para la verdadera dilatación y provecho de la Orden. Y como comuniqué tanto

⁴² Cf. Documenta Primigenia – Vol. III (1582-1589), Doc. 260

⁴³ Gracián – Peregrinación – p. 52. Sobre estas misiones se pueden tener mayor información “y lo que con ellas sucedió” a través de la lectura del capítulo 17 de la Historia de las Fundaciones de Gracián.

tiempo y con tanta particularidad a la Madre Teresa de Jesús, cuyo espíritu era de celo y de conversión de todo el mundo, pegóseme más este modo.”⁴⁴

El P. Gracián quiso mantenerse fiel, dentro del Carmelo masculino, a la gran obra que Santa Teresa estaba haciendo con el Carmelo femenino. Sabía cuál era el camino correcto, pero lo que no sabía era que existían muchas mentalidades arcaicas que, habiendo entrado en el Carmelo Descalzo, no conseguían entender el verdadero espíritu de la “Descalcez”, o sea, los ideales de la Madre Fundadora. Para estos, el Carmelo debería ser un lugar retirado, apartado del pueblo de Dios, donde se viviría una rutina de duras penitencias, hasta con riesgos para la salud. Eso era algo que Santa Teresa abominaba y llegó a condenar claramente con estas palabras: “ya sabéis os voy a la mano”⁴⁵. Fiel a este principio, Gracián gobernó con “suavidad”, o sea, con comprensión y caridad en vez de castigos y penitencias. Este modo de gobernar le ocasionó enemigos feroces, que no ahorraron injurias y calumnias contra él, lo que le ocasionaría muchos problemas futuros.

Dentro de su simplicidad, no se dio cuenta de una tenue tela de intrigas que se iba formando a su alrededor. La Madre Teresa ya le había advertido diversas veces que tal simplicidad e inocencia eran propias de los santos, pero que el demonio podía aprovecharse de ellas para el mal. Gracián no se corrigió, y ni podría hacerlo, pues esa era una marca registrada de su temperamento. Y la tela cerrándose... Al final de su provincialato eran tantas las acusaciones contra él que no halló otra salida sino tratar de su defensa escribiendo un memorial que tuvo como título “Apología y defensa contra las calumnias que han dicho contra Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios en los cuatro años de su provincialato, y lo que en este tiempo se ha aumentado la Provincia”⁴⁶.

En este memorial podemos percibir más profundamente el alma pura y simple de este hombre, tan querido por Santa Teresa y que llegaría a tener terribles enemigos que lo lanzaron a un mundo de desgracia y sufrimiento por pura envidia y celos.

Reproduzco parte de aquel memorial por su importancia y significado⁴⁷:

“La primera de las cosas que algunos me han calumniado, es haber sido negligente y remiso en castigar y dar penitencias, diciendo que por esta causa está la Orden perdida, e imputándome las culpas que tienen todos los que han hecho excesos; y dilatan esta culpa llamándome amparo y favorecedor de malos y relajados”. Ante esta acusación, Jerónimo Gracián nos ofrece una gran lección de vida, de amor y caridad: “mi inclinación es más llegada a la blandura que al rigor, al amor que al odio, a la paz que al castigo y hacer bien antes que hacer mal, y nunca he entendido haber dejado de hacer castigo que estuviese obligado en conciencia y justicia”.

⁴⁴ Gracián – Peregrinación... – p. 53

⁴⁵ Cf. Santa Teresa de Jesús – Camino de Perfección – 15, 3

⁴⁶ Gracián, Jerónimo – Apología y avisos acerca del gobierno – MHCT – Fontes selecti 2 - Roma 1977

⁴⁷ Para una descripción más completa de este memorial ver: “Historia del Carmen Descalzo”, o.c. pp. 90-102

El espíritu suave, aunque activo, del P. Gracián no se hundía con los ataques injustos y, muchas veces, perversos, de sus enemigos; al contrario, sus fuerzas y disposición, su amor y celo por el Carmelo aumentaban considerablemente. Cuando todavía estaba luchando para discernir su vocación al Carmelo, él, bajo la inspiración de la Virgen, tomó la decisión de que –siempre que fuera preciso– daría su vida por ella. Esta decisión no fue un acto de emoción momentánea; fue una decisión madura y radical a la que jamás renunciaría. La Virgen del Carmen le ayudaba y consolaba y por medio de Teresa de Jesús, le animaba a trabar el “buen combate”, como dijo Pablo.

Por eso, aunque tenía que ocuparse de las actividades propias de cualquier Provincial y defenderse de las constantes invenciones y calumnias de sus enemigos, Jerónimo Gracián guió la Orden de los Carmelitas Descalzos, su querida Orden, de modo competente, tanto en su aspecto espiritual como jurídico.

INTRIGAS Y PERSECUCIONES

Son muchas las cartas que Teresa de Jesús escribió al P. Gracián de la Madre de Dios. Fueron tantas que podrían constituir un capítulo aparte. A nadie la Santa escribió tanto y nadie, como Gracián, se empeñó tan determinadamente en conservarlas y transmitir las. Son más de cien cartas, consideradas en términos numéricos. Pero no es la cantidad – aunque también el número revela el aprecio que tenía Santa Teresa por este hombre de Dios –, sino la calidad, el contenido de esas cartas, lo que hacen de ellas un verdadero tesoro.

El intercambio de correspondencia comenzó a ser significativa y regular a partir del encuentro de los dos, en Beas, el año 1575. Gracián tenía entonces 30 años de edad y 5 de sacerdocio. Teresa de Jesús tenía 60 años de vida y 13 como fundadora. Como hemos visto en el capítulo anterior, este primer encuentro duró varios días, e impresionada con la santidad y valor de aquel joven sacerdote, le abrió su alma y, por iniciativa personal, hizo ante él el voto de obediencia. Un voto a través del cual no sólo le confiaba su alma sino que también le tornaba corresponsable de su obra fundacional.

Este privilegio no podía dejar de despertar celos en muchos otros a quienes les habría gustado ser los destinatarios de tales cartas y de gozar de aquella enorme confianza depositada por la Santa en aquel joven sacerdote.

Jerónimo Gracián fue un hombre con una visión de largo alcance para su tiempo. Su corazón era movido por la misericordia y su mirada dotada de aquello que Santa Edith Stein – analizando la obra de San Juan de la Cruz – llamaría de “objetividad de los santos”⁴⁸, pues cuando trataba con las personas no veía simplemente hombres y mujeres, sino criaturas de Dios. Este modo de ver aparece con toda su exuberancia en una de las páginas de su libro *Peregrinación de Anastasio*. Hablando sobre amar a los enemigos expone con claridad y – como es normal en su estilo literario – con una pedagogía ejemplar.

Cristo, en verdad, no dijo *amate inimicos*, sino *diligite inimicos vestros*⁴⁹, pues el primero es cosa del sentimiento y el segundo pertenece a la voluntad⁵⁰.

“Si un sagrario o custodia de piedra mal labrado encierra dentro de sí el Santísimo Sacramento, no dejo de adorarle y reverenciarle aunque le quisiere ver de oro y fábrica preciosa. Sé que en el que me persigue está Dios por esencia,

⁴⁸ Cf. Edith Stein – La ciencia de la cruz – Monte Carmelo

⁴⁹ Cf. Mt. 5, 44 – Nuevo Testamento Trilingüe – Edición crítica de José M. Bover y José O’Callaghan. Madrid: BAC, 1988

⁵⁰ El P. Gracián establece aquí la diferencia entre el amor sentimental y el amor espiritual. En el texto griego del evangelio la palabra es *agapate*. Cf. También, con referencia al amor espiritual: Camino de Perfección de Santa Teresa de Jesús.

presencia y potencia; bien quisiera yo que para mí el sagrario fuera más agradable, pero cierro los ojos a lo exterior y no a lo que contiene.”⁵¹

Así como Santa Teresa, siguiendo radicalmente la doctrina evangélica, procuraba no hacer más pesado el fardo que cada uno tenía que soportar. Y esta, que era una virtud – y continua siéndolo –, se transformó en un elemento de acusación contra la vida apostólica y administrativa del P. Gracián. Fue duramente acusado de apoyar la relajación de vida dentro de los conventos, de ser demasiado benevolente a la hora de aplicar las penitencias, de dedicarse mucho al estudio y a la predicación..., en fin, fue acusado de no seguir el carisma que Santa Teresa estaba, junto con él y San Juan de Cruz, consolidando dentro de la Iglesia.

Las acusaciones

Con la muerte de Santa Teresa (1582) comenzó para Gracián su verdadero calvario. Los verdugos: sus mismos hermanos de Orden, principalmente algunos de aquellos a quienes él había ayudado y apoyado de modo especial. ¿Cuáles fueron las acusaciones y difamaciones? Podríamos decir que fueron de todo tipo: Morales, administrativas, doctrinales... Veamos algunas de las más comunes surgidas en la imaginación de mentes poco saludables.

1. “Estábamos una noche, acabando de cenar, en recreación; y sentimos que un hombre daba de puñaladas a otro, y el herido se quejaba y pedía confesión. Dije yo: “salgamos luego a confesarle”. Respondió uno –y no de los menos santos-: “no se puede abrir la puerta, porque es contra la obediencia”. Dije yo con cólera: “¡Qué obediencia, que no hay obediencia! Salgamos antes que muera”. Y salímosle a confesar. Quien tenía la otra opinión acriminaba que yo había dicho que no hay voto de obediencia en las religiones, o tales palabras que olían a herejía”⁵².

Este hecho nos lleva a recordar la interpretación dada por el propio Jesús respecto de la obediencia debida a la ley judaica del sábado. Parafraseando el texto evangélico, casi se podría afirmar que Gracián habría dicho: “más vale la misericordia que salva una alma que la obediencia estéril que es mantener la puerta cerrada”.

La difamación rondaba al P. Gracián. Sus acciones, sus decisiones eran malinterpretadas y continuamente transformadas, por parte de sus detractores, en actos condenables. Otro caso:

2. “Fabricándose el convento de las monjas Descalzas de Lisboa, asistiendo yo allí con los oficiales para que trabajasen, acaecía en la siesta con el rigor del verano querer reposar un poco y sacar las monjas un colchón para ello (que claro está que el colchón no había de ser de los carpinteros sino de las monjas). Escribióse que dormía yo en las camas de las monjas, etc., con palabras muy perjudiciales”.

He aquí otro caso:

⁵¹ Gracián – Peregrinación... – p. 185. Merece la pena leer todo lo que dice sobre el amor a los enemigos.

⁵² Para una visión más completa de los hechos ver: Gracián – Peregrinación – pp. 73-74

3. “Diome la madre Teresa de Jesús unas reliquias. Y una Priora de las más santas y más puras que yo he conocido en la Orden púsolas en un relicario hecho en forma de corazón que yo traía conmigo. El haberme dado esta Priora este corazón se dijo con palabras que daba a entender haber otra afición de por medio”.

Pero estas pequeñas calumnias e invenciones, como muchas otras, más escabrosas e injuriosas, tenían un objetivo mayor y más dramático. El enemigo era astuto: iba sembrando la duda, lentamente, a través de pequeñas insinuaciones – siempre con un fondo grave –, de la honra del Padre Gracián. Cuando llegase el momento propicio para el golpe final, la víctima ya no podría contar con muchos defensores: el daño ya estaba hecho.

No consiguiendo probar ninguna de las acusaciones y calumnias, sus enemigos pasaron a preparar su alejamiento de la península ibérica (Portugal y España). Primero, le destinaron a México. Pero cuando estaba preparando el viaje para el Nuevo Mundo, las calumnias y acusaciones contra él, contra las monjas descalzas y todos aquellos que le tenían como guía, se volvieron más intensas y maliciosas.

Herido en sus sentimientos más íntimos, decidió defenderse a sí mismo y la obra teresiana que Doria y sus seguidores estaban intentando destruir.

Infelizmente, no consiguió hacer que sus perseguidores y detractores volvieran atrás. En su declaración de defensa fue tan claro y concreto en la descripción de los métodos mezquinos utilizados por sus enemigos que, en vez de asustarlos o detenerlos, provocó todavía más el furor de sus enemigos haciendo que estos se tornasen más duros y obstinados.

La orden de ir a México se suspendió. Pero esto no significó una tregua; al contrario, fue un ataque directo y demoledor el que iba a comenzar. Se instauró un proceso formal contra el padre Gracián (octubre de 1587) donde debería responder a las acusaciones formuladas contra él. Desde el primer “examen”, escapó con la ayuda de numerosos testigos, favorables a él, hasta llegando a proclamar su santidad. Los miembros del “tribunal” deben haberse quedado atónitos y llenos de pánico, pues no esperaban una defensa tan brillante y tantas declaraciones a su favor. No tuvieron otra salida sino andar con más cuidado y prudencia en cuanto a un celo que no pasaba de ser puro pretexto para dominar y apropiarse de lo que no les pertenecía: el carisma teresiano⁵³.

Pero el orgullo y la codicia no van de acuerdo con la prudencia y la caridad. No se consiguió ninguna tregua. En determinada ocasión recibió una amonestación respecto de algunas “faltas”; inmediatamente recibe una intimación (15 de marzo de 1588) para que se presente en Madrid y responder,

⁵³ “Fray Nicolás Doria y sus partidarios van a iniciar abiertamente la guerra contra el padre Gracián, quien representa la herencia auténtica de Madre. Doria y los suyos enarbolan el estandarte de una austeridad rigurosa, lejos del fino estilo, humanísimo, de la Fundadora. Ellos, si pudieran hasta quitarían a Teresa de Jesús el título de Fundadora, pues consideran vejatorio que una Orden de hombres haya nacido en manos de una mujer. Me asombra cómo no les vino a la mente que todos los varones nacemos de nuestras madres”. José María Javierre en Juan de la Cruz: un caso límite, Sígueme, Salamanca, 1991 p. 838

delante de sus superiores, para que justifique su reincidencia en ciertos “errores” y “faltas”. Rápidamente y con humildad atiende a esta intimación; quizás pensaba que le darían una oportunidad de explicarse. Pero la escena que habían montado era otra: le niegan el derecho de defensa, escrita o hablada, y le ordenan que viaje inmediatamente para México.

Si el hombre propone, Dios dispone – nos dice un refrán -, y así sucede en este caso. Estaba Gracián preparándose para viajar a México cuando llegan órdenes de las autoridades de Portugal y España encargándole nuevas misiones en tierras portuguesas. A esta orden le sigue inmediatamente otra, del Nuncio en España, Don César Speciano, prohibiendo que Gracián salga de Portugal. Por el momento, Gracián estaba fuera del alcance de Doria y sus seguidores.

La permanencia de Gracián en Portugal puede ser entendida como un periodo de tregua, pero no de olvido y deseo de condenarle. Durante este tiempo sus amigos y admiradores trataron de juntar documentos y testigos abundantes para demostrar tanto la inocencia del P. Gracián como su vida ejemplar. Pero cuando el lobo se quiere comer al cordero – como en la fábula de La Fontaine – siempre encuentra una disculpa. De poco sirvió esta enorme cantidad de hechos favorables sobre la inocencia de Gracián. Aquellos que trabajaban contra ella se hacían los sordos: nada les convencía, era como si el acusado (Gracián) ya estuviera condenado de antemano.

El éxito de sus actividades en Portugal, reconocidas por las autoridades eclesiásticas y civiles de aquel país, comenzando por Don Teutonio de Braganza⁵⁴ y por el Cardenal Alberto⁵⁵, agitaba el ánimo persecutorio de los dorianos. Gracián fue obligado a presentarse para dar explicaciones, en Capítulo, dentro de la propia comunidad lisboeta delante de religiosos manipulados por los superiores de la Consulta.

Gracián estaba en Portugal hacía dos años. Su licencia había llegado al fin. Ahora se encontraba sin el apoyo de Don Teutonio de Braganza y del Cardenal Alberto – ellos no podían interferir en los asuntos de la Orden. Doria vio que este era el momento oportuno e instauró contra él un proceso regular. Ordenó que se presentase en Madrid antes de 25 días. Esta fue la carta que el P. Doria envió al P. Jerónimo Gracián:

“Fr. Nicolás de Jesús María [Doria] Vicario General de la Congregación de los Carmelitas Descalzos. Por cuanto se ha determinado en nuestro Definitorio que venga a este convento de S. Hermenegildo de Madrid el P. Fr. Jerónimo de la Madre de Dios, religioso de nuestra Orden, que al presente está en nuestro Convento de S. Felipe de Lisboa: por tanto, por el tenor de la presente, le mando que dentro de 25 días, contados desde el día de la fecha desta, se presente en éste dicho convento (...). Madrid, 3 de junio de 1591. Firmado: Fr. Nicolás de Jesús María”⁵⁶.

⁵⁴ Arzobispo de Evora

⁵⁵ Por esta época, gobernador de Portugal

⁵⁶ Cf. Silverio de Santa Teresa – Historia del Carmen Descalzo – Tomo VI p. 493, nota 2

Como una declaración de obediencia, Gracián llegó a Madrid exactamente el día 28 de junio cumpliendo así, con los días exigidos, la orden que le había sido dada por el P. Doria.

Llega a ser escandalosa la ira del secretario de la Consulta contra Gracián. Sobre la llegada de Jerónimo describió en estos términos:

“vino a Madrid como un desesperado, sin humildad y resignación. Mucho deseaba el padre Fr. Nicolás y todo su Definitorio que Gracián viniera a ellos con humildad como era razón: y como le vieran de aquella manera, dió a todos mucha pena, pareciéndoles que aquello había de ser causa de muchas pesadumbres y trabajos, como lo fue. Y así, a cabo de pocos días, se trató que era muy necesario poner a este hombre en razón, y que supiera él y toda Religión que había autoridad para refrenar al que fuese menester; y así le encarcelaron en una celda...”⁵⁷.

Da la impresión, cuando se lee este texto, que el P. Gregorio de San Ángel está escribiendo sobre otra persona – o tenía segundas intenciones. El P. Gracián nunca tendría tal comportamiento, no era ése su estilo. Santa Teresa, en sus cartas, describe perfectamente su temperamento apacible y su típica “santa ingenuidad”. También San Juan de la Cruz transmitió a Santa Teresa la buena impresión que tuvo cuando le conoció. ¿A quién hay que dar la razón: a dos Santos o a unas almas que sólo deseaban el poder?

El P. Doria no estaba satisfecho dejando a Gracián preso, quería dejarle totalmente incomunicable; por eso, en agosto de 1591, publicó un decreto prohibiendo, bajo pena de excomunión, que ningún religioso, súbdito o súbdita, por sí mismo o por procuración, escribiera al P. Gracián sin licencia de la Consulta⁵⁸.

El grupo del P. Doria tenía, como se dice, todas las cartas de la baraja en sus manos, estaba ya todo preparado para el golpe fatal, tan astutamente elaborado. Pero la maldad nunca está satisfecha y entra en escena el infeliz Fr. Diego Evangelista con nuevas mentiras y artimañas indignas de un hábito religioso. Fray Diego era el mismo que poco tiempo antes había torturado el alma de San Juan de la Cruz, durante los últimos momentos de su vida. Haría lo mismo con el P. Jerónimo Gracián. Su táctica consistía en pasarse por amigo y defensor, prometer cuanto fuera necesario, convencer al acusado de que sería bueno reconocer algunos pequeños pecados. Ante la recusa del acusado, que insistía en que no tenía nada para declarar, él volvía a la celda, un día y otro día, hasta agotar a su víctima y, en tal estado de ánimo, iba aprovechándose de frases sueltas hasta componer una obra sobre un crimen gravísimo. No fue necesaria tal tortura. El “tribunal” había tomado ya su decisión: expulsar a Jerónimo Gracián de la Orden de los Hermanos y Hermanas Descalzos de la Virgen María del Monte Carmelo. Y así se hizo.

En la sentencia de expulsión está escrito:

⁵⁷ Idem p. 494

⁵⁸ Idem p. 499

“le declaraban y declararon por incorregible, y como a tal mandaban y mandaron que se le quite el santo hábito de nuestra Congregación y sea expelido y echado de ella, y que él no se le vista más, so las censuras y penas contenidas en el Breve que la Orden tiene del Sumo Pontífice Sixto V”⁵⁹.

Comentando tal sentencia, el P. Silverio de Santa Teresa, talentoso historiador de la Orden Carmelita, escribió lo siguiente:

“De la simple lectura de la sentencia, se advierte que con un poco de tolerancia mutua, se habría podido evitar la tragedia final que previó Fr. Juan de la Cruz en el famoso Capítulo de 1585. Limpio estaba el P. Jerónimo de los feos vicios que los maldicientes y calumniadores habían hecho correr contra él; tampoco a su llegada a Madrid fue tratado con las consideraciones que su historial en la Reforma merecía, y aun su simple condición de reo. La actitud desdeñosa del P. Doria y su duro pergeño ante el religioso que venía a arrojarse humildemente a sus pies, acabó de desconcertar al P. Gracián y le reafirmó en el juicio de que su causa no tenía arreglo, hiciera lo que hiciese por reconciliarse con su Superior. Habríamos deseado en esta ocasión más benevolencia y tolerancia más afable en el padre Nicolás, quien no podía desconocer la magnitud del sacrificio que hacía el P. Jerónimo en aquellos momentos dejando el Reino de Portugal, donde era tan querido del Príncipe Regente y de la Nobleza y pueblo, para venir a Castilla, donde, por bien que le fuese, se le estaban deparando humillaciones sin cuento y se hallaba en entredicho hasta su buen nombre y la limpieza de sus costumbres”⁶⁰.

Doria había conseguido realizar su deseo; ahora dominaba completamente la situación. San Juan de la Cruz – que también se oponía a sus reformas – ya había muerto y si hubiera sobrevivido a su enfermedad, también habría sido expulsado de la Orden, como se puede concluir después de ver el rumbo de los procesos y de los ataques de Fray Diego Evangelista contra el Santo.

Aunque se trate de un hecho no comprobado, pero que está registrado y tiene un cierto sabor trascendental, se cuenta que San Juan de la Cruz tuvo la siguiente revelación: “Representóseme que nuestro padre vicario general y los definidores se entraban en el mar, y yo les daba voces que no entrasen, que habían de ahogar. Vídelos que les llegaba el agua a la espinilla, y a las rodillas, y a la cintura. Y siempre les daba voces que no entrasen. Y no hubo remedio, sino que pasaron adelante y se ahogaron todos”⁶¹.

Como dato curioso, poco después de la expulsión del P. Jerónimo Gracián murieron, en un corto espacio de tiempo, todos aquellos que habían hecho parte del proceso contra él: Fray Nicolás Doria, Fray Tomás de Aquino, Fray Gregorio Nacienceno, Fray Juan Bautista – que fue quien trabajó en Roma, para que la sentencia de expulsión de Gracián no fuese anulada -, Fray Diego Evangelista y otros.

⁵⁹ Idem p. 523

⁶⁰ Idem pp. 526-527

⁶¹ Cf. Javierre, José María, Juan de la Cruz un caso límite, Salamanca, Sígueme, 1991, p.1034

Es importante reproducir la pregunta que María de San José (Salazar) dejó escrita en su “Ramillete de mirra”: “¿Qué se hicieron, carísimos hermanos y hermanas, aquellos hombres de quien no ha un año que todos tembláades, y a quien o por miedo o pretensión os entregástedes, negando unos la verdad y disimulando otros con la mentira?” ¿Dónde están a esta hora? Como sombras desaparecieran”.⁶²

El P. Doria había alcanzado su objetivo: se libró definitivamente de su gran rival. San Juan de la Cruz ya estaba en la gloria del Señor y era, por lo tanto, inalcanzable. Ahora se sentía libre para poner en marcha la reforma que pretendía, desfigurando – en muchos puntos – todo aquello que a Teresa de Jesús, Juan de la Cruz y Jerónimo Gracián les había llevado tantos años construir con la gracia de Dios: el verdadero carisma de los Carmelitas Descalzos.

Es necesario resaltar que Santa Teresa dejó unas Constituciones claras, ajustadas al espíritu evangélico, con 59 puntos; las que Doria dejó tenían nada menos que 461 puntos. Para la Madre Teresa el estilo de vida dentro de la Reforma debería ser suave, discreto, “letrado” y apostólico. Doria, por el contrario, quería que los religiosos fuesen penitentes, rigurosos y eremitas, o sea, deberían vivir encerrados sobre sí mismos, consumiéndose como una lámpara escondida, que no emite su luz.

Gracián no se ajustaría a este nuevo sistema, pues era enorme su ardor apostólico, totalmente apoyado por la Santa Madre Fundadora. Pero él, ahora, nada podía hacer. Doria le había transformado en un paria ambulante, en una preciosa y rara ave, sin nido donde poder descansar.

Le expulsaron de la Orden, le quitaron el hábito que tanto amaba y le pusieron un manto de peregrino. Con todo el peso de aquella injusta sentencia, salió peregrinando el hijo predilecto de Santa Teresa de Jesús...

⁶² María de San José (Salazar) – Escritos espirituales – Roma, Postulación General O.C.D. p. 335

COMIENZA LA PEREGRINACIÓN

El P. Gracián tenía, en ese momento, 47 años y se sentía lleno de vida. Por eso, se puede uno imaginar su estado de ánimo: él, uno de los pilares en la construcción teresiana, había sido tratado como un extraño y puesto en la calle como un perro sin dueño. Su alma sufría, no llevada por el orgullo, sino por las dudas. ¿Qué iba a hacer ahora? Sus hermanos le habían torturado, ultrajado y, finalmente, le habían quitado lo que él llevaba con celo y amor: el hábito de la Santa Madre de Dios.

Su espíritu se torturaba, no por él, sino porque no se explicaba hasta qué extremo habían llegado aquellos que querían verse libres de él, difamando a monjas tan santas y seguidoras de Santa Teresa. Ahora, no perteneciendo ya a la Orden, poco podría hacer para limpiar la honra de aquellas que se habían desposado con Cristo y habían sido tan vilipendiadas por el grupo de Doria. Tenía que luchar, sabía que su combate era un buen combate y no podía echarse atrás, aunque aparentemente todo parecía coincidir para que su causa fuese derrotada. Sólo veía una solución: apelar a la suprema autoridad de la Iglesia. Decidió entonces viajar a Roma.

Viaje a Roma

Salió de Madrid 10 días después de su expulsión de la Orden y se dirigió a Alicante para desde ahí embarcar rumbo a Génova. Mientras esperaba el próximo barco se mantuvo activo en el apostolado, ejerciendo el ministerio sacerdotal. Pero le aguardaba una sorpresa desagradable: se encontró con dos religiosos de la Orden de los Descalzos que también viajaban para Roma. Sólo que el objetivo de los dos era contrario al suyo: iban, con instrucciones de sus superiores, a preparar el terreno contra el P. Gracián. Conociendo los planes de Gracián, los dorianos se prepararon para anularlos desde el principio. Roma estaría “preparada” contra su defensa, cuando él llegase con ese objetivo.

Zarpó el barco a primeros de abril, llegando a Génova el día 16 de mayo y, al día siguiente, continuó su viaje para Civitavecchia y, desde allí, por tierra, hasta Roma, a comienzos del mes de junio. En este viaje gastó todo el dinero que tenía y se vio solo y pobre. No habiendo otro recurso sino recurrir a la caridad, pidió que le constituyesen jueces que examinasen su causa. No le negaron este pedido. Fue nombrado el jesuita P. Francisco de Toledo – que poco después fue nombrado cardenal – y más tarde el P. Alejandro, dominico, que más tarde sería consagrado obispo. Mientras tanto, los contrarios al P. Gracián no aflojaron en sus esfuerzos divulgando, entre los cardenales la sentencia y memoriales contra él. Se decidió que no debería ser oído, y que la sentencia dada por los Descalzos fuese cumplida. No bastaron los argumentos del P. Toledo: “¿por qué no se debía oír a un hombre, aunque fuera tan malo como lo pintaban?” Pero el P.

Alejandro – que al principio tenía la misma opinión que el P. Toledo – comenzó a asumir una posición contraria y estuvo más empeñado en convencer al P. Gracián de que era mejor olvidarse de todo y tomar el hábito en alguna otra Orden. Como si esto no fuera suficiente, amenazó con condenarle a galeras.

El P. Jerónimo Gracián estaba aturdido, no entendía lo que se pasaba; nunca habría esperado una reacción tan inmisericorde de hombres que ostentaban tan altos cargos dentro de la Iglesia. ¿Cuál era el secreto?

Educado en la escuela de Santa Teresa, no se desanimó y tampoco perdió la calma ante tantas dificultades. Su deseo de seguir dentro del Carmelo Descalzo hizo que persistiera en la lucha con intención de ser oído y juzgado nuevamente. Esta actitud firme de Gracián contrariaba terriblemente al P. Procurador, Fr. Juan Bautista y, naturalmente, al P. Doria. Este último, con miedo de que los argumentos del P. Gracián fuesen tenidos en cuenta, trató de contar con el apoyo de la más fuerte personalidad de la España católica, nada menos que el rey Felipe II, el cual escribió a su embajador en Roma, el 9 de noviembre de 1582, ordenando: “si aportare ahí el P. Gracián, pedid al Papa que no le oigan, ni se vuelva a tratar más de este negocio”⁶³.

El duque de Sessa – embajador en Roma – con mucho dolor, mostró a Gracián la razón de sus dificultades: la carta de Felipe II. ¿Qué otra cosa podría hacer sino “amainar velas, encogerse de hombros, callar la boca y acudir a Dios”?

Para no ser “condenado a galeras,” siguió el consejo del P. Alejandro: buscar otra Orden. Fue a los Capuchinos, Cartujos, Franciscanos Descalzos y todas las otras Órdenes religiosas. Ninguna de ellas le aceptó y se sintió un indeseable, como el más infame de los religiosos.

El P. Doria hacía todo lo posible para que Gracián entrase en otra Orden, conforme constaba en su sentencia de expulsión pero, en su insensatez, Doria y sus agentes en Roma hacían lo posible para que tal cosa no se realizase, pues difundían tantas infamias sobre Gracián que ninguna Orden iba a aceptarlo. ¿Cómo una Orden aceptaría a un religioso “tan disipado”, que podría causar tanto mal como había causado en los Descalzos? Doria y sus seguidores se perdían en sus propias artimañas.

Ante tales hechos, los detractores de Gracián consiguieron que el Papa despachase un mandato obligando a los Dominicos a aceptarlo. Pero la historia de los hombres está escrita por manos invisibles. Siendo notificado sobre la decisión papal, el Vicario General de los Dominicos – fray Juan Vicente – se postró ante el Papa preguntando: “¿en qué había pecado la Orden de Santo Domingo para forzarles a que recibiesen un expulso de los Carmelitas?”⁶⁴ El Papa, dándose cuenta de su error – aunque por falsas razones –, se volvió atrás.

Sobre este episodio el P. Gracián teje un comentario que demuestra muy bien su fidelidad y amor a las dos grandes mujeres de su vida: “la Virgen María y

⁶³ Gracián, J., Peregrinación... p. 86

⁶⁴ Idem, p. 88

la santa Madre Teresa desde el cielo debían de ver que no era camino para mi salvación ser religioso contra mi voluntad en otra Orden, por santa que fuese, tomando habito por negociaciones humanas y no por divina vocación”⁶⁵.

Los Descalzos le aconsejaron que no revelase, en los conventos donde procuraba entrar, que él había sido expulsado de la Orden. Gracián, aún sabiendo que ésta sería una salida, sabía también que era un pecado grave. Por entonces tuvo la suerte de encontrarse con un antiguo amigo del tiempo de estudiantes en Alcalá. Se trataba del P. José Acosta, de la Compañía de Jesús. Tuvo la oportunidad de hablar con él y encontrar un poco de paz. Pidió que le oyese en confesión y le preguntó si podría mentir con tal de conseguir entrar en otra Orden, sobre el hecho de haber sido expulsado del Carmelo Teresiano. La respuesta del P. Acosta fue un claro y sincero no.

Como amigo del P. Gracián y conociendo la política romana, el P. Acosta le aconsejó que escribiese un memorial, dirigido al Papa, en el cual pediría – una vez que ninguna Orden le quería aceptar – que le indicase una de las Órdenes existentes que él la aceptaría sin más tardar. Le aconsejó también que, después de enviar el memorial, saliese de Roma dejando, por supuesto, la dirección, para poder enviarle la correspondencia.

Peregrinando por Italia

Ya habían pasado siete meses y el P. Gracián no conseguía resolver nada. Todo lo contrario, percibía que le querían lejos de allí. Siguió el consejo del P. Acosta y continuó su peregrinación, ahora rumbo a Nápoles, donde llegó a finales de 1592. La maledicencia, como se sabe, tiene alas en los pies. Al llegar a Nápoles, el Vice Rey le recibió con gran indiferencia y, mostrando que ya sabía todo, hacía lo posible para no encontrarse con él.

No había pasado un mes y se vio obligado a continuar su peregrinación, esta vez por mar, en dirección a Sicilia. Aquí encontrará un poco de apoyo y comprensión por parte de la Condesa de Olivares, que le acogió con generosidad y le dio abrigo en el “Hospital de Santiago de los Españoles”, en Palermo. Por otra parte, escribió a Roma diciendo que la correspondencia fuese enviada a ella, pues “le tenía en aquella ciudad sirviendo a los enfermos de aquel hospital”.

Gracián, finalmente, encontró un lugar donde vivir en paz. Aprovecha este tiempo para redactar algunos de sus escritos y desarrollar una intensa actividad sacerdotal en toda la isla y, además, enseñar Sagrada Escritura en Palermo. Pero si había un poco de bonanza... estaba acabando.

Finalmente, llegó la respuesta de Roma al memorial que él había escrito siguiendo el consejo del P. Acosta. El tono de la respuesta no podía ser más desanimador: 1) le prohibían ser recibido en cualquier convento de la Orden Carmelita; 2) no podía presentarse en Roma sin antes haber tomado el hábito de los Agustinos Descalzos. Juntamente con la respuesta venía la licencia del P. General de los Agustinos para que lo aceptasen.

⁶⁵ Idem

Los términos de la respuesta son tan duros que dejan a Gracián hundido. Situación en la que se sentiría cualquier persona que se supiese inocente. La respuesta, no obstante larga, merece la pena transcribirla, aunque sólo sea algunas partes.

A los amados Vicarios y Definidores de la Congregación de los Frailes Carmelitas llamados Descalzos

Clemente Papa VIII

Amados hijos, salud y bendición Apostólica.

Considerando los abundantes frutos producidos diariamente en el campo del Señor por la sagrada Religión de los Frailes Carmelitas Descalzos, cumplimos con agrado nuestro deber pastoral de vigilar por su quietud y tranquilidad.

Así pues, habiendo sido informados de que Fray Jerónimo Gracián, de la Orden de los Carmelitas de la B. María, llamados Descalzos, por exigirlo así sus deméritos, fue expulsado de dicha Orden de la B. María, y privado por los Superiores de dicha Orden y otros dos Asesores Religiosos, ex - Provinciales de la Orden de los Frailes Predicadores y de San Jerónimo en España, tal como, según se dice, consta con mayor amplitud en la sentencia pronunciada el 17 de Febrero del año del Señor 1592 en la ciudad de Madrid, diócesis de Toledo, y en el proceso instruido sobre el caso. [...] Y que el mismo Jerónimo presentó recurso sobre lo dicho, tanto ante el protector de dicha Orden, como ante nos y ante la Sede Apostólica [...] una vez discutida dicha causa [...] la sobredicha sentencia fue aprobada y confirmada con la autoridad, mandato y ciencia nuestros; y el mismo Jerónimo prometió entrar en la Religión de los Frailes Ermitaños de S. Agustín, que él mismo había elegido.

Sin embargo, como el dicho Jerónimo, olvidándose luego de su salvación y de su estado, y, dando de lado el temor de Dios, descuidando el cumplimiento de su promesa sigue vagando en hábito secular, y no se preocupa de entrar en Orden alguna, Nos, aprobando y confirmando dicha sentencia, y los procesos sobre ella formados [...] con todas sus consecuencias.”⁶⁶

Y el Breve continua enumerando aquellas consecuencias: 1) la excomunión; 2) castigos – incluyendo los físicos; 3) obligación de entrar en la Orden de San Agustín. También le fueron prohibidos a Gracián cualesquier actos de disculpa, apelación o reclamación. No podía entrar o permanecer en Roma.

Después, el Breve explicará más duramente:

“Además, para garantizar y conservar la paz y tranquilidad de dicha Orden de los Descalzos y de los Mitigados, mandamos bajo las mismas penas al dicho Jerónimo que no vuelva a la dicha Orden de los Descalzos ni de los Mitigados; y a vosotros y a los Prelados de toda la Orden de los Carmelitas – aun

⁶⁶ Ver: Moriones, I., Rehabilitación pontificia del P. Jerónimo Gracián en 1595, Monte Carmelo, vol., 103, n° 3, Burgos, 1995, pp. 453-491

a los que quisieran recibir al dicho Jerónimo - os mandamos que, no sólo bajo ningún pretexto, causa, u ocasión, ni siquiera en el caso de que no encuentre acogida benévola en otras Religiones [...].

Podemos imaginar el estado de ánimo del P. Gracián al leer palabras tan duras y tan injustas. Lo que más le hizo sufrir fue el hecho de haber sido firmadas y selladas por el Sumo Pontífice.

Su alma sufría, lloraba por la lucha que en su interior se trababa, más dura que aquella otra que trabó – veinte años atrás – cuando decidió⁶⁷ ingresar en la Orden de los Hermanos Descalzos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo. Podemos llegar a esta conclusión a través de su propio testimonio:

“Aquí se me ofreció el mayor trabajo espiritual de nieblas interior y batalla de razones contrarias, indeliberación de lo que había de hacer para agradar a Dios y Nuestra Señora y hacer su voluntad que jamás se me ha ofrecido. [...] Fue esta batalla con tanta fuerza y eficacia, que no lo sabré decir. [...] Mas al fin venció en mi corazón la parte contraria, y determiné de tomar el hábito de San Agustín, con tan grande contradicción, miedo y vergüenza de la Virgen María, que me parece tomara de mejor gana la muerte que volver a Roma a vestirme de negro como Agustino y hacer las fundaciones que llevaba a cargo”⁶⁸.

Podría parecer que el P. Gracián, al escribir estas palabras, estaba siendo arrogante y menospreciando a la Orden de San Agustín. No es contra la Orden agustiniana que Gracián se vuelve. Su tormento procedía del hecho de ser obligado a romper con una decisión tomada y bendecida por Santa Teresa: la de servir a Dios, a María y a la Iglesia dentro de la Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Con cualquier otra Orden en que se le obligase a tomar el hábito – excepto la Carmelita – tendría esta misma reacción. Su vocación era carmelitana y le obligaban a ser agustino. Aquí no se puede olvidar que, después de muchas dudas, él había escrito, como razón última de su entrada en la Orden Carmelitana:

“Mas determinéme no pudiendo sufrir el ímpetu de los pensamientos que venían de amor de Nuestra Señora, diciendo entre mi: ‘Si ha habido muchos hombres nobles que por amores de una mujer de la tierra se han cegado, y dejado perder hacienda, honra y vida, acuchillándose, etc..., por qué tengo yo de reparar en cosa alguna, pues me ciega el amor de tal Señora? ¡Muera mucho enhorabuena!’”⁶⁹.

A través de esta decisión Gracián se tornó un Hermano de la Virgen del Carmen. Esperar otra actitud sería, poco menos que ingenuidad. Suponer que aquella decisión no había sido otra cosa sino entusiasmo de adolescente es desconocer el soplo del Espíritu Santo inspirando el camino de los escogidos.

Con la decisión tomada y con la esperanza de que vestiría por poco tiempo el hábito agustino, retoma las esperanzas y emprende viaje para Nápoles, donde

⁶⁷ Ver cap. 3 de este mismo libro

⁶⁸ Gracián, J., Peregrinación... pp. 445-446

⁶⁹ Gracián, J., Peregrinación... pp. 9-10

llega a primeros de agosto y desde allí prosiguió viaje, por mar, hasta Gaeta, donde debería vestir el nuevo hábito religioso⁷⁰.

“En Gaeta esperé una galera del Papa que iba a Roma (aunque había de desembarcar en Civitavecchia), y yo, por acortar camino, entré en una fragata de la Inquisición que iba derecha a Roma en acabando de decir misa, en la cual me determiné, rompiendo con la fuerza interior que me hacía la Virgen María y la santa madre Teresa de Jesús para no dejar su Orden, a tomar el hábito de los Agustinos Descalzos. Y como calmase un poco el viento, los fragateros, por tomarle, se metieron un poco en la mar. Vi desde lejos un bajel, vieron ellos humos en las torres (señal de corsarios), comenzaron a llorar”⁷¹.

La fragata fue abordada por corsarios turcos que, además de expoliar todos los bienes que llevaban, hicieron prisioneros a todos, tripulantes y pasajeros, inclusive al P. Gracián, a quien colocaron, desnudo y amarrado, en el sótano del navío. Iba a comenzar un nuevo y dramático acto en la vida del P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios.

⁷⁰ No llegó a recibir el hábito de los Agustinos

⁷¹ Gracián, J., Peregrinación... p. 91

PRISIONERO DE LOS TURCOS⁷²

En los sótanos del barco

Después de haberle hecho prisionero, nos cuenta Gracián *“dejáronme en carnes vivas, sin dejarme más que unos pañetes de lienzo; echáronme unas esposas a las manos, bajáronme a la mezanía, [...] y estaba contento con el hábito que me dio Adán, que ya nadie me le podía quitar sino desollándome.”*

Cuánta tristeza debe haber sentido cuando vio a los turcos limpiando sus armas con los manuscritos de su obra “Armonía Mística”. Esta obra le había costado mucho tiempo y trabajo para ser escrita y, por eso mismo, era de mucha estima para el autor. Él llevaba esos manuscritos para imprimirlos en Roma. Una pérdida irreparable, pues ningún autor consigue escribir la misma obra dos veces.

“La comida era, bien de tarde en tarde, un poco de bizcocho negro hediondo y lleno de chinches, y la bebida bien por tasa, pero de agua tan hedionda, que era necesario atapar las narices para pasarla”. Aunque la comida fuera tan escasa, el cuerpo tenía la necesidad de eliminar los restos de sus transformaciones y esta necesidad no dependía de la voluntad de cada uno. Pero a los turcos no les importaba el ciclo de la naturaleza: Solamente les era permitido expeler la carga de la naturaleza *“una vez al día, a puesta de sol”*.

A la hora de dormir se supone que podría descansar, después de todo lo que pasaba. El sueño tiene una gran propiedad restauradora cuando, efectivamente, el cuerpo puede relajarse. Pero ¿qué descanso se puede esperar cuando la cama era un montón de arcabuces y la almohada un pequeño barril de pólvora? Era ése el refugio nocturno del P. Gracián, donde podía, finalmente, rezar sus oraciones y esperar sobrevivir otro día más.

Esos tormentos y dolores físicos – que no eran pocos – no le desesperaban. Su gran drama interior era cuando los musulmanes, luchando contra todos los cristianos con que se deparaban, obligaban a éstos a recargar los arcabuces para seguir disparando. Su espíritu de gran amor por la Iglesia y sus hijos aumentaba su temeridad hasta el punto de arriesgar la propia vida negándose a ejecutar esa orden *con escrúpulo de no ser cooperante en muertes o prisiones de católicos*, escribió en su autobiografía.

Pero, aunque él no cooperase, eran muchos los prisioneros capturados por los turcos y, entonces, comenzaba otro drama interior para Gracián: ¿cómo atender a aquellos que llegaban heridos de muerte, a quienes había que confesar

⁷² Este capítulo es una síntesis del diálogo sexto de Peregrinación de Anastasio, por tal razón no se indica las páginas de las citas en cursivas

lo más rápidamente posible? ¿Cómo hacer perseverar en la fe a aquellos que, aterrorizados, estaban a punto de renegar de ella? Y todo esto vigilado por los musulmanes. ¿Cómo atender a los que *llorando me pedían pan y agua, que perecían de sed, como si tuviera yo allí una gran despensa y fuera su padre o madre y no cautivo que padecía tanto como ellos?*

Gracián recibe dos cruces

Cuando el tiempo cambia y el mar se agita, los barcos y navíos buscan siempre abrigo en algún puerto. Esta fue la razón que hizo a los turcos atracar en la isla de Ventotène, cerca de Nápoles. La verdad era que aquella isla entraba en su ruta de navegación y allí se intercambiaban las mercancías robadas o saqueadas.

Habiendo atracado bien el barco y estando protegido, los turcos desembarcaron e hicieron desembarcar a todos los prisioneros y comenzaron a hacer sus negocios. Los prisioneros, todos ellos amarrados con cadenas, fueron dejados de lado pues no podrían escaparse por estar en una isla y también debido al estado de desnutrición en que se encontraban. Cada uno aprovecharía del mejor modo posible aquella “libertad” en tierra firme.

El tiempo no mejoraba y los turcos se impacientaban y estaban preocupados, pues no podían permanecer en la isla durante mucho tiempo pues existía siempre el peligro de ser descubiertos por alguna escuadra más potente. Gracián notaba que había una cierta agitación entre los turcos. El tiempo no acababa de mejorar y ellos estaban ansiosos por dejar la isla, pero él no podía suponer que pronto iba a tornarse una especie de amuleto para los turcos.

Cierto día estaba sentado sobre una piedra, meditando sobre su vida y sobre la miserable condición en que se encontraba, cuando se aproximó a él un turco; *“pídeme el pie derecho; dísele. Hízome una cruz en la planta con un hierro ardiente que traía en la mano. Vuelve de ahí a un rato con lo mismo hierro que volvió a calentar, y háceme otra cruz en la planta del pie izquierdo...”*

Gracián no comprendió la razón de aquella maldad que le parecía totalmente sin sentido. Preguntó a otros cristianos, que llevaban más tiempo prisioneros, qué significaba aquel acto tan deshumano. Recibió de uno de ellos la siguiente respuesta: *“Padre, es devoción de los turcos que cuando hace mal tiempo y se ven en algún peligro, en oprobio de la cruz de Jesucristo, la hacen en la planta del pie del sacerdote que hallan; y si no les viene bonanza, aparejaos, que sin duda os quemarán vivo, que esa es su devoción”*.

Así, Gracián, tuvo que llevar, durante el resto de su vida, un cruel destino: para caminar tenía que pisar el sagrado símbolo de la cruz que él tanto amaba.

Finalmente el tiempo mejoró y el galeón turco dejó la isla para continuar sus pillajes y vandalismos, parando periódicamente en alguna isla o puerto para vender el fruto de su pillaje y cometer atrocidades con los cristianos que encontraban, que tenían sólo dos salidas: o la muerte o el cautiverio.

¿Un Papa prisionero?

Finalmente – después de una batalla contra fragatas florentinas, donde casi fue hecho prisionero, el capitán turco pensó que era el momento de retornar a su patria.

Llegar a tierra firme y desembarcar debe haber sido para los prisioneros un grande alivio, pues el propio Gracián – ya curtido en la escuela del sufrimiento – no puede dejar de comentar: *“Y llegaron a Biserta, su tierra, que me pareció a mí cielo, según venía fatigado del mal tratamiento de la mar”*.

Gracián tenía muchas virtudes, y se expresaba con el lenguaje dramático de su tiempo. Es claro que jamás le pasó por la cabeza que volver a pisar tierra firme era lo mismo que estar en el cielo. Usó, literariamente, una metáfora para enfatizar la brutalidad de los turcos para con los prisioneros cristianos. No es difícil imaginar lo que ocurría con aquellos prisioneros, y más aún con Gracián, por ser sacerdote, presos en un barco pequeño y en manos de piratas que no sabían lo que era moral ni piedad.

Pero si estar en tierra podía suponerse un cielo, comparado con la vida en la mar, este cielo estaba lejos de cualquier comodidad o privilegio, por menor que fuese. Privilegio tenían aquellos que renegaban de su fe, pero Gracián sentía una gran pena por ellos y pedía clemencia al Padre del cielo. Porque si renegar de la fe ya es una gran desgracia, aquellos que renegaban se veían obligados a practicar los más nefandos y vergonzosos actos con sus verdugos. Era pecado sobre pecado. El P. Gracián intentaba convencer a los desertores de la fe del gran daño que causaban a su cuerpo y del irreparable daño que estaban produciendo en sus almas. Algunos de ellos retornaron a la fe –y pagaron caro por eso– ; otros no tuvieron fuerzas suficientes y Gracián los entregaba a la misericordia divina.

Cuando todos habían desembarcado, los dos capitanes se pusieron a echar en suerte para ver qué prisioneros le tocarían a cada uno. Por sorteo, Gracián le tocó a Elisbery, que era el más pobre. El otro, Duralí, era más rico. Esta casualidad – ser prisionero del más pobre – trajo para nuestro padre una pequeña esperanza, pues teniendo menos riquezas Elisbery, podría aceptar un valor menor por su rescate.

Una esperanza que se desvaneció totalmente cuando surgió el comentario de que el P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios era un importante prelado, nada menos que un arzobispo que, al ser hecho prisionero, se dirigía a Roma para recibir las honras cardenalcias y tomar posesión del trono de San Pedro. Era el futuro jefe de la cristiandad.

Gracián que había sido acusado falsamente de acciones infamantes por parte de sus hermanos de Orden, ahora era considerado, por parte de los principales enemigos de la fe cristiana, un sacerdote con muchas virtudes y poder, futuro papa romano, un “papazquivir”, en idioma turco.

La ironía del destino le tocaba una vez más. A través de rumores mentirosos, que hablaban de sus “grandes defectos”, había sido expulsado de la Orden de los

Carmelitas Descalzos y ahora, también por falsos rumores sobre su alta posición jerárquica dentro de la Iglesia, veía cómo se le escapaba una concreta posibilidad de comprar su libertad.

Aquel rumor, por más lisonjero que fuera, no le ayudaba a conseguir su libertad. Todo lo contrario: imaginando tener en su poder un prisionero tan importante, Elisbery comenzó a soñar que podía pedir una gran fortuna como rescate, pues la cristiandad no iba a abandonar su “Papazquivir”, y pagaría cualquier suma por él. Imaginó que, ahora sí, la suerte le había sonreído. Lo que él no sabía era que el rumor sobre aquel prisionero tan importante había llegado a los oídos del Gobernador de Túnez, de quien él dependía.

Los sueños de Elisbery comenzaron a deshacerse cuando vio, cierto día, que se aproximaba a su campamento el embajador del Gobernador con muchos lanceros y arcabuceros. Venían a buscar al “arzobispo”. Elisbery no quiso entregarle su trofeo y, astutamente, echó mano de un truco: envió al P. Gracián para la prisión de Duralí (su compañero de piratería) que, por ser de Argel, no estaba bajo la jurisdicción del Gobernador de Túnez y, por lo tanto, no tenía obligación de entregar al prisionero⁷³. Duralí, fiel a su compañero, dijo al embajador que no le entregaría tan importante rehén.

Zambalí (este era el nombre del embajador del Gobernador) sabía que todo aquello no pasaba de teatro y amenazó a Duralí: *“Mira, Duralí, bien veo que ahora estás borracho y que no hablas tú sino tu vino. Mas igu-Allah y vi-Allah – que quiere decir por Dios y para Dios – y por la cabeza del Gran Señor, que si mañana no me le das, que te tengo de llevar arrastrando a Túnez atado a la cola de mi caballo”*. Duralí guardó silencio y pensó que era mejor no discutir con un hombre tan decidido.

Por la mañana sacaron a Gracián de la prisión y mandaron que se preparase para el viaje. El pobre padre no tenía nada que preparar, sino coger un simple breviario que le había sido dado en la prisión, una manta colorida, que le servía de vestimenta, y una pequeña boina que casi no le tapaba la mitad de la cabeza: este era el traje del “Sr. Arzobispo”, el Papazquivir Gracián.

Con tal vestimenta fue llevado, bajo la vigilancia del embajador, para Túnez. El recorrido hasta Túnez era largo, aproximadamente 12 leguas, con algunas dificultades durante el camino. Una de esas dificultades, quizás la primera de ellas, le causó a Gracián un cierto miedo. El río “Fuimara de Biserta”, debido a las fuertes lluvias que caían en su nacimiento, se había desbordado y no era posible vadearlo. El único modo era atravesarlo a nado, con los caballos. Gracián no tenía ninguna experiencia en este tipo de travesía y, además, no se debe olvidar que debido a los malos tratos y pésima alimentación que había recibido desde su captura, se encontraba en un lamentable estado de desnutrición, sin fuerzas, por lo tanto, para enfrentar la corriente del río o cualquier otro desafío que exigiese alguna fuerza física.

⁷³ Existía entre los turcos de aquella época, una ley que concedía al Gobernador el derecho de tomar, de cualquiera, prisioneros importantes para enviarlos al Sultán y, debido al rumor de que el P. Gracián era un arzobispo, la ley se aplicaba en este caso.

Todos atravesaron el río, menos Gracián. El embajador, viendo que su prisionero se quedaba atrás, mandó a un moro de su guardia volver a la otra orilla y traer al “Papazquivir”. Gracián, no sin miedo, no tuvo otra salida sino seguir las instrucciones del moro.

El P. Jerónimo Gracián muchas veces desconcierta a sus lectores, pues siempre encuentra lecciones de espiritualidad donde normalmente nadie vería nada más que una frase o una orden; tiene una intuición espiritual que consigue transformar situaciones inesperadas y hasta paradójicas en decisiones transcendentales.

El moro consiguió que Gracián subiera al caballo y, ya dentro del río le dijo: *“Papaz, tente bien a las crines. Mira al cielo y no al agua. No tengas miedo y así no caerás”*. Estas instrucciones, que no tenían otra intención sino garantizar una travesía segura, Gracián las transformó en alimento para su piedad. Aquellas palabras, escribió Gracián, las *“guardé yo en el corazón para otros muchos propósitos, que me dieron la vida: porque haciendo el hombre lo que puede, considerando las cosas del cielo y apartando los ojos de los trabajos en que está, perdiendo el miedo con la confianza en Dios, no desfallece el corazón”*.

El viaje continuó hasta llegar a Túnez, donde el P. Gracián fue entregado al Gobernador, con la gran esperanza de negociar su libertad. Pero los acontecimientos no eran tan favorables. Había todavía mucho camino que recorrer.

EN LA PRISIÓN DEL GOBERNADOR

La llegada a Túnez debe haber sido para el “Papazquivir” un momento de múltiples y contradictorios sentimientos. El viaje fue agotador y él debía estar soñando con ser colocado en un rincón cualquiera para poder, durante algunos momentos, descansar; por otro lado, su mente inquieta estaba ansiosa por encontrarse cara a cara con el gobernador y discutir con él los términos de su liberación. No tenía ni idea de su lamentable figura: delgado, abatido, la barba sin hacer y, además, vestido burdamente con una especie de sábana multicolor y un ridículo gorro rojo, parecido a un solideo. ¿Quién respetaría y acreditaría en tal figura?

Gracián tenía a su favor el rumor de que él era un representante especial de la jerarquía cristiana: un arzobispo. Suponía que este rumor serviría, por lo menos, para facilitar las negociaciones. Este supuesto, que también era una esperanza, le animaba a continuar de pie y mantener una mente equilibrada. Era una oportunidad para, finalmente, volver a su pastoreo, al ejercicio de su vocación sacerdotal. La liberación del cautiverio le devolvería todo lo que de mejor le había restado después de su expulsión de la Orden.

A pesar de sus muchas virtudes, el P. Gracián tenía dos grandes “defectos”; el primero de ellos era el de confiar demasiado en las personas y, el segundo – asociado al primero – era una “santa ingenuidad”. Estos “defectos” ya los había notado Teresa de Jesús que, por carta, le pedía se corrigiera. Pero era este su temperamento. Creía y actuaba como si en la mente humana no hubiera maldad, y eso que durante la mayor parte de su vida se vio envuelto con esa maldad de los hombres.

Su llegada a Túnez fue totalmente diferente de aquella que él había imaginado: le llevaron al palacio y le hicieron arrodillarse delante del Gobernador. Y en esta posición incómoda, que también contradecía su fe, tuvo que oír las preguntas que le hacían sobre las nuevas del reino de España y de su Rey. El Gobernador estaba interesado en los detalles, las minucias. Cosas que Gracián no sabía, ni podía saber, ya que hacía bastante tiempo que no pisaba suelo español. Además, lo que menos quería él era hablar de esas cosas. Su deseo era comenzar a tratar de su rescate, asunto que el Gobernador no tocó durante su interrogatorio. Notando que se aproximaba la noche y que eran inútiles sus preguntas, el Gobernador mandó que le llevasen a la prisión. Y allí le mantuvieron aquella noche y el día siguiente. Gracián esperaba ser llamado para tratar sobre su liberación, pero en vez de eso, vinieron a buscarle para conducirlo a la “prisión común” donde se encontraban todos los cristianos presos y atarle las piernas con la incómoda “traviesa”.

La “prisión común”, también llamada “baño”, donde eran mantenidos los cristianos presos, estaba situada debajo del nivel del suelo, con algunas troneras por donde entraba un poco de sol y aire. Tenía puertas pesadas y muy bien vigiladas, haciendo imposible cualquier tentativa de fuga. Estas puertas se abrían al amanecer para que los prisioneros saliesen a trabajar y eran cerradas al anochecer cuando todos habían vuelto. El espacio era bajo de techo y estrecho y, en la época en que Gracián estuvo allí, llegó a abrigar hasta 600 cautivos.

Por tratarse de un local tan estrecho, donde convivían 600 personas, la mayoría de ellas con los pies y las manos amarrados con cadenas, se puede suponer el ruido que allí se producía y la imposibilidad de permanecer quieto sin ser empujado de un lado a otro cuando alguno de los prisioneros se movía. “Cualquier calabozo cristiano es un jardín delicioso en comparación con lo que allí se sufre”, escribió Gracián.

En estas condiciones, salir para trabajar era, en cierto modo, un regalo. Por lo menos se podía respirar aire puro y mover el cuerpo con más libertad. Gracián nunca disfrutó de este “regalo”. Permaneció dentro del “baño” todo el tiempo, junto a otros veinte o treinta prisioneros, viejos y enfermos. Permanecer en la mazmorra era tener que aguantarse echado, pues era muy doloroso permanecer de pie con aquellas gruesas cadenas que sujetaban las manos y el infame cepo que llevaban en los pies, haciendo imposible el andar y siendo una tortura también el hecho de sentarse o arrodillarse.

A pesar de tan difícil situación, los prisioneros prepararon un pequeño espacio que les servía de “iglesia”; construyeron un pequeño altar, donde Gracián celebraba la Misa todos los días. Cargado de cadenas y con los pies sujetos al cepo, precisaba de ayuda para hacer los movimientos litúrgicos propios de la Santa Misa.

Puede parecer extraño que el Gobernador, siendo musulmán, permitiera que los prisioneros cristianos practicasen tan ostensivamente su fe. Lo permitía, no por bondad o ignorancia, sino por astucia. Había notado que la celebración de la Misa y otras prácticas de devoción dejaba a sus prisioneros cristianos menos irritados y más dóciles. En cierta ocasión, el P. Gracián hizo una homilía – tratando de incentivar en la fe a algunos cristianos más tibios – resaltando la grandeza de la fe cristiana y lo errado que era seguir la religión de Mahoma. Uno de los guardas, habiendo oído aquello, fue corriendo al Gobernador para contarle lo que estaba ocurriendo. Esperaba que castigase a los prisioneros, pero, al contrario, fue amonestado con estas palabras: “Perro ¿quién te mete a ti oír lo que el Papaz predica? ¿Quieres por ventura hacerte cristiano? Déjalos. ¿No están de su puerta adentro? ¿Quieres que digan bien de Mahoma?”⁷⁴.

Esto no significaba que el Gobernador tenía simpatía por Gracián como para permitirle continuar practicando sus deberes sacerdotales y su celo apostólico dentro de la prisión. Como cualquier prisionero, estaba siendo vigilado constantemente y hasta más de cerca que los otros, pues su rescate suponía un buen negocio. Si el Gobernador le sacó alguna vez de algunos apuros mayores no fue, por supuesto, por simpatía, sino por interés o porque este fue el deseo de

⁷⁴ Gracián – Peregrinación – p. 105

Dios. Santa Edith Stein, en su ensayo sobre la “Oración de la Iglesia”⁷⁵ nos recuerda que, muchas veces, Dios usa de los malos como instrumento suyo. Este parece haber sido, en muchas ocasiones, el caso del P. Gracián.

Así sucedió, por ejemplo, cuando los soldados del Sultán llegaron contando al Gobernador que sabían, de fuente segura, que Gracián era un inquisidor⁷⁶ que había mandado quemar, en España, más de cincuenta renegados y, por eso, le querían para quemarle vivo. Así habían hecho con fray Juan Benegas, Carmelita Calzado, natural de Toledo. Le quemaron, simplemente, por ser primo de un inquisidor.

Gracián no estaba siendo acusado de parentesco con inquisidores, sino de ser él mismo un inquisidor, caso mucho más grave a los ojos de los musulmanes. Pero el Gobernador defendió a Gracián con estas palabras:

“Digan a esos señores que de muy buena gana les daré mi Papaz para que le quemem a él y a todos mis cristianos si quieren, y también a mi misma persona. Mas que les suplico consideren dos cosas: la una, que mi Papaz no es hombre de tan poca suerte ni de tan bajo estado que sea inquisidor, que es un gran arzobispo que iba a Roma a ser cardenal y dentro de pocos días había de ser papa. Y también, que ya saben que el Gran Señor me ha enviado a mandar que saque de cautiverio a Amatarráez bey, que está preso en el castillo de Nápoles, y a Asán arráez, que anda bogando en las galeras de España; y que a estos dos me dan por este Papaz, y por lo menos me dará treinta mil escudos por su rescate, y estos dineros son para sus pagas. Mas que, con todo eso, hagan información si es inquisidor y quémenle en hora buena.”⁷⁷. No consiguieron probar nada y dejaron a Gracián en paz.

En la prisión el P. Gracián lamentaba no saber árabe. Si lo supiera, podría ayudar a los otros cautivos con más eficacia. Dios oyó este deseo, aunque con unas consecuencias peligrosas. Poco después de la Pascua colocaron en prisión a un renegado – llamábase Mami⁷⁸ – acusado de haber matado a su amo. Mami sabía árabe y se dispuso a enseñárselo al P. Gracián, que aprovechó para enseñarle algunas verdades de la fe cristiana. La gracia llegó a Mami y se convirtió. Gracián le atendió en confesión pero, para recibir la absolución, era preciso que confesase públicamente su renuncia a la fe en Mahoma. Esta confesión pública suponía el martirio, pues los musulmanes no admitían que los suyos renegasen de su fe. Mami estaba decidido a correr todos los riesgos, salió al patio, declaró su fé en Jesucristo y volvió para la prisión para recibir la absolución. Se quedaron el P. Gracián y Mami esperando el castigo, pues tampoco a Gracián le perdonarían por “haber desviado del camino” a un musulmán.

El jefe de la guardia, que había escuchado aquella confesión pública, indignado con lo acontecido, preguntó: “¿quién te engañó?” y con mucha rabia dijo a los demás cristianos: “Este vuestro Papaz piensa que nos ha de hacer a

⁷⁵ Cf. Edith Stein, “La prière de la Eglise”, en Souce Cachée : Œuvres spirituelles, Paris : Cerf, 1998

⁷⁶ Gracián fue hecho prisionero en una fragata de la Inquisición que iba de Nápoles a Roma, de allí el origen de los rumores de que él era inquisidor.

⁷⁷ Gracián – Peregrinación – p. 111

⁷⁸ Recibió el nombre cristiano de Alfonso de la Cruz

todos cristianos? ¡Pues presto verá lo que pasa!” Y fue corriendo a dar la noticia al Gobernador.

Los prisioneros cristianos se enfadaron con Gracián; no entendían cómo aquel hombre que poco antes había escapado de morir quemado, fuera a meterse en otro problema que ponía en riesgo su vida. Uno de los prisioneros, portavoz de todos los demás, dijo: “Debías dejar a este “perro” ir para el infierno. Por intentar salvarle, los turcos van a quemar a los dos. Por más favores que Dios le haga, recibirá quinientos latigazos que acabarán matándole”. Gracián simplemente respondió: “Dejad, ganemos una alma para Dios, venga lo que viniere”.

Dos horas más tarde mandaron que saliesen los dos. Pero nada de lo que sospechaban sucedió. Fueron llevados a una pequeña sala donde quitaron el cepo de madera de los pies de Gracián y lo colocaron en los de Mani (Alfonso de la Cruz). En los pies de Gracián colocaron una nueva traviesa de hierro, más pesada e incómoda. Acabada esta operación salieron todos y les dejaron solos. Los prisioneros cristianos se aproximaron alegremente por encontrarles vivos y les llevaron de vuelta a la prisión.

Pocos pudieron comprender –y todavía hoy pocos lo entienden– el temperamento y modo de proceder del P. Gracián. Para aquellos que le expulsaron de la Orden de los Carmelitas Descalzos, era arrogante e indisciplinado. Santa Teresa de Jesús, al contrario, le consideraba portador de la inocencia de los santos. Otros le consideraban imprudente y, de cierta manera, infantil en sus actos. Pero cualquiera que sea la opinión que se tenga de Gracián, es innegable que nunca actuó de modo cobarde o con duplicidad. Siempre intentó que sus acciones fuesen motivadas por amor a la Iglesia y a sus hijos, aunque esas acciones significasen riesgo para su propia vida o para su honra. Algo podemos comprender sobre su temperamento si prestamos atención al diálogo que mantuvo con el Gobernador poco antes de ser acusado por los soldados del Sultán de ser un inquisidor.

Habiendo recibido órdenes del Sultán para tratar del rescate de los dos gobernadores musulmanes, el Gobernador mando llamar a Gracián y le ordenó que escribiera una carta presentando la propuesta de cambiar los dos gobernadores por él. Gracián respondió que no admitiría ser cambiado por los dos, pues aquellos gobernadores conocían todos los puertos de la cristiandad y eran, por eso mismo, los que más podían perjudicar a los cristianos. Por lo tanto, prefería morir a ser responsable de la pérdida de libertad de muchos. Es evidente que ante una respuesta de este tipo iría a recibir una reacción contundente por parte del Gobernador. Nadie enfrentaría, a no ser alguien tocado por la gracia y la misericordia de Dios, ni se atrevería a enfrentar tan clara y directamente a un enemigo que tenía el destino de Gracián en sus manos.

A través de este pequeño episodio podemos percibir algunos rasgos de la personalidad del P. Gracián: no tenía miedo; contestaba con palabras claras y directas, no se andaba por las ramas; amaba profundamente a su Iglesia y a sus hermanos de fe; la posibilidad de morir no le hacía retroceder. Es evidente que estos rasgos se refieren solamente a su modo de ser frente a los hechos terrenos,

pero – indirectamente – nos dejan entrever un alma movida por el soplo del Espíritu Santo. Su temeridad no provenía de una valentía mundana, inconsciente, sino de su abandono al amor de Dios. Gracián fue, tanto en el episodio de la expulsión de la Orden como en el de la prisión, un ejemplo vivo de la afirmación paulina: “cuando soy débil, entonces soy fuerte”⁷⁹.

Esta opinión no procede de una simpatía personal por el P. Gracián. El P. Bengoechea – historiador de la Orden de los Carmelitas Descalzos – diseñó con precisión y justicia – pues se apoyaba en documentos públicos – algunos aspectos de la personalidad de Gracián, tanto como hombre como sacerdote. Escribió aquel autor: “Cuando el P. Jerónimo Gracián llegó a aquel lugar (Túnez), enseguida se percató de la situación especial en que se encontraba y al punto reaccionó como sacerdote acometido por el celo de su fe y de su caridad. Muy pronto se dedica a celebrar la misa, a predicar, confesar, aconsejar y ayudar a unos y a otros. Todo, menos cruzarse de brazos. En todo momento, surge el apóstol. Y allí mismo, metido en la mazmorra, atravesados los pies con pesados hierros, no para: habla con los compañeros de prisión, escribe a los ausentes, negocia rescates y opera conversiones en constante actividad y vigilancia”⁸⁰.

No se puede, en este momento, dejar de recordar una de las cartas de San Pablo, escrita a los Romanos. Escribió lo siguiente: “Hermanos, ¿quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La persecución? ¿El hambre? ¿La desnudez? ¿El peligro? ¿La espada?”. El P. Gracián pasó por todo eso y nunca pensó en apartarse de Cristo, y eso, como concluye San Pablo, “en todo esto salimos más que vencedores gracias a aquel que nos ama”⁸¹.

⁷⁹ Cf. 2 Cor. 12, 10

⁸⁰ Cf. Ismael Bengoechea OCD, “Dos cartas inéditas del P. Jerónimo Gracián”, en Revista Monte Carmelo, Burgos, 1999, vol. 98, n° 1, p. 82

⁸¹ Cf. Rm. 8, 35. 37-39

LIBRE DE LA PRISIÓN

Frecuentemente, Gracián se refugiaba en los recuerdos del tiempo en que el mundo era, para él, una tierra de misión. Eran unos tiempos de grandes proyectos, de grandes y santas amistades. No olvidaba las lecciones que santa Teresa de Jesús le había enseñado en Beas, y tampoco el compromiso que había asumido de estar siempre con el corazón y la mente perteneciendo a la “Orden de los Hermanos y Hermanas Descalzos de la Virgen María del Monte Carmelo”.

Estos recuerdos caían en su alma como un alivio y le fortalecían para continuar resistiendo. Pero no podía ser esclavo de los recuerdos pues había una dura realidad a ser enfrentada: su cautiverio y las consecuencias de éste, provocadas muchas veces por cristianos malintencionados, como fue el caso de un comerciante italiano de Trápani.

La Condesa de Olivares – vice-reina de Sicilia –, que mantenía dos turcos presos, se los ofreció al Gobernador a cambio del P. Gracián. Todo llevaba a pensar que se resolvería satisfactoriamente el negocio, cuando apareció un comerciante diciendo que conocía al padre y que él valía, por los menos, seis mil escudos. El Gobernador, impresionado por tan grande suma de dinero, interrumpió sus negociaciones con la condesa y el rescate se suspendió. Gracián no entendió por qué aquel comerciante había impedido deliberadamente – con informes tan falsos – su libertad. ¿Qué ganaba él con eso? Más tarde, supo de una conversación de aquel comerciante con un renegado⁸²:

- “¿Pensaba el Padrino – que así llaman los sicilianos a los sacerdotes – que había de ir ahora libre a su tierra? Pues icrepe en los hierros, que es español, y estos españoles nos tienen sujetos en Sicilia nuestra Tierra!

Escandalizado ante tan gran maldad, un renegado de nombre Ramadán Holdax, le respondió:

- “¡Perro, hereje, demonio, mal cristiano! ¿Qué te ha hecho aquel pobre Papaz, que le quitas su libertad? ¡Juro a tal, que si no fuera por hacerle a él daño, te diera aquí de puñaladas!”.

Gracián sería rescatado, pero no ahora. Tendría que esperar que la voluntad de Dios siguiera su curso y, como suele suceder, los hombres no entienden que la misericordia divina es incomprensible cuando queremos que la lógica de Dios se adapte a lógica humana. Hasta Gracián, hombre de gran devoción y que creía ciegamente en la bondad divina, no podía imaginar que su rescate había sido preparado mucho antes de haber caído preso.

⁸² Cf. Gracián – Peregrinación – p. 118

Los caminos de Dios

Cuando se encontraba en Lisboa, siendo Vicario Provincial de Portugal, salvó de la muerte a un judío llamado Abraham Gebre, a quien algunos soldados querían matar. Libre de la muerte, Abraham, agradecido, le ofreció 300 ducados. Dado su espíritu caritativo – y revelando algo de profético –, Gracián rechazó la oferta y le dijo “que no hacía bien a nadie por dineros, y esperaba en Dios me lo pagaría mejor que él por mano de otro judío”⁸³.

Años después de haber sucedido esto, Simón Escanasi – un rico judío de Túnez – decidió vender sus mercancías en Nápoles cuando, llegando al puerto de Gaeta, fue hecho prisionero y tuvo sus bienes embargados.

El P. Gracián tenía algunos parientes que ocupaban cargos importantes en aquella isla. Uno de ellos, que era juez, sabiendo que Simón era rico y poderoso en Túnez, trató con él el rescate: suspendió su prisión y le devolvió los bienes secuestrados dándole, además, 600 escudos para pagar el rescate de Gracián. Agradecido, Simón cogió el dinero y se lo entregó a la familia Lomellini –natural de Génova– que vivían en Tabarka (lugar perteneciente a Túnez) y tenía contratos con los turcos. Ahora, no había otra cosa que hacer sino esperar el momento oportuno para negociar con el Gobernador la libertad del P. Jerónimo Gracián.

Y la ocasión se presentó. Cuando llegó el momento de pagar a sus soldados, el Gobernador se vio sin el dinero suficiente para responder a este compromiso. Los soldados, irritados ya con el atraso en sus sueldos, le amenazaban insolentemente diciendo que le matarían si no les pagase inmediatamente lo que les debía. Temiendo por su suerte, acudió a Simón pidiendo que le prestase algún dinero. Simón se mantuvo fiel a la promesa que había hecho al pariente de Gracián que le había libertado, proponiendo al Gobernador:

“Yo no tengo dineros. Mas ¿para qué quieres mejor remedio que rescatar ese Papaz y acabar de pagar con su rescate a los jenízaros, que si lo dilata más, según tu le tratas, no sacarás de él más fruto que un costal de huesos? Yo vengo de su tierra y le traigo seiscientos escudos para su rescate. He hablado a sus parientes informándome de quién es, y aunque es muy siervo de Dios y predicador y religioso, su Orden no dará por él nada, ni tiene más dignidad ni renta que ser un pobre fraile; en todo lo demás te han engañado”⁸⁴.

Aunque lamentándolo, se convenció que ésta era la única solución. Mandó que Simón hablase con Gracián para ajustar el precio de su rescate. Existía, por supuesto, un gran riesgo: si el Gobernador obtuviese el dinero de otra forma, la libertad, tan próxima ya, no pasaría de ser una efímera esperanza. Se precisaba sellar el acuerdo urgentemente.

Gracián recibía ahora, de otro judío, una atención, fidelidad y dedicación total. Por supuesto que ya no se acordaba de lo que había dicho al otro judío, en

⁸³ Cf. Gracián – Peregrinación – p. 119

⁸⁴ Idem p. 120

Portugal. Simón, sin saber nada de aquella profecía, estaba siendo el instrumento utilizado por Dios.

El Gobernador estableció el rescate en mil trescientos escudos de oro. Simón podía haberse desentendido del caso, pero no lo hizo. Pidió prestado el dinero necesario a sus amigos; trató sobre la firma de la carta de libertad y tomó todas las providencias necesarias.

La carta, firmada por el Gobernador, decía lo siguiente:

“Túnez, 11 de abril de 1595

El padre fray Gerónimo, papaz español, mi esclavo christiano, me ha dado mill escudos, por lo qual le doy esta mi Carta de libertad con que se entienda que desde oy en adelante es libre y puede libremente yr a cualquier parte que quisiere sin que ninguno le estorbe ni haga contradicción, y pueda embarcarse para yr a tierra de cristianos desde cualquier escala, puerto o tierra de Bervería que él quisiere desde este día que le doy por libre”⁸⁵.

No se puede dejar de ver la mano de Dios guiando a ese judío que tenía el mismo nombre que aquel otro que Cristo había escogido para ser cabeza de su Iglesia: Simón Pedro. Ese hombre, asumiendo los riesgos que un judío podía enfrentar en tierras musulmanas – con una enorme y precisa intuición – trato de esconder a Gracián, pues temía que el Gobernador se arrepintiera del negocio que había hecho.

Simón tenía razón; al día siguiente – después de haber pagado a los soldados que le amenazaban -, el Gobernador quiso recuperar a Gracián y sembró el rumor de que había sido engañado en un momento de desesperación; decía que su “Papaz” valía, por lo menos, seis mil ducados. Queriéndole de vuelta, ordenó que le buscasen por todo Túnez. Pero para asegurar la libertad de su protegido, Simón acudió al Cadí y le mostró la Carta de libertad y así garantizó la seguridad de Gracián. Notando que el peligro había disminuido, Simón le llevó al consulado francés, donde permaneció durante un mes, hasta conseguir transporte para Tabarka, y viajar, desde allí, rumbo a Génova.

El cautiverio de Jerónimo Gracián de la Madre de Dios había acabado. Desde Tabarka embarcó para Génova, donde llegó el 18 de agosto de 1595; allí permaneció durante algún tiempo, antes de viajar a Roma.

Aunque cautivo y viviendo en condiciones de extrema penuria, el P. Gracián nunca abandonó el ejercicio de su vocación sacerdotal: celebraba la Santa Misa, confesaba, confortaba a los que sufrían, animaba la fé de los más flojos.

También fue un buen negociante entre amos y cautivos. Muchos fueron libertados gracias a su intervención y ruegos. Exactamente, son conocidos los doce cautivos que fueron libertados por él. Aunque español, no tenía una predilección especial por estos cuando se trataba de negociar la libertad de

⁸⁵ Cf. Anexo 8 – Peregrinación -

alguien. Entre los libertados encontramos a Matheo, italiano; Diego de Medina, español; Antón, natural de Grecia; Isabel de Luna, napolitana.

Durante los meses de permanencia en Génova, desarrolló una intensa actividad a favor de los cautivos que se encontraban en África, mandando noticias, reuniendo fondos e intentando sensibilizar a las autoridades sobre la triste situación de aquellos prisioneros.

Este era Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, que había pasado dos años cautivo, después de haber sido expulsado de la Orden donde había sido su primer Provincial. Los años de cautiverio, aunque perjudicaron su salud debido a los malos tratos y pésima alimentación, no disminuyeron en nada su gran amor a la Orden de los Carmelitas Descalzos. Tenía todos los argumentos, humanamente hablando, para distanciarse de cualquier cosa que le recordase el Carmelo Descalzo. Pero no pasó por su cabeza ningún pensamiento de este tipo. Su cultivado espíritu de perdón y discernimiento sabía separar lo que es propio del ser humano y las cosas que son de Dios. No se puede olvidar el perdón que concede a sus más inexorables perseguidores. Este perdón es tan verdadero y profundo que Gracián consideró correcta la persecución a que fue sometido. “Ellos son siervos fieles de Dios y acertaron en aquello que hicieron”, escribió Gracián, hablando de sus perseguidores. Y concluye: “Yo creo que ningún odio ni rencor les movió, sino el celo de la Orden, y así sólo el demonio tiene la culpa en este caso, que cerró la ventana y estorbó la luz”⁸⁶.

Son palabras que, venidas de otra persona, podrían interpretarse como cínicas o irónicas, pero no cuando el que escribe es Gracián. Durante todo el proceso de calumnias y expulsión que él padece, jamás acusó a nadie o aprovechó la oportunidad para denigrar o atacar la honra de aquellos que más le habían injuriado. Sus palabras no suponen ninguna indirecta; constituyen la más pura y clara expresión de lo que decía San Agustín: “debemos odiar el pecado y amar al pecador”.

Fue esta capacidad de discernimiento la que le mantuvo siempre atento y dispuesto para luchar contra el sistema, no contra las personas. Cuando llega a Génova, por ejemplo – después de un viaje lleno de peligros de naufragio -, escribió al P. General, Fray Elías de San Martín, solicitando, una vez más, ser readmitido en la Orden. La respuesta que recibió fue un silencio lamentable. Todavía había mucho camino para este andariego de Dios.

⁸⁶ Cf. Gracián – Peregrinación – p. 29

RETORNANDO A ROMA

No habiendo otra salida, continuó en Génova. Pero su dinamismo y espíritu sacerdotal no le permitían quedar esperando en un permanente marasmo. Decidió, entonces que, durante el tiempo de espera, lo dedicaría a buscar ayuda para los cautivos que se encontraban en el continente africano. Y durante este tiempo encontramos al P. Gracián dedicado a una intensa actividad, reuniendo fondos para rescatarlos y sensibilizando a las autoridades sobre la triste situación de aquellos pobres prisioneros cuya condición él había experimentado en carne propia. Pero estas actividades no le impedía seguir aspirando a realizar su gran deseo: volver al el Carmelo Teresiano.

Gracián estaba libre, los grillos y el cepo no le sujetaban los pies ni las manos, pero había quedado prisionero – a pesar de su libertad – de una enorme deuda. El dinero usado para su rescate era de su entera responsabilidad, y él tendría que devolverlo. Aquellos mil trescientos escudos de oro no eran un donativo, sino un préstamo. Además, como había pedido prestado dinero para la liberación de otros prisioneros, debería sumar a su propia deuda aquella que había contraído a favor de los otros. Y Gracián era pobre, sin una Orden que lo acogiera o, por lo menos, asegurara sus necesidades básicas para vivir. Vivía a costa de limosnas y de la generosidad de los otros. ¿Cómo iba a pagar esa altísima deuda con tal pobreza?

El 5 de enero de 1596, casi nueve meses después de alcanzar su libertad, comienza a ver los resultados de su esfuerzo a favor de los prisioneros y de sus pedidos de ayuda. El Papa Clemente VIII – el mismo que había firmado la Bula de su expulsión de la Orden – publica otra, “Ex omnibus”, en la que exhorta a todos los fieles a que ayuden, con sus limosnas, al Padre Gracián, para pagar la deuda contraída con su propio rescate y el de otros cristianos que él había libertado. El Papa daba autorización, además, para que el P. Gracián pidiera limosnas con este mismo fin, durante tres años.

Uno de sus objetivos ya está casi realizado: hacer que la Iglesia se preocupara, de modo concreto, de los prisioneros que se encontraban en poder de los turcos. Faltaba solamente la realización de su gran sueño: ver reparada la enorme injusticia cometida contra él, y no tanto por la injusticia, sino por haberle privado del hábito de la Orden. Este sincero deseo era el más difícil de realizar, pues sus poderosos enemigos no aceptaban su reingreso en la Orden de los Carmelitas Descalzos.

Gracián sabía que todavía iba a encontrar serios obstáculos, pero esto no le asustaba ni le hacía desistir; todo lo contrario, su determinación era tal que nadie se atrevía a recomendarle que desistiera de esa idea. Cejar en esa lucha sería una doble traición, cometida contra la Virgen y contra Teresa de Jesús. Él no era un hombre de traiciones. Muchas veces se había visto perdido, sin amigos

que le apoyasen en su lucha. Pero entonces, cuando el fracaso parecía inminente, siempre aparecía un ser generoso, muchas veces profético – como ángeles enviados especialmente – para, con pocas palabras, infundir en él un nuevo aliento.

Este fue el caso, por ejemplo, que le sucedió cuando, andando por las calles de Roma, se encontró con un padre que le proporcionó un gran consuelo. Gracián narra este encuentro: “Este santo, así como me vio, me puso la mano en el rostro diciendo: ‘Fratello, non dubitate’, como si entendiese las congojas que entonces yo traía; y de aquella mano y palabras descendió a mi corazón tan grande consuelo y paz, que no le he tenido mayor en mi vida. ¡Sea el Señor bendito, que tanta gracia da a sus siervos y así consuela a los afligidos!”⁸⁷.

El padre que había traído tan gran consuelo y paz a su corazón era el P. Felipe, venerado hoy en la Iglesia como San Felipe Neri.

El P. Gracián, muchas veces, fue consolado y animado a mantener su fidelidad a la Iglesia y a la Orden fundada por Santa Teresa de Jesús, a través de una gracia especial que los diccionarios de espiritualidad denominan con la expresión “locución interior”. San Juan de la Cruz se refiere a este don en su obra “Subida al Monte Carmelo” (cap. 26). Sobre estas locuciones nos narra el P. Gracián: “estaba un día afligiéndome por verme solo, sin la Madre (Teresa de Jesús) y con tantas ocupaciones y menudencias a que acudir, de las cuales ella me descuidaba y ayudaba mucho. Y paréceme que, en la asistencia que digo, me dio a entender: ‘no me he apartado, que siempre hemos de andar juntos, y ahora te ayudaré más de veras’⁸⁸.

Estos sucesos mantenían vivos su coraje, su paciencia y su fe, virtudes que nunca le faltaron al P. Gracián. Ciertamente él sabía de memoria aquellos versos que Santa había escrito:

“Nada te turbe,
Nada te espante,
Todo se pasa,
Dios no se muda;
La paciencia
Todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene
Nada le falta.
Solo Dios basta!”⁸⁹

Y esta paciencia le proporciona una gran victoria: el 6 de marzo de 1596, el Papa Clemente VIII le concede el Breve de rehabilitación. Es la culminación de muchos años de lucha, se trata de un documento que restablece la verdad y acaba con todas las mentiras maquinadas contra el P. Jerónimo Gracián.

⁸⁷ Cf. Gracián – Peregrinación – pp. 252-253

⁸⁸ Cf. Jerónimo Gracián, “Diálogos del tránsito de la Madre Teresa”, I H T, Roma, 1982, p.111

⁸⁹ Cf. Teresa de Jesús, Obras completas, Burgos, Monte Carmelo, 2001, p. 1336

Dada la importancia de este documento, merece la pena transcribirlo íntegramente, aunque sea un poco largo.

CLEMENTE PP. VIII

“Al amado hijo Ger.mo Gracián de la Madre de Dios, frayle de la Orden de los Carmelitas Descalzo.

Amado hijo, salud y bendición apostólica.

La benignidad de la Silla apostólica abraça de buena gana en el gremio de su clemencia a aquellos que a ella se acogen con umildad, y les da los favores y gracias que convienen.

En otro tiempo siéndonos significado que vos por los superiores de la Orden de Sta. María del Monte Carmelo de los Descalzos, en la cual professastes, y por otros dos asesores que avían sido Piores provinciales de la Orden de Predicadores y de S. Gerónimo en España, aviades sido echado y privado de la dicha Orden de Sta. María por algunos deméritos, según dezían contenerse más largamente en la sentencia dada en la villa de Madrid, diócesi de Toledo, en 17 de hebrero de 1592, y en el processo que [sigue borrado: entonces] se hizo sobre ello.

Y vos ayáys tenido recurso al Protector de la Orden y a Nos y a la Silla apostólica sobre lo susodichos, y examinada la causa y las pretensiones y querellas vuestras por el venerable hermano Alexandro Francisco, obispo que agora es de Forlivio y entonces nuestro teólogo, a quien avíamos cometido el dicho pleyto para que lo examinasse y nos hiciese relación dél, y siendo oydo el amado hijo Procurador general de la dicha Orden que en este Corte reside, y siéndonos hecha muchas vezes diligente relación, por nuestra autoridad, ciencia y orden fue la dicha sentencia aprobada y confirmada, proybiendo espressamente que no pudiédeses entrar en la dicha Orden de los Descalzos ni tampoco en la de los Carmelitas Mitigados, según que más largamente se contiene en nuestras Letras de data de 27 de henero del año de 1593, año primero de nuestro pontificado.

Mas (como agora nos avéis hecho declarar) antes que las dichas Letras hos fuessen intimadas, vos, viniendo desde el reyno de Sicilia a Roma, fuystes en el camino cautivado por los Turcos y llevado en miserable servidumbre y avéys estado casi dos años cautivo, y finalmente librado por la gracia de Dios, y deseáis mucho bolver a la dicha Religión de los Carmelitas vuestra Madre, y para ello nos suplicastes umilmente que por la benignidad apostólica tuviésemos por bien de proveer convenientemente a vuestro estado en lo susodicho.

Nos, queriendo hazeros especial favor y gracia y absolviéndoos por el tenor de las presentes y determinando que seáys absuelto de cualesquier sentencias de excomunió, suspensión y entredicho, etc., si por ventura avéis incurrido en alguna (salvo por ocasión de lo susodicho), inclinado por las dichas suplicaciones, por la autoridad apostólica y por el tenor de las presentes, graciosamente hos absolvemos y totalmente libramos en ambos fueros de la

nota de apostasía y de cualesquier sentencias de excomuni3n, suspensi3n y entredicho y otras censuras y penas eclesiásticas que por ocasi3n de lo sobredicho ayáys en cualquier manera incurrido, y limpiamos y quitamos de vos toda mancha o nota de inhabilidad y de infamia que por lo sobredicho se á levantado contra vos, y hos restituymos, bolvemos a poner y reenteramos en el prístino estado en que antes de lo susodicho estávades en cualquier manera. Y dispensamos graciosamente con vos sobre la irregularidad en que sobre lo suso ayáys, incurrido, o si estando ligado con las dichas censuras avéys dicho missas y los demás divinos oficios, como no aya sido menosprecio de las claves.

Y por la dicha autoridad y tenor, hos concedemos y damos licencia que pódays bolver a la dicha Orden de los frailes Carmelitas Descalzos y ser otra vez recibido en él, y que podáys usar y gozar de todas las gracias, privilegios, indultos, favores, prerogativas y voz activa y passiva, como si de ella no uviérades sido echado y privado.

Mandando para ello a los dichos Vicarios y Definidores y otros superiores y frayles de la dicha Orden, que hos reciban y traten benignamente y permitan usar y gozar pacíficamente de los dichos privilegios y gracias y otras cosas. No obstantes las dichas nuestras Letras ni cualesquier constituciones y ordenanzas apostólicas, etc., estatutos ni costumbres, ni los privilegios, indultos y letras apostólicas en cualquier manera concedidos, confirmados y aprobados a los dichos Vicario y Definidores, Superiores y frailes, y otras personas en contrario de lo sobredicho, etc.

Dado en Roma, en S. Pedro, debaxo del anillo del Pescador, en seys días del mes de marzo, año de 1596, en el año quinto de nuestro pontificado”⁹⁰.

Acabó la tormenta que se había abatido sobre el padre Jerónimo Gracián. Desde el final de su período como primer Provincial de la Orden, cuando se iniciaron las intrigas contra él, hasta el Breve de rehabilitaci3n, habían transcurrido casi diez años. Ahora podría continuar su vida en paz, dedicarse totalmente a lo que más amaba: ejercer plenamente su sacerdocio – como Carmelita Descalzo – y trabajar en la causa de beatificaci3n de Teresa de Jesús.

Esto es lo que él esperaba, pero nadie podía imaginar que los Descalzos irían, a través de una actitud de clara desobediencia, oponerse al Breve de Rehabilitaci3n concedido por el Papa: “La generaci3n que creció bajo el influjo de Doria quedó mucho más marcada de lo que se suele pensar”⁹¹.

Vista la oposici3n de algunos superiores de los conventos de España que se oponían a la vuelta del P. Gracián, se le recomendó que permaneciese en Roma, donde el Vicario General de los Calzados le recibió con cariño y le permitió usar el hábito de los Descalzos y observar las normas de estos. O sea, Gracián pasó a vivir como un Descalzo entre los Calzados⁹².

⁹⁰ Cf. Moriones, I. – Rehabilitaci3n pontificia del P. Jerónimo Gracián en 1595 – Monte Carmelo vol. 103, n° 3, 1995, pp. 453-491

⁹¹ Moriones, I., - El Carmelo Teresiano y sus problemas de memoria histórica – Vitoria: Ediciones El Carmen, 1997, p. 74

⁹² Gracián – Carta a doña Adriana del Espiritu Santo, Roma 12 de enero de 1598

Recuperando todas sus funciones y habiendo sido retiradas de él todas las acusaciones que le habían infligido, se dedica, con todas sus fuerzas, al trabajo apostólico. Mantiene correspondencia con sus amigos y parientes de España. Inmediatamente perciben sus cualidades y le llaman para vivir en casa del cardenal Deza – que era secretario del Santo Oficio -, siendo nombrado teólogo del Cardenal.

Durante este tiempo se dedica, también, a escribir algunas obras sobre la Orden, intensifica los trabajos necesarios para la beatificación de Teresa de Jesús y se ocupa de la fundación de los Carmelos Descalzos, en Roma. Sobre estas fundaciones, es interesante, como registro histórico, transcribir lo que escribió más tarde un historiador de la Orden del Carmelo Descalzo: “Nunca, hasta su muerte, dejó (Gracián) de trabajar por la dilatación de la Orden de la Descalcez... Apenas hubo llegado a Roma, después de su cautividad ayudó eficazmente al P. Soto en la compra de una casa en Montecavallo para una fundación de Carmelitas Descalzas. Él mismo se encargó de formarlas según el espíritu de la Madre Teresa”⁹³.

Teniendo en cuenta el sincero deseo de Santa Teresa de Jesús, que acreditaba en la importancia de fundarse no sólo conventos de monjas sino también de Descalzos, el P. Gracián no dejó pasar la ocasión que surgió cuando estaba viviendo en casa del Cardenal Deza. Por aquel tiempo vino a Roma Fray Pedro de la Madre de Dios con otro compañero, del convento de Génova. Gracián dialogó con ellos sobre la importancia de fundar un convento de frailes en Roma, donde estaba el centro de la Iglesia. Como notó algunas dudas, añadió: “que fundasen, si no, que yo lo fundaría”. “Y como vieron que había ayudado a fundar el de monjas, y que tenía oficio de teólogo de Cardenal y era favorecido de muchos Cardenales y del Embajador de España y temieron mi determinación y atrevimiento – porque no se dijese que un expulso de su Orden fundava convento en Roma – diéronse prisa a venir, y fundaran el convento de Nuestra Señora de la Scala, que tanto fruto ha hecho, hace y hará”⁹⁴.

Como ya sabemos, Gracián era un hombre con una gran capacidad de trabajo y, principalmente, de trabajar – al mismo tiempo – en diferentes actividades. Escribiendo libros, dando sus pareceres y escribiendo cartas para el Cardenal Deza, fundando conventos, cuidando de la formación de las nuevas monjas, atendiendo al apostolado y realizando diligentemente todas las funciones propias de un sacerdote, él promovía también una gran campaña a favor de los cristianos que vivían en tierras musulmanas. Gracias a sus insistentes comunicaciones y sugerencias ante el Papa, Clemente VIII nombra una “Comisión” de cardenales con el fin de estudiar y promover los asuntos de las misiones. Es el primer embrión de la futura “Congregación para la Propagación de la Fe”.

En una carta dirigida a la Madre Juliana de la Madre de Dios, del Carmelo de Sevilla, fechada en 15 de agosto de 1600, el P. Gracián escribió: “Desde que vine de cautiverio he dado memoriales al Papa rogándole se duela de las almas

⁹³ Cf. de Santa Teresa, Silverio, “Historia del Carmen Descalzo...” Tomo VI, Burgos, Monte Carmelo, 1937, p. 580. Es interesante leer todo el episodio en “Peregrinación de Anastasio”.

⁹⁴ Cf. Gracián, Peregrinación... p. 253

de los miserables cristianos cautivos y de la multitud que se condena en tierras de gentiles por no aver ministros que les acudan. Su Sd. ordenó una Congregación de Cardenales que llaman de Propaganda Fide.”

Es el año de 1600. Clemente VIII lo proclama Año Santo. Año que debe haber sido extremadamente doloroso para el P. Gracián pues es el momento en que los Descalzos se dividen definitivamente en dos congregaciones autónomas: la española (de San José) y la italiana (de San Elías). Pero iba a tener un papel destacado en aquel Año Santo.

Su experiencia y conocimientos sobre el mundo musulmán eran bien sabidos de todos en la curia pontificia y nada más natural que encomendar a este hombre la predicación del año jubilar en Marruecos. Era una ocasión especial para llevar consuelo a los cristianos que se encontraban presos allí. Gracián nunca pensó en rechazar este proyecto por más que tuviera que revivir el trauma de la esclavitud en que había vivido. Inmediatamente trazó su plan de viaje.

Partió de Roma con dirección a Génova para, desde allí, pasar a Argel. Llegó a Génova a primeros de agosto. En cuanto esperaba el embarque, algunos contratiempos e imprevistos comenzaron a hacerse realidad. El Cardenal César Baronio le escribió, en nombre de la proyectada Congregación cardenalicia de Propaganda Fide y por orden del Papa, pidiéndole que regresara a Roma, pues la predicación había sido encomendada a los capuchinos y no sería oportuna la predicación por parte de religiosos de diferentes Ordenes.

Ciertamente que se cernió sobre él una gran tristeza, pues había empleado tiempo y esfuerzo para convencer a la Curia sobre la importancia evangélica de atender las necesidades religiosas y materiales de los cautivos cristianos. Ahora que podía, él mismo, realizar lo que había predicado, se ve impedido de hacerlo por causa de una simple inconveniencia. Pero luego se dio cuenta de que Dios tenía destinada para él una misión diferente. Percibió que su plan era irrealizable – él no podía desembarcar en Argel – pues no tenía salvoconducto y tampoco carta de representación para el Sultán.

Como los capuchinos predicarían el Jubileo en el norte de África, Gracián llegó a un acuerdo con ellos: él iría para otra parte del territorio africano. Pero eran necesarios los papeles consulares y estos sólo se podían conseguir recurriendo a la Corte de Madrid. Entonces, Gracián tuvo que cambiar de planes: tendría que ir a España para dejar en orden sus documentos y, entonces, viajar para África.

Ir a España era algo temerario pues estaría, como suele decirse, “en territorio enemigo”. No es que le faltasen amigos y admiradores pero, si algunos eran tibios, otros estaban obligados, por obediencia, a no mostrar su afecto por él. Gracián sabía muy bien que pasar por España supondría reavivar viejas brasas y que el fuego volviera, sobre todo entre los Descalzos, que todavía temían su vuelta. Ellos conocían la fuerza moral de este hijo predilecto de Teresa de Jesús y del mal que le habían causado. Su presencia en tierras españolas sería una acusación viva para aquellos que, buscando el poder personal, se olvidaron que ellos no habrían existido sin aquél a quien tanto

persiguieron e injuriaron. La permanencia de Gracián en España, conforme sus planes, sería corta. El tiempo imprescindible para poner en orden sus documentos. Pero los planes de Dios eran otros; lo que debería ser breve pasó a ser una permanencia de casi seis años.

UN PROFETA EN SU TIERRA

Una de las intrigantes afirmaciones evangélicas, transformada en dictado popular, es aquella que escribe Mateo, donde Jesús afirma: “Solamente en su patria y entre su familia un profeta es despreciado” (Mt 13,57). Ya fueron dadas muchas interpretaciones a esta afirmación. Cualquiera que se le quiera dar es innegable que podemos encontrar en la vida de casi todos los santos de la Iglesia momentos en que se puede aplicar esta afirmación.

No nos son desconocidas las contradicciones y sufrimientos por los cuales tuvo que pasar San Francisco de Asís para mantener, por lo menos, los rasgos principales de su Orden mendicante; Santa Teresa de Jesús no se libró de persecuciones y acusaciones hasta el punto de tener que defenderse ante la Inquisición; en tiempos más modernos, el Padre Pío – hoy reconocido como modelo de vida santa – fue duramente menospreciado entre sus hermanos de Orden, los religiosos Menores Capuchinos.

La causa para la beatificación del P. Gracián está en curso. El proceso deja claro que este Carmelita Descalzo llevó una vida ejemplar, fue un hombre de su tiempo. Fiel a su Iglesia, incluso durante los tiempos más difíciles, cuando muchos se echarían atrás. Juzgando bien, no sería un despropósito el afirmar que el P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios fue un profeta en su tierra. Su familia religiosa no sólo le ignoró sino, y esto es peor, intentó hacer que la historia lo olvidara como, de hecho, así ha sucedido durante mucho tiempo.

Pero si los Descalzos no le querían, y esto no significa todos, está claro que muchos –que no eran sus hermanos de Orden- le estimaban, considerándole digno, con rasgos de santidad, a quien se podía confiar tanto los sufrimientos del alma como la fundación de nuevos conventos. Por eso mismo vemos a un Gracián vilipendiado, perseguido y expulsado de su Orden, o sea, una persona sobre la que había caído el descrédito hasta ser considerado un paria, mantener el prestigio y respeto tanto del pueblo simple como de la alta jerarquía de la Iglesia y de la Corte española.

Con las debidas licencias eclesiásticas, Gracián partió de Roma para tramitar sus documentos en Madrid. Por lo que se sabe, el viaje de Roma a Madrid no tuvo ningún percance. No ocurrió lo mismo durante su permanencia en tierras españolas.

Debe haber sentido una gran emoción retornando a su tierra, estando casi ocho años ausente, después de sufrir la humillación de una expulsión injusta, ser prisionero en África, asumir el cargo de Teólogo del Cardenal Deza y, principalmente, poder ver de nuevo a aquellos que tanto amaba. Visita, a primeros de diciembre, las comunidades de monjas de Consuegra, Cuerva y Toledo.

Como la Corte se había mudado a Valladolid, se dirigió a esa ciudad, llegando los primeros días de marzo de 1601. Buscó, primero, hospedaje entre los Descalzos que no le aceptan; se instala, entonces, en el convento de los Calzados⁹⁵. Gracián, con su espíritu poco acostumbrado a ver el lado negativo del ser humano, pensó que los Descalzos no le habían acogido por una cierta “tibieza”. No se le ocurrió pensar que era por algo peor. Algunos de sus antiguos compañeros de Orden estaban muy enfadados sabiendo que él andaba por España vistiendo el hábito del Carmelo. No satisfechos con todo el mal que ya habían hecho a aquel padre, reanudaron sus intrigas y pedidos, insistiendo en que le fuera aplicada la sentencia condenatoria de 1592, aquella que le expulsaba de la Orden y le impedía continuar vistiendo el hábito de los Carmelitas Descalzos.

Gracián vino a saber de todo esto que sucedía. Debe haber sonreído, aun sabiendo que era vigilado constantemente. Su situación, ahora, era mucho mejor y tenía consigo todas las armas para ridiculizarles; a pesar de eso, muestra, una vez más, la grandeza de su formación teresiana: no se estremece cuando cae sobre él la injusticia⁹⁶. No se asusta con la agitación que va dejando tras de sí y prefiere dedicarse por completo al objetivo que le había traído a España: preparar los papeles para ir como misionero a Marruecos.

Poseer un espíritu de perdón no significa renunciar a los sentimientos humanos. Gracián siempre perdonó a sus perseguidores, llegó a decir que “ellos actuaban así (persiguiendo y expulsando) porque pensaban estar haciendo lo que era mejor para la Orden”. Esto no significa que el perdón apague el sentimiento –aunque sí lo santifica-. Gracián, como cualquier ser humano, sufría interiormente por las persecuciones a que era sometido; sufría con la indiferencia de sus hermanos de Orden, con la morosidad con que se tramitaban sus pedidos, pero sabía que todo eso no pasaba de tormentas provocadas por ambiciones e inconstancias humanas y, ciertamente, continuaba cumpliendo la misión que Santa Teresa le había encomendado; nada podía ser mayor que seguir caminando – sin desvíos – fiel a la obra fundacional de Teresa de Jesús.

Otro tipo de sufrimientos se cernía sobre él: la muerte de su madre, doña Juana Dantisco, mujer fuerte y fiel. Grande amiga de Santa Teresa de Jesús, mantuvo una correspondencia con ella bastante importante. Las cartas revelan no sólo la estima que se tenían mutuamente, sino también el alto grado de sus virtudes.

Doña Juana murió asistida por aquel hijo sacerdote a quien tanto amara; un hijo que llegó al lecho de muerte – providencialmente – después de haber pasado por innúmeros peligros de muerte y daños morales.

El 7 de octubre de 1601, Gracián escribe a las Carmelitas Descalzas de Consuegra, una carta donde narra la enfermedad y muerte edificante de su

⁹⁵ En una carta a su hermano Tomás, fechada el 4 de marzo de 1601 y escrita en Valladolid, escribió Gracián “mi posada es en el Carmen a la Puerta del Campo. Tengo una muy buena celda que los Padres de muy buena gana me han dado y con mucho contento y regalo. Primero hice la estación a los Descalzos, y como los hallé tibios, acudí a los Calzados”

⁹⁶ En Camino de Perfección, escribe Teresa de Jesús: “verdaderamente, es de gran humildad verse condenar sin culpa y callar, y es gran imitación del Señor que nos quitó todas las culpas”, cap. 15, 1

madre. De esta carta, un poco larga, merece la pena transcribir algunas partes. Descubre algo sobre esta mujer que trajo al mundo al confesor, confidente, amigo y colaborador de la Santa Fundadora del Carmelo Descalzo. Presenta, además, a un Gracián que, lleno de amor humano por su madre, supo – como pocos – transformar tal amor en un sentimiento espiritual, tal y como le había enseñado Teresa de Jesús y que hoy podemos leer en el “Camino de Perfección”⁹⁷. Escribió Gracián:

“La gracia del Señor dé a Vuestra Reverencia los dones que deseo, amén.

Escribo a todas juntas, porque las oraciones de todas he menester para lo que diré.

Yo estaba determinado muchos días ha de irme a Berbería, y cada vez que me quería poner en camino hallaba algún estorbo. Al fin me resolví de irme como huyendo, porque acá el Duque de Lerma y no sé quiénes andan en unos pensamientos harto aborrecibles para mí, que no deseo otra cosa sino afrentas por Cristo.

Andábamos aquí dos en la solicitación de las cosas de Indias y hanse hecho algunas muy bien; y al uno, que es el padre fray Martín Ignacio de Loyola, que era Descalzo Francisco, mi compañero, han hecho obispo, porque dicen que no se pueden hacer bien las conversiones si no es como los Apóstoles las hicieron, que es llevando facultades, para que el que va convirtiendo, vaya ordenando clérigos de los que convierte. Al fin, por estos miedos yo me iba a la sorda sin despedirme de mi madre, porque lo sentía mucho, cuando Nuestro Señor me dio las tercianas. Y cuando estaba con ellas, cayó mala Anica y mi madre: la niña de tercianas dobles, mi madre de cámaras y vómitos con alguna calentura.[...].

Día de sábado, en que mi madre solía comulgar, al medio día se la llevó Nuestro Señor como una santa. Luego que cayó mala se confesó muy a su gusto y ocho días ha hicimos su testamento. Un día que se le quitaran los vómitos, comulgó con grañidísima devoción; oleáronla y respondía a todas las palabras de la unción, porque nunca le faltó el oído y habla hasta un curato de hora que la llevó Dios. Yo nunca me le quité de la cabeza y tres noches la velé, que no me cansara aunque fuera ciento. Yo quedé tan consolado de su buena muerte, que tengo por muy cierto que está en el cielo”.

Al pie de la página él añadió:

“Poco antes que muriese le di el hábito del Carmen como a monja con todas sus bendiciones...”

El P. Gracián tenía algo en su interior que le arrastraba como un torbellino. Su vida era una incansable rosca “sin fin”: apenas había concluido un trabajo y ya tenía otros proyectos. Su capacidad para batallar con diferentes cosas al mismo tiempo, era impresionante. Podría haberse quedado en Valladolid durante algún tiempo, guardando luto por su querida madre. Pero como él

⁹⁷ Ver cap. 7

mismo decía, “tengo por cierto que ella está en el cielo” y nada más podía hacer pues no existe mayor alegría que saber que nuestros seres queridos están en la casa del Padre.

Después de haber cumplido con sus compromisos de visitar algunos conventos de la región, viajó para Valladolid a comienzos de noviembre. Le urgía comenzar el proyecto en el cual estaba totalmente interesado: las misiones. El día 17 de ese mismo mes cogió un barco para atravesar el estrecho de Gibraltar en dirección a Ceuta y Marruecos. Desde Ceuta escribió una carta entusiasmado, reafirmando el deseo de morir mártir en nombre de Jesucristo⁹⁸. Pero su ímpetu misionero fue continuamente impedido por la burocracia. Tuvo que volver varias veces a España, pues nunca estaban completos los papeles y los documentos necesarios para poder realizar su misión con toda libertad. A pesar de eso, con todos los problemas surgidos, él se dedica a la propagación de la fe hasta mediados de 1602.

Notando que eran inútiles sus esfuerzos y que era también una gran pérdida de tiempo y energía continuar insistiendo, da por concluida su misión en África. Pero el espíritu de Santa Teresa, y el deseo de salvar almas no le abandonaron, al contrario, ante la imposibilidad de predicar la Misión en África, se ofrece a los cardenales de la Propaganda Fide, para la misión de Etiopía. Y a la espera de una respuesta, se instaló en Madrid.

Este episodio de las Misiones en la vida del P. Gracián no puede ser tratado como si fuese un ímpetu momentáneo. Su percepción sobre la vida carmelitana era totalmente misionera, al contrario del P. Doria y sus seguidores. No podemos olvidar que todavía estaba en Portugal, como Vicario General de la Orden, en 1586, cuando escribió un libro – que le costó algunos dolores de cabeza, provocados por los dorianos -, cuyo sugestivo título era “Estímulo para la propagación de la fe”. Otro escrito, publicado en Nápoles (1593) y más tarde en Madrid (1616), “Celo por la propagación de la fe”, mereció del historiador el siguiente comentario: “Una de las glorias más puras y legítimas del P. Jerónimo Gracián fue su celo en dilatar la fe cristiana por todos los ámbitos de la tierra. En esto, como en tantas otras cosas, procedió en total conformidad con la M. Teresa de Jesús, capaz ella sola de pegar fuego al mundo con los encendimientos de su amor misionero”⁹⁹.

Sirvió a la causa misionera escribiendo, enviando religiosos para las misiones del Congo, cuando todavía era Provincial del Carmelo Descalzo y yendo, él mismo, para tierras distantes, como misionero. Cuando las reformas de Doria cerraban – para el Carmelo español – las posibilidades misioneras, tan queridas y deseadas por Santa Teresa, se empeñó en abrirlas para la Congregación de los Carmelitas Descalzos de Italia, alcanzando con esta iniciativa un gran éxito. Posee todos los títulos necesarios para figurar entre los grandes misioneros de su época.

⁹⁸ Cf. Carta a las Carmelitas de Consuegra, Ceuta, 21 de noviembre de 1601

⁹⁹ Silverio de Santa Teresa – Obras del P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios – Tomo III, Burgos, Monte Carmelo, 1933, p. VII

Pero nada de esto calmaba los ánimos de sus enemigos españoles. Durante el tiempo que permaneció en Madrid tuvo que enfrentarse con los pequeños disgustos e intrigas de sus hermanos Descalzos. Se supone que tales disputas caían sobre él como moscas que se apartan y vuelven, que no causan mayores males pero que incomodan y no permiten concentrarse. Hasta para un santo – especialmente para aquellos que sólo quieren trabajar por el Reino de Dios – esta falta de tranquilidad puede llevar a una fatiga total. Gracián llegó casi al agotamiento y pensó seriamente en volver a Italia. No es fácil ser profeta en la propia familia. Pero sus intenciones fallaron y tuvo que permanecer en su patria.

Le encontraremos, durante este tiempo, dedicado a grandes e importantes actividades: predicaba intensamente en diversos lugares y se dedicaba a visitar los monasterios de las Descalzas; dedicó mucho de su tiempo a buscar recursos para imprimir sus escritos y preparando el proceso para la beatificación de Teresa de Jesús. Puede parecer poco, pero la extensión e intensidad con que se dedicaba a esas tareas acabaron afectando su salud. El primer síntoma se manifiesta a través de la dificultad que encuentra para mover su brazo derecho. “No escribo más largo”- nos dice él – “porque desde mediada la Cuaresma, que predicando” con mucho entusiasmo “en un convento de monjas de Madrid, del bracear me quedó un dolor en el brazo derecho; nunca se me ha quitado y ha crecido y entorpeceme la mano para escribir”¹⁰⁰.

Sigue desarrollando su actividad apostólica hasta que Dios comienza a mover la historia para que él realice su última misión en la tierra. A principios de 1607 recibe una invitación para predicar la Cuaresma en Pamplona. Duda un poco a la hora de aceptar esta misión pues tenía otros muchos encargos, pero acaba aceptando, como un acto de obediencia a su superior de entonces, el P. Juan de Heredia, Provincial de los Calzados de Aragón. Lo que él no sabía es que otra misión le estaba siendo preparada y él sería, una vez más, el “siervo fiel”, un “instrumento” en las manos de Dios.

Antes de partir para Pamplona, le llega un pedido del Marqués de Guadaleste, recientemente nombrado embajador de Felipe III para los Países Bajos. El pedido era directo: renunciar a la predicación programada para Pamplona y viajar con él para Bélgica. Gracián responde al Marqués diciendo que el compromiso de Pamplona estaba sujeto al voto de obediencia, al cual no puede faltar. Inconforme, el nuevo embajador echa mano de su autoridad e influencias y acaba consiguiendo la autorización que pretendía.

Todo parecía transcurrir según los planes del embajador, pero él no podía imaginar que su gesto desencadenaría una terrible batalla interior. Gracián se preguntaba: ¿qué es lo que dará mayores frutos: partir o quedarse? Durante largo tiempo meditó sobre las razones de una u otra alternativa; finalmente, se decide a acompañar al embajador. Entendió que las razones para quedarse pecaban de excesivamente humanas; los motivos para partir tenían un carácter sobrenatural: “Mucho tiempo ha que no hay en mi alma otra deliberación ni determinación sino de cumplir perfectamente la voluntad de Dios, y ésta en los religiosos la certifica la obediencia”. Puesta ésta premisa empieza a señalar las

¹⁰⁰ Cf. Carta a la priora de Consuegra, 26 de abril de 1603

razones para partir: “Una de ellas es el deseo de morir por Cristo y padecer martirio por él”. Y recordando la parábola de los talentos, prosigue: “La doctrina de teología escolástica que oí y en que gasté mucho tiempo, donde se enseña a defender la fe y el arte de la esgrima contra los herejes, nunca la he ejercitado ni es tan de provecho en esta tierra como en aquella; y si pudiese, no querría que me pidiese Dios cuenta de aquel talento, teniéndolo ocioso hasta el fin de la vida”¹⁰¹.

El 29 de mayo de 1607 salió de Pamplona acompañando al Marqués de Guadaleste y su esposa. Era la despedida definitiva de la patria, donde jamás volvería. Pasando por París, se encontró con Ana de San Bartolomé, que fuera tantos años secretaria de Santa Teresa, con quien vendría a tener una relación muy estrecha para fijar el legado espiritual de la Madre Fundadora. Debe haber sido un encuentro de mucho consuelo para ambos. Gracián pudo hablar con alguien que vivió con su Madre Teresa hasta los últimos momentos de su vida. Y Ana de San Bartolomé pudo recordar la alegría de Teresa cuando dictaba para ella las cartas a él destinadas.

Gracián dejó París lleno de planes y esperanzas para su última jornada...

¹⁰¹ Cf. Carta común a sus amigos, Pamplona, fines de mayo de 1607

LA ULTIMA JORNADA

Después de un largo viaje, llegó a Bruselas y, según parece, muy animado pues, nada más pasados ocho días desde su llegada, escribió una carta¹⁰² llena de planes y buenas impresiones, a su hermana – Juliana de la Madre de Dios – que se encontraba en el Carmelo de Sevilla. Lo que escribió en esa carta demuestra claramente la fidelidad de este hombre a aquella mujer que había depositado en él total confianza y amor espiritual, así como su espíritu emprendedor para las cosas de Dios. Escribe:

“Que cosa tan nueva se le hará ver carta mía desde Bruselas, y cómo dirá ¿qué quien me ha traído a Flandes? Yo creo que Dios y nuestra santa madre Teresa que anda zarceando por estas tierras como suele, porque la devoción que con ella y con sus monjas y libros se tiene en toda Francia y Flandes, no se puede creer: todos sus libros andan impresos en francés y ahora se imprimen en flamenco, y han hecho tanto fruto, así para afervorar católicos como para conversión de herejes, que no hay quien lo sepa contar.”

Después de narrar, detalladamente, la visita que hizo a los conventos que encontró, continua su carta haciendo una suposición:

“Víneme a apear al monasterio del Carmen de los Calzados, donde estoy entendiendo en lo principal a que vine, que es imprimir mis obras, que hay en estas tierras mayor comodidad que en ninguna parte, y como tengo tanto que hacer en esto y en otros negocios graves que acá se ofrecen, pienso meterme poco en cosas de frailes y monjas, sino cuando mucho predicarles algunas veces y animar a que los Descalzos vengan.”

Puede parecer extraño que un hombre que había vivido casi toda su vida animado por grandes y santas batallas quiera ahora estarse quieto en un rincón, escribiendo pacíficamente algún tratado que interesaría a muy pocos.

Aquí es necesario volver un poco atrás en la historia. Gracián siempre fue un escritor fino y perspicaz, entrenado en la gran universidad de Alcalá de Henares. Si sus escritos son ignorados por el público en general, se debe a una única razón: el ostracismo a que fue sometido por sus hermanos de Orden.

El nunca dejó de escribir. Y escribió mucho. Es de lamentar que sólo ahora, pasados casi cuatrocientos años, sus obras comiencen a salir a la luz. Pero quizás aquí sea necesario recurrir al libro del Eclesiastés, en que se nos recuerda que los tiempos, los caminos y los planes de Dios, no son siempre los caminos y los planes de los hombres, pues el tiempo oportuno para plantar y tiempo de cosechar, el tiempo para llorar y el tiempo para alegrarse pertenece a Dios y es,

¹⁰² Carta fechada el 8 de julio de 1607

para los hombres, un misterio. Quizás ahora los tiempos estén aptos para comprender el espíritu y el mensaje que el P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios nos dejó.

Su entusiasmo para escribir se había originado en los bancos escolares, pero ya sacerdote, estando en Sevilla, se puso a pensar sobre qué escribir y, cuando pensaba en estas cosas, se aproximó a él Fr. Francisco de Jesús – que acababa de concluir su tiempo de oración mental – y le dijo: “Nuestro Señor Jesucristo me ha dicho que os diga de su parte que escribáis libros para provecho de las almas”. Gracián se sorprendió con esta revelación, pues no había comentado nada a este respecto con Fray Francisco.

Considerando que tratados de teología, lógica y metafísica serían aprovechados por pocos y, además, sobre esos asuntos ya existían buenos libros escritos por santos doctores, pasó a dedicarse a la “teología mística y cosas de devoción y oración y el trato interior entre el alma y Dios”¹⁰³. Sobre la obra escrita ya hablaremos más extensamente, en el capítulo siguiente. Lo importante, ahora, es dejar claro que no es un despropósito ver en su ida a Bélgica un tiempo, concedido por Dios, para que este hombre pudiera encontrar el ambiente necesario para trabajar – más tranquilamente – en sus escritos pues en ellos podremos leer su pensamiento y la descripción de su obra a favor y en fidelidad a la Santísima Trinidad y a la Orden fundada por Santa Teresa de Jesús.

Un año más tarde, está el P. Gracián envuelto en una diversidad de ocupaciones que él mismo nos cuenta en su carta¹⁰⁴:

“Gloria sea al Señor vame muy bien de salud en esta tierra, y como mi deseo no es otro que el servicio de Dios, y aquí hay ocasiones muy graves para ello, estoy contento”.

Y, a continuación, prosigue: “que es por los que pelean contra los herejes, que acá siempre andamos en estas batallas, y aun en los sermones me dicen que nunca faltan quien los oye de ellos, y con esto y el escribir contra malas doctrinas e imprimir lo que está escrito pasamos la vida. A las madres Descalzas predico algunas veces; en otras cosas tuyas no me entremeto,... y yo me hallo bien a mis solas en mi celda de una huerta, donde paso mi vida eremítica.... ocupando lo más del tiempo que puedo en oración para acabar la vida, que espero en Dios será este año”.

Esta última frase puede hacernos suponer que el P. Gracián estuviera enfermo y esperando la muerte. Pero esto no es verdad, una vez que afirma al comienzo de su carta que se encuentra bien de salud. Es probable que estuviera viviendo un estado de bienaventuranza, el mismo estado que podemos sentir en el poema que Santa Teresa de Jesús escribió:

“¡Cuán triste es, Dios mío,
la vida sin ti!

¹⁰³ Cf. Peregrinación, p. 206

¹⁰⁴ En carta enviada a su hermana Juliana el 26 de julio de 1608

Ansiosa de verte,
deseo morir!”¹⁰⁵

Pero no había llegado su hora; todavía tendría seis años más de larga jornada. Años llenos de dinamismo apostólico y profunda interiorización contemplativa. El trabajo y la oración le rejuvenecían de tal modo que manifiesta a las Monjas del Carmelo de Consuegra: “tengo más salud y fuerzas que he tenido jamás, aunque con gran deseo de irme a descansar este año”¹⁰⁶.

Las actividades que más ocupan su tiempo y sus fuerzas son las de escribir e imprimir sus escritos anteriores y redactar otros nuevos. No menos empeño ponía en la propagación y divulgación de las obras de Teresa de Jesús, desarrollando una intensa campaña para su beatificación. Era, para él, un gran consuelo y estímulo la buena fama y estima que la “Madre Fundadora” tenía en Bélgica y en Francia, algo que no ocurría – con la misma fuerza – entre la alta jerarquía del Carmelo español. Trató de repartir estampas, retratos y recuerdos de su Madre espiritual. Preparó, con cariño y cuidado, la declaración procesual para la beatificación de Teresa de Jesús, conforme el formulario propio, llegado de Italia. Sus esfuerzos no fueron inútiles; el P. Gracián tuvo la felicidad y la alegría de poder celebrar la beatificación de su Santa.

En ningún momento, por supuesto, abandonó su vocación de predicador y su “celo por las almas”. En 1610 se dirige a Amberes para predicar la Cuaresma. Escribió a su hermana Juliana de la Madre de Dios: “Vine desde Bruselas a este castillo de Amberes a predicar la Cuaresma, y aunque predico cada día (que ya en mi edad es más cansancio), el gusto de hacer fruto a mil y seiscientas almas de soldados españoles que aquí hay y estaban sin tener a nadie que les predicara, me anima y esfuerza”¹⁰⁷.

Permaneció en Amberes hasta final de año. Estaba preparándose para volver a Bruselas cuando cayó gravemente enfermo, con una fiebre tan alta que se temió por su vida. Después de un largo y duro tratamiento recuperó la salud y retomo sus múltiples actividades.

En mayo de 1611, Gracián se enfrenta, nuevamente, con la muerte de una persona muy querida. La primera había sido la de su querida mentora espiritual: Teresa de Jesús; la segunda, su madre, Juana Dantisco; y ahora, estaba ante la muerte de María de San José (Dantisco), excelente religiosa, de gran tino y talento, hermana muy querida. Gracián sufrió mucho con esta pérdida. María de San José era para él más que una hermana, era confidente y consejera; gracias a ella se conservaron la mayor y más rica colección de cartas que de él conocemos. Además, como reconoce Astigarraga, gracias al afecto y cuidado filial de María de San José (Dantisco) es posible reconstruir con notable exactitud el texto de una buena parte de las cartas dirigidas por Santa Teresa a su principal colaborador, P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios,

¹⁰⁵ Cf. Santa Teresa de Jesús – Poemas – “Ayes del destierro”

¹⁰⁶ Carta fechada el 28 de julio de 1608, a la priora del Carmelo de Consuegra, María de San José (Dantisco), su hermana

¹⁰⁷ Carta de marzo de 1610

protagonista máximo, junto con ella, en esa aventura histórica que es el Carmelo Teresiano¹⁰⁸.

Aunque fue mucho el sufrimiento, no permitió que el sentimiento superara su deber. Podría ser normal que enfriara sus relaciones con el Carmelo de Consuegra – donde era priora María de San José – pero, a pesar de eso no perdió el amor que tenía por su convento de Consuegra. Dejó esto claro al escribir para las monjas de aquel convento: “Estoy tan ocupado que no puedo escribir a cada una en particular como querría. Y a la verdad, como las amo a todas tanto, y mucho más después que la M. María de San José se fue al cielo, paréceme que haría agravio a mi convento si quisiese más a una que a otra”¹⁰⁹.

El año de 1612 trajo al P. Gracián un regalo que debe haber sido, al mismo tiempo, motivo de alegría, pero también de recuerdos nostálgicos. Volviendo para Amberes, para predicar el Adviento y ayudar en la nueva fundación teresiana allí instalada, encontró, como priora, a Ana de San Bartolomé¹¹⁰, que, según él, continuaba siendo sincera, muy simple y muy santa.. No pudo dejar de exclamar: “paréceme que estoy en el tiempo de la primitiva Descalcez”¹¹¹.

Esta expresión es perfectamente comprensible, pues es innegable que Ana de San Bartolomé fue, y continua siendo, una fuente fidedigna del carisma de Santa Teresa de Jesús. No fue por otra razón que ella colocó bajo la protección de la Santa el convento de Amberes pidiendo, incluso, que la misma Santa fuera la priora de aquella casa. Todo parece indicar que consiguió tal protección pues escribió en su autobiografía: “tengo por cierto que la Santa gobierna esta casa y tiene por ella particular cuidado”¹¹².

El P. Gracián no podía dejar de comprender que tal encuentro era un regalo de lo alto. La Madre Ana, como él, amiga y confidente de Santa Teresa, también había sufrido grandes y graves persecuciones por intentar mantener la pureza del carisma de Teresa. Él tenía, ahora, una interlocutora a su altura, que podría entender completamente sus esfuerzos por divulgar la obra de la Madre Fundadora y su canonización. Podría entender, también, que él, Gracián, estaba siguiendo fielmente el ideal de Teresa de Jesús cuando trabajaba constantemente por el ideal misionero.

Estando cerca del fin de su peregrinación terrestre, aumentaba en su corazón el amor por el Carmelo Teresiano y, usando todas sus influencias y

¹⁰⁸ Cf. Astigarraga, Juan Luis – Las cartas de Santa Teresa a Jerónimo Gracián: valor textual de la antología de María de San José (Dantisco) – MHCT (Subsidia 1), Roma, 1978

¹⁰⁹ Carta a las Carmelitas de Consuegra con fecha de 1 de octubre de 1611. La M. María de San José (Dantisco), hermana del P. Gracián, murió a los 48 años de edad en Consuegra.

¹¹⁰ Ana de San Bartolomé había nacido en el Almendral de la Cañada (Toledo) el 1.10.1549 y murió en Amberes (Bélgica) el 7.6.1625. Fue beatificada por Benedicto XV el 6.5.1917. Entró como Carmelita en San José de Avila el año 1570. Aprendió a leer y escribir con Santa Teresa de Jesús. Siempre acompañó a la Santa, hasta el lecho de su muerte. Fue su secretaria y enfermera. Fundó el convento de Pontoise (Francia) siendo allí priora. Fue también priora del monasterio de Paris (1605-1608). Fundadora del monasterio de Tours (Francia) y posteriormente del de Amberes (1612) donde también fue priora. Dejó importantes y numerosos escritos.

¹¹¹ Carta a la M. Juliana de la Madre de Dios, diciembre de 1612

¹¹² Cf. Urkiza, Julián, OCD – La M. Teresa de Jesús y Ana de San Bartolomé – Monte Carmelo, Vol. 102, nº 1, 1994, p. 9

buscando todos los medios de que disponía, trató, incansablemente, de que los Descalzos se instalasen y prosperasen en los países donde el protestantismo se había establecido.

La última carta de que se tiene noticia, escrita por el P. Gracián, desborda afecto por los Carmelitas Descalzos, aunque lamenta que algunos de ellos todavía criticasen lo que él había escrito sobre el celo por la salvación de las almas. Con esta carta envía – a su hermana Juliana – un pequeño libro, recientemente impreso: *Arte de bien morir*. Esta carta fue escrita siete días antes de su muerte.

Nunca consiguió apartar de su espíritu una gran nostalgia por el Carmelo Teresiano. Nada le habría sido más grato que morir entre sus hermanos Descalzos, a quienes “nunca tuve más en el corazón que ahora, y aunque querría morir entre ellos... callo y acudo a Dios, el cual sabe que mi intento es serviles”¹¹³. No pudo realizar este deseo.

El día 20 de setiembre salió, acompañado por otro religioso, para atender algunos asuntos de su ministerio sacerdotal, en el pueblecito de Alost. Habiéndose atrasado más de lo calculado, llegó, a la vuelta, bastante noche y encontró los portones de las murallas de la ciudad de Bruselas ya cerrados. Buscó, entonces, la casa parroquial, que estaba fuera de las murallas, para pasar la noche. Durante la noche sintió una angustia hasta entonces nunca sentida. No era la angustia normal que se siente cuando se está ante algo desconocido. Era una angustia que le ahogaba e invadía todo su cuerpo, como si sus energías y disposición para reaccionar ya no pudiese controlarlas.

El malestar asumía unas proporciones tales y eran tan grandes sus ansias de vómito que no tuvo otra salida sino pedir ayuda al religioso que le acompañaba: intentaba levantarse y no podía. Con su ayuda consiguió caminar un poco y le vino un gran vómito. El esfuerzo que hizo agravó su estado; se sintió tan débil que no pudo volver a la cama. Prepararon, entonces, otra – en el suelo – con la esperanza de que iría mejorar. Pero no fue así.

Cuando amaneció, el P. Gracián pidió que fuesen al convento para avisar sobre su estado de salud. El mensajero, no sabiendo distinguir los diferentes hábitos de los religiosos, encontrando a un dominico le dijo que fuera a la casa parroquial para atender a un fraile de su Orden que se encontraba muy enfermo.

Llegando a la casa, el fraile dominico, inmediatamente se dio cuenta que no se trataba de un hermano de su Orden y se puso a bromear sobre el caso. Fue tan grande la alegría del P. Gracián al ver ese sacerdote que le pareció en ese momento tratarse de un ángel del cielo que le había venido a visitar y con este ánimo se confesó.

Pocas horas antes de expirar pudo ser trasladado al convento de los Calzados – donde vivía -, muriendo con una gran paz interior, a las seis horas de

¹¹³ Carta a su hermana Juliana de 15 de septiembre de 1614

la tarde del 21 de setiembre de 1614. Tenía, entonces, 69 años y dos meses de edad.

El Padre Eterno había llamado a su hijo. Era la hora de recibir su premio. Como el apóstol San Pablo, había combatido el buen combate y, a pesar de tantas adversidades, mantuvo la fe.

JERONIMO GRACIAN, SUS ESCRITOS Y SU MÍSTICA

En una obra actual sobre la mística del Carmelo podemos leer: “Entre el grupo de religiosos, dentro de la escuela de la espiritualidad carmelitana, brilla con luz propia, el P. Jerónimo Gracián”¹¹⁴.

Sobre su personalidad místico-literaria, el P. Simeón¹¹⁵ declara que era impresionante. Durante los 40 años transcurridos desde su profesión en el Carmelo Teresiano, hasta su muerte, nunca dejó de escribir. La verdad es que no escribió fríos tratados académicos. Escribió directamente para almas que precisaban de guía en el camino de la perfección cristiana; por eso se trata de escritos claros, simples y breves. Son páginas perfectas, tanto en cuanto al fondo como a la forma literaria, que merecen ser incluidas entre las mejores de los escritores del siglo de oro español.

Su espiritualidad tiene como centro y culminación la doctrina sobre la oración mental. Sobresale en sus escritos místicos la doctrina sobre la unión espiritual, que constituye la sustancia de la vida mística, juntamente con los fenómenos interiores que normalmente la acompañan.

La obra escrita por el P. Gracián es tan extensa y profunda que merece un estudio particular. Como una pequeña muestra, muy sintética e incompleta, indicamos y comentamos, a continuación, algunos de sus escritos.

Sobre las misiones

No sería faltar a la verdad afirmar que el P. Jerónimo Gracián fue un grande y, quizás, el primer misionero del Carmelo Teresiano. Ciertamente que aquí no se está hablando de misiones en el sentido tradicional. Aunque no estaría demás reclamar una nueva visión sobre ese término. Fue muy interesante, por ejemplo, el título que Henry Godin e Y. Daniel dieron al libro que escribieron y publicaron: “Francia ¿país de misión?”. Por extraño que pueda parecer, asociar la idea de misión a la evangelización de pueblos distantes, ya no tiene sentido. La rápida descristianización occidental y la nueva perspectiva del Pueblo de Dios, expuestas en los documentos del Concilio Vaticano II, exigen que tal término pierda su “qué” de aventuras en tierras extrañas.

La ilustrada y sofisticada Francia está abierta a una actividad misionera, afirman aquellos autores. Esto significa que no es preciso ir lejos para ser misionero. Santa Teresa del Niño Jesús jamás salió del claustro del Carmelo de Lisieux; y ¿quién se atrevería a negar que realizó y sigue realizando una impresionante actividad misionera?

¹¹⁴ Cf. García, Ciro – La mística del Carmel – Burgos: Editorial Monte Carmelo, 2002, p. 24

¹¹⁵ Cf. Simeón de la Sagrada Familia – Panorama Storico-bibliografco degli autori spirituali teresiano – Archivum Bibliographicum Carmelitanum (ABC) 12, pp. 9-10

¿No es acaso actividad misionera la decisión del P. Gracián al enviar misioneros al Congo y a México cuando era Provincial de la Orden Teresiana? ¿Qué nombre se puede dar a su actividad apostólica dentro del ambiente musulmán, cuando estuvo como prisionero? Y ¿su celo por la conversión de los herejes, en Bélgica?

Su corazón estaba lleno de “celo por las almas”. Ciertamente que nunca participó, personalmente, de un grupo “misionero”, pero sí es verdad que se ofreció – retornando a España para conseguir los salvoconductos necesarios – para incorporarse a diferentes expediciones misioneras. Tampoco se puede negar su influencia en la creación de la “Congregación para la propagación de la fe”. En Italia, junto a la Orden del los Carmelitas Descalzos, impulsó y animó -todo lo posible- la obra misionera, sobre todo en Persia y en el Oriente.

En el año de 1608 era tal su presencia e importancia junto a la Santa Sede en el asunto de las misiones, que fue indicado para ser obispo de Armenia. Pero no llegó a ser consagrado. Este hecho no le desanimó, pues “Nuestro Señor me concede la gracia de no desear nada, a no ser lo que El quiere”, escribió a su hermana María de San José.

Si existe alguna duda sobre el valor misionero del P. Gracián, quizás el testimonio histórico del P. Silverio de Santa Teresa, nos ayude de algún modo: Una de las glorias más puras y legítimas del P. Jerónimo Gracián fue su dedicación a divulgar la fé cristiana por todos los rincones del mundo. En esto, como en otras muchas cosas, procedió en conformidad con la Madre Teresa de Jesús que, sola, - con su ardor misionero – podía incendiar el mundo.

Su gran interés por las misiones quedó marcado en la historia del Carmelo Teresiano a través de sus hechos y de sus escritos. De estos últimos, podemos recordar:

1. Celo por la propagación de la fe
2. Tratado de la redención de cautivos

Sobre espiritualidad

Sobre el P. Gracián se extendió una sombra que obscureció su vida mística y su magisterio sobre la espiritualidad teresiana. De él solamente se destaca la gran disposición para el trabajo y un temperamento siempre dispuesto a luchar por restablecer la verdad, cuando lo que estaba en juego eran las infamias que atentaban contra las verdades de fe, la honra de las monjas o de él mismo. El entusiasmo con que se dedicaba a sus tareas apagaron, de cierto modo, al místico que existía en él, con un gran recogimiento interior y dotado de un carisma especial para entender y orientar a las almas que llegaban hasta él.

No es necesario agotar todos los argumentos sobre la nobleza de su carácter y mucho menos sobre el gran director de almas que fue. Baste recordar que Teresa de Jesús hizo a él un voto de obediencia y le escogió como confesor y consejero. Al P. Gracián debemos la obra maestra de la espiritualidad teresiana: “Castillo interior” o “Moradas”. Esta obra fue escrita por Teresa, obedeciendo al pedido de Gracián.

La Beata Ana de San Bartolomé, Carmelita de un gran discernimiento y santidad, también lo tuvo como confesor¹¹⁶. Para no citar demasiados nombres, pues la relación sería demasiado larga, baste resaltar que fueron pocos los Carmelos Teresianos de España, Portugal, Italia y Bélgica que no le tuvieron como maestro y consejero. A él recurrieron también otras Órdenes no teresianas. Para comprobar el alcance de su acción como director espiritual basta consultar las cartas que dejó. Ellas nos muestran que el P. Gracián no se limitó a atender a religiosos y religiosas. Era grande su estima por los hombres y mujeres que vivían en el mundo. Entre las obras que escribió, muchas eran dirigidas a estos. Podríamos decir que su magisterio espiritual se multiplicó en muchos escritos de catequesis devocional. Merece la pena recordar algunos de ellos:

1. El devoto peregrino
2. El arte de bien morir
3. Sobre la oración mental
4. Doce modos de rezar el rosario

Los Carmelitas Teresianos tienen una devoción especial a San José. Este aprecio tiene su origen en la gran devoción que a este patriarca tenía Santa Teresa de Jesús. Ella le declaró “maestro de oración”. Era tal su afecto por el esposo de María que el primer Carmelo fundado por ella le tiene por patrono. El P. Gracián no se queda atrás en esta devoción. Esto es evidente cuando leemos el más completo, ordenado y erudito tratado que escribió, sobre el esposo de María. El título de este tratado es “Sumario de las excelencias del glorioso San José”, más conocido por su título abreviado: “Josefina”.

La historia de esta obra es muy peculiar y nos manifiesta la sensibilidad del P. Gracián para con las devociones más populares. Un día, estando en Roma, hablando con el Prefecto del Sacro Palacio, llegaron dos carpinteros, de la cofradía de San José, para pedir al Prefecto permiso para imprimir un librito de oraciones y alabanzas a su Santo. El Prefecto les negó el pedido. Los dos carpinteros comenzaron a derramar lágrimas con tanta ternura que dejaron al P. Gracián y al Prefecto conmovidos. El resultado fue que el Prefecto mandó que Gracián leyera el libro y le escribiera, para satisfacer a los cofrades, honrar al Santo y llevar el bien a las almas¹¹⁷.

Si era grande su devoción a San José, María ocupaba, en su corazón, un lugar muy especial. Su amor por la Virgen María era tan grande que llegó a despertar comentarios maliciosos por parte de algunos malintencionados religiosos.

Sobre Nuestra Señora escribió:

1. Discurso sobre el misterioso nombre de María
2. Regla de la Virgen María

¹¹⁶ El P. Gracián fue confesor de Santa Teresa de Jesús y de la Beata Ana de San Bartolomé durante muchos años. Cf. Biblioteca Mística Carmelitana, 17, 1933, p. 258

¹¹⁷ Cf. P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, “Josefinas: sumario de las excelencias del glorioso San José, esposo de la Virgen María”, Biblioteca Mística Carmelitana, 16, Burgos, Monte Carmelo, 1933, p. 374

3. La oración del Ave (incluida en “Sobre el espíritu y devoción”)
4. Devociones y meditaciones de Nuestra Señora la Virgen María (Ídem).

No se puede, dadas las pretensiones de esta pequeña biografía, enumerar y analizar todo el acervo escrito por el P. Jerónimo Gracián. Aquí están apenas consideradas algunas de ellas, a las cuales debemos añadir, evidentemente, otras dos obras de gran interés histórico y autobiográfico:

1. Peregrinación de Anastasio
2. Historia de las Fundaciones

Pero esta relación sufriría un fallo lamentable si no incluyese 1. Diálogos sobre la muerte de la Madre Teresa de Jesús, donde, de modo riquísimo y totalmente dentro de la doctrina de la Iglesia, el P. Gracián defiende el magisterio carismático de la mujer dentro de la comunidad cristiana. Él habla de Teresa de Jesús. Es tan penetrante su visión que redacta, anticipándose, un voto a favor de la declaración de Teresa de Jesús como Doctora de la Iglesia. La historia le hizo justicia; 2. Diálogos sobre el espíritu de Ana de San Bartolomé. En estos diálogos, expone su método de trabajo con las almas y, al mismo tiempo, el rigor analítico de un historiador. Formulando preguntas, comparándolas, buscando los fundamentos, resalta la simplicidad y sinceridad del alma de esta santa.

Dejamos de mencionar otros muchos documentos escritos por el P. Gracián¹¹⁸, como son los Sermones, las Cartas y los iluminados escritos en defensa de su honra y sobre su inocencia ante las injurias y mentiras lanzadas sobre él por sus enemigos.

Es lamentable que las obras escritas por P. Gracián, aún en su lengua de origen (español), sean de difícil acceso. Los especialistas que las conocen y estudian todavía no se animaron en cuidar de una publicación que trasvase a los círculos rescritos.

Ya es hora que la vida y la obra del padre Jerónimo Gracián sean integralmente un patrimonio del pueblo de Dios.

¹¹⁸ Nadie sabe con exactitud el número de obras escritas por el P. Gracián. El mismo enumeró 60, otros 130 y hasta 500 (Cf. Estudios Monte Carmelo 5, 1984, p. 368)

REHABILITACION PONTIFICIA Y CAUSA DE CANONIZACION

Dentro del contexto de la vida contemporánea, cuando los derechos humanos adquirieron su correcta dimensión, llega a ser escandaloso el proceso a que fue sometido el P. Gracián, así como su expulsión de la Orden – donde había sido uno de sus principales protagonistas. Parece hasta obra de ficción. Se puede alegar – con alguna razón – que es preciso comprender las costumbres y creencias de la época donde todo eso aconteció. Pero, aun teniendo en cuenta las tinieblas y supersticiones que todavía dominaban el siglo XVI, no se pueden leer las persecuciones, calumnias y, finalmente, la expulsión de la Orden del Carmelo Teresiano, sufridas por el P. Gracián, sin que se sienta un cierto malestar.

Las “costumbres de los tiempos” no pueden ser responsabilizadas por prácticas maliciosas de alguien o de algún grupo. Esto sería una generalización que atenta contra la caridad – pues coloca a todos “en el mismo saco” – y un error dentro de la perspectiva histórica, pues ignora la dinámica de los grupos humanos y la diversidad de conciencias que lo constituyen.

El caso del P. Gracián no puede ser colocado en la cuenta de “las costumbres de su época”. Sería más correcto afirmar que fue víctima de la ideología de un grupo de hombres que intentó apropiarse – dando un rumbo diferente – de una obra cuyos protagonistas principales habían sido Santa Teresa, San Juan de la Cruz y Jerónimo Gracián. No se debe condenar a esos hombres, pues ni el propio P. Gracián les condenó; al contrario, les atribuyó el título de santos, pues actuaban con la clara intención de “estar haciendo el bien”.

Lo que no está permitido – conforme las informaciones históricas que hoy están a nuestra disposición – es imaginar que actuaban correctamente, tanto en cuanto a las acciones practicadas como en las acusaciones que hicieron. Tanto esto es así que el seis de marzo de 1595, pasados más de dos años desde su expulsión de la Orden, el Papa Clemente VIII – reconociendo el error a que había sido llevado – restituyó a Gracián todas las prerrogativas que le habían sido retiradas, anuló la expulsión, la excomuniación y otras humillaciones que le habían sido impuestas. El texto de la Bula papal está claro y no deja lugar a dudas:

“Y por la dichas autoridad y tennor, hos concedemos y damos licencia que pódays bolver a la dicha Orden de los frailes Carmelitas Descalzos y ser otra vez recebido en él, y que podáys usar y gozar de todas las gracias, privilegios, indultos, favores, prerrogativas y voz activa y pasiva, como si de ella no uviérades sido echado y privado.

Mandando para ello a los dichos Vicarios y Definidores y otros superiores y frailes de la dicha Orden, que hos reciban y traten benignamente y permitan usar y gozar pacíficamente de los dichos privilegios y gracias y otras cosas”.

Totalmente rehabilitado, podía retornar al Carmelo Descalzo, vestir el hábito de la Orden y, naturalmente, seguir sus normas. Pero fuerzas poderosas se levantaron contra la Bula papal y con el argumento de que su regreso a la Orden haría revivir antiguos rencores y traería divisiones dentro del Carmelo, trataron de convencer a Gracián para que no exigiera los derechos que le habían sido restablecidos.

Con enorme dolor, pero pensando siempre en la paz y unidad de la Orden que tanto amaba, Gracián accedió. Buscó a los Carmelitas Calzados que le recibieron con alegría y con la mejor buena voluntad, permitiendo que siguiera las normas y costumbres del Carmelo Teresiano.

Su humildad y espíritu de obediencia, permitieron que sobre su persona y su obra se lanzase una gran sombra. Durante tres siglos fue olvidado o, por lo menos, fue considerado un religioso poco importante en la gran obra de Santa Teresa.

Fue necesario que surgiesen las peticiones del Santo Padre Juan Pablo II para revisar las tragedias y malentendidos, producidos por distorsiones de entendimiento del Magisterio de la Iglesia para que, como una semilla a la espera de agua pura, brotase la urgencia de rehabilitar y declarar oficialmente que Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, siempre fue un Carmelita Descalzo y uno de los principales protagonistas de aquella Orden.

La Declaración oficial de rehabilitación del P. Gracián sólo apareció el 15 de diciembre de 1999. Es una declaración simple, pero cargada de dulzura, sobre un Hermano que sufrió inocentemente y, por saber que era inocente, su entonces superior, el P. Elías de San Martín, le había escrito diciendo: “su corona no está perdida, sino aumentada”.

Declaración oficial de rehabilitación de parte del Carmelo Teresiano

Roma, Navidad de 1999
Prot. N. 289/99 DF

*“En el Capítulo General de 1991, en clima de IV centenario de N.P. San Juan de la Cruz, fue presentada una propuesta del Capítulo provincial y de la Asociación de nuestras Monjas de Andalucía que en las Actas (p. 209 del texto impreso) lleva como título ‘**De Causis Beatificationis et Canonizationis Servorum Dei Annae a Iesu (Lobera), Mariae a Sancto Joseph (Salazar) necnon P. Hieronymi Gracián a Matre Dei introducendis**’. Acerca del P. Gracián se proponía, además, que el Capítulo **revocase la sentencia que se le aplicó de expulsión de la Orden**, como gesto oficial de rehabilitación y de reparación por la injusticia de que había sido víctima. El Capítulo estimó conveniente delegar al Definitorio y a la Postulación el tema de las Causas de Beatificación y Canonización, mientras que sobre la rehabilitación del P. Gracián pidió se examinase ulteriormente el tema desde el punto de vista histórico.*

El Definitorio General, en su sesión 47 del 15 de diciembre de 1999, siguiendo el ejemplo del Santo Padre en este año jubilar, juzgó conveniente

hacer una declaración oficial **que REVOCA LA SENTENCIA DE EXPULSIÓN DE LA ORDEN pronunciada contra el P. Jerónimo Gracián**, hijo y discípulo predilecto de nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, como gesto oficial de rehabilitación y de reparación por la injusticia de que fue víctima.

En efecto, examinando los estudios publicados antes y después del Capítulo general de 1991, los hechos históricos sobre los que sentimos una pena profunda son, especialmente, la expulsión de la Orden del P. Jerónimo Gracián y de su secretario el P. Bartolomé de Jesús, así como los graves castigos impuestos a las Madres Ana de Jesús y María de San José: personas todas ellas de máxima confianza de nuestra Santa Madre y testigos de primer orden en el grupo fundacional.

También es de lamentar el hecho de que, a las injusticias que sufrieron en vida, se añadió el trato injusto que se tributó a dichas personas en nuestra historiografía, borrándolas a veces de donde tenían que estar o achacándoles defectos que en realidad no habían tenido.

A la petición de ser readmitido, presentada por el P. Gracián apenas liberado del cautiverio en abril de 1595 (cf. MHCT 9, p. 184-185), respondió el General P. Elías de San Martín: “También sabe V.R. como quien ha gobernado, que el perlado ha de anteponer el bien de la comunidad a todas las cosas, aunque entre en ellas su vida y consuelo de sus amigos; y por esto me he detenido: para tomar experiencia y ver sí, recibiendo a V.R., quedaría paz entre los religiosos. Y he hallado grandes indicios de que el hacerlo causaría grande discordia y decisión, lo cual, como cabeza, aunque indigno, estoy obligado a evitar en cuanto pudiere. Y para esto, pedir a V.R. que, pues se ha tenido y tiene por tan hijo de la Religión y es tanto el amor que le tiene, que, a trueque del bien de ella de ella, se permita estar apartado; que bien creo algunas veces habrá hecho al Señor la oración de san Pablo: “Cupio anatema esse pro fratribus meis”. Y, pues Su Majestad se lo ha cumplido, no hay por qué tener desconsuelo, pues su corona no está perdida, sino antes creo doblada [...] Y estoy confiado que, cuando Su divina Majestad viere que conviene para mayor bien de su alma de V.R. el ser rescebido de nosotros, lo ordenará como suele ordenar otras cosas sin que los hombres como yo pongan los medios”... (MHTC 9, P. 599-600).

Al mismo tiempo el P. Gracián obtuvo de parte del **Papa Clemente VIII** un Breve titulado Apostolicae Sedis benignitas en que se estableció que fuera readmitido, cosa que no se llevó a cabo.

El Breve a él dirigido dice textualmente: “Os concedemos y damos licencia que podáis volver a la dicha Orden de los frailes Carmelitas Descalzos y ser otra vez recibido en ella, y que podáis usar y gozar de todas las gracias, privilegios, indultos, favores, prerrogativas y voz activa y pasiva, como si de ella no hubiérades sido echado y privado.

Mandando para ello a los dichos Vicarios y Definidores y otros superiores y frailes de la dicha Orden, que os reciban y traten benignamente y permitan usar y gozar pacíficamente de los dichos privilegios y gracias y otras

cosas. No obstante las dichas nuestras Letras ni cualesquier constituciones y ordenanzas apostólicas, etc.”

Aunque tarde y sin querer suscitar nuevas polémicas, el Definitorio juzga que ha llegado ese momento de hacer una declaración que hace justicia a un religioso tan importante para el proyecto de refundación teresiana.

Parafraseando las palabras pronunciadas por Juan Pablo II el 17 de diciembre de 1999 en su discurso a los participantes al Congreso Internacional celebrado en Roma sobre la figura de Jan Hus, también el Definitorio quiere decir: “Hoy, en víspera del Gran Jubileo, sentimos el deber de expresar profunda pena por la expulsión de la Orden infligida al P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, y por la consiguiente herida, fuente de conflictos y divisiones que se abrió de este modo en las mentes y en los corazones de los hijos e hijas de Santa Teresa de Jesús”.

Como sucesores de Elías de San Martín y su Definitorio, que negaran la readmisión en la Orden al P. Gracián, haciendo memoria de lo que debemos al P. Gracián, colaborador fiel e infatigable de nuestra santa Madre Teresa, y deseando seguir el ejemplo de Juan Pablo II y de la Iglesia universal, queremos entrar, en el Tercer Milenio, como Carmelo Teresiano con una memoria reconciliada con su pasado y un entusiasmo renovado para mirar al futuro.

Volviendo al discurso del Papa citado anteriormente, hacemos nuestras sus palabras: “Es de capital importancia, en esta perspectiva, el esfuerzo que los estudiosos pueden desarrollar para alcanzar una comprensión más profunda y completa de la verdad histórica. La fe no tiene nada que temer del compromiso de la búsqueda histórica, ya que la búsqueda está, en última análisis, orientada hacia la verdad que tiene su fuente en Dios <...> La verdad puede manifestarse también incómoda cuando nos pide abandonar nuestros prejuicios y estereotipos enraizados. Esto vale para las Iglesias, las comunidades eclesiales y las religiones, como también para las naciones y los individuos. A pesar de todo, la verdad que nos hace libres del error es también “la verdad que nos hace libres para amar”. (L’Osservatore Romano, 18.12.1999, p.5)

Cuando el P. General, Elías de San Martín, pidió al P. Gracián que, por caridad, siguiera el ejemplo de San Pablo: Cupio anathema esse pro fratribus meis (yo desearía ser separado de Cristo por causa de mis hermanos)¹¹⁹, sabía que estaba pidiendo eso a alguien que, como San Pablo, daría la propia vida para que ninguno de sus hermanos se perdiese. El P. Gracián cargó, él solo, la maldición lanzada sobre él injustamente. Tal era el amor por sus hermanos.

Lo que el P. Elías de San Martín no sabía era que, en aquella carta, él anunciaba una profecía: “pues su corona no está perdida, mas aumentaría”. Efectivamente, impedido de volver a su Orden, el P. Gracián se sentía libre para dedicarse más intensamente a la obra que siempre fue el norte de su espíritu: el “celo por la salvación de las almas”. El carácter heroico de tal celo le concede el

¹¹⁹ Cf. Rm. 9, 3

legítimo derecho de hacer parte de la galería de los santos hombres y mujeres de la Orden del Carmelo Teresiano, hombres y mujeres que fueron y continuarán siendo un ejemplo para todos aquellos que quieren vivir “en obsequio de Jesucristo”¹²⁰.

Los primeros pasos ya han sido dados buscando la beatificación del P. Gracián. El día 15 de diciembre de 2000, el Definitorio General de la Orden de los Carmelitas Descalzos atendió al pedido, a él encaminado, por parte de la “Federación Virgen del Carmen” (Andalucía), “Monasterio de San José” (Antequera, España), “Monasterio de Nuestra Señora de la Asunción y San José” (Curitiba, Brasil) y del “Monasterio de San José” (Sevilla, España). Dado el valor histórico de tal documento, merece la pena transcribirlo integralmente:

Casa Generalizia Carmelitani Scalzi
Prot. No. 241/2.000 DF

*A la Federación “Virgen del Carmen” de Carmelitas Descalzas de Andalucía,
Al Monasterio de Antequera (España),
Al Monasterio de Curitiba (Brasil),
Al Monasterio de Sevilla (España)*

“Amadas Hermanas:

Nuestro Definitorio General, en la Sesión 64 del día 15 de diciembre de 2.000, accediendo a vuestras peticiones (del día 10 de noviembre de 2.000 – Federación Virgen del Carmen, Andalucía, 14 de noviembre de 2.000, monasterio de Antequera, 13 de septiembre de 2.000, monasterio de Curitiba y 14 de noviembre de 2.000, monasterio de Sevilla), ha juzgado oportuno que la Postulación General de la Orden proceda a dar los pasos necesarios, en conformidad con las normas canónicas vigentes, contenidas en el canon 1403 del Código de Derecho Canónico y principalmente en la constitución apostólica “Divinus Perfectionis Magister”, del 23.I.1983, y en las “Normae servandae in inquisitionibus ab episcopis faciendis in causis sanctorum”, de la Congregación para las causas de los Santos del 7.II.1983, para la introducción de las causas del Venerable Padre Jerónimo de la Madre de Dios (Dantisco), sacerdote profeso de nuestra Orden, nacido en Valladolid (España), el 6 de junio de 1545 y muerto en Bruselas (Bélgica), el 21 de septiembre de 1614, y de la Madre María de San José (Salazar), monja profesa del monasterio de Malagón (España), fundadora y priora de los monasterios de Sevilla (España) y Lisboa (Portugal), nacida en Toledo (España) el año de 1548 y muerta en Cuerva (España), el 19 de octubre de 1603.

Que la vida ejemplar de estas dos grandes figuras del Carmelo Teresiano primitivo, su testimonio cristiano de la fe y su experiencia infatigable de la búsqueda y cumplimiento de la Voluntad del Padre sean para nosotros, sus hermanos y hermanas, un acicate para vivir fielmente, con valentía y amor, el seguimiento de Cristo hoy.

Con fraternos deseos de todo bien en el Señor,

¹²⁰ Cf. Constituciones de los Carmelitas Descalzos, Parte I, Cap. 1 § 3, letra e

Roma, 15 de diciembre de 2.000, Año Jubilar.”

El documento está firmado por el Preósito General de la Orden, Fray Camilo Maccise, OCD y por el Secretario General, Fray Silvano Vescovi, OCD.

Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y todas las Santas y Santos del Carmelo Teresiano habrán dicho: ¡**AMEN!**

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- Alvarez, Tomás – Estudios Teresianos vol. III – Burgos: Editorial Monte Carmelo, 1996.
- Alvarez, Tomás – Jerónimo Gracián, pionero de las Misiones Teresianas – Monte Carmelo vol.110, nº. 1-3, 2002.
- Ancilli, Ermanno (org) – Diccionario de Espiritualidad – Barcelona: Herder, 1987.
- Astigarraga, Juan Luis – Las cartas de Santa Teresa a Jerónimo Gracián – Roma: Instituto Histórico Teresiano, 1978.
- Auclair, M. – Teresa de Ávila – Quadrante: São Paulo, 1995.
- Bengoechea, Ismael – Dos nuevas cartas inéditas del Padre Jerónimo Gracián – Monte Carmelo, vol 98, nº 1, Burgos, 1990.
- de la Inmaculada, Ildefonso – La Virgen de la contemplación – Madrid: Editorial de Espiritualidad, 1973.
- de la Madre de Dios, Efrén – Teresa de Jesús – Madrid: BAC, 1982.
- de la Madre de Dios, Jerónimo – Historia de las fundaciones – Roma: Instituto Histórico Teresiano, 1977.
- de la Madre de Dios, Jerónimo Gracián – Diálogos del tránsito de la M. Teresa de Jesús – Roma: Instituto Histórico Teresiano, 1982.
- de la Madre de Dios, Jerónimo Gracián – Peregrinación de Anastasio (Ed. Preparada por Juan Luis Astigarraga) Roma: Teresianum, 2001
- de la Madre de Dios, Jerónimo Gracián – Obras – Burgos: Editorial Monte Carmelo, 1933.
- de Santa Teresa, Silverio – Historia del Carmen Descalzo – Tomo VI, Burgos: Monte Carmelo, 1937.
- Diccionario de San Juan de la Cruz (Director: Eulogio Pacho) – Burgos: Monte Carmelo, 2000
- Diccionario de Santa Teresa de Jesús (Director: Tomás Alvarez) – Burgo: Monte Carmelo, 2001.
- Instituto Histórico Teresiano: Roma - Monumenta Historica Carmeli Teresiani – subsidia 1 - : Las cartas de Santa Teresa a Jerónimo Gracián -, 1978.
- Javierre, José María – Juan de la Cruz: un caso límite – 4ª ed., Salamanca: Sígueme, 1992.

Llamas, Enrique – El P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios y su ascendencia genealógica – Monte Carmelo vol. 102, no. 1, Burgos, 1994

Moriones, Ildefonso – El P. Doria y el Carisma Teresiano – edición privada: Roma, 1994.

Moriones, Ildefonso – Jérôme Gratién de la Mère de Dieu – en: Carmel, nº 104, junho 2002.

Moriones, Ildefonso – Las “Vindicias de la inocencia del Padre Gracián”: testamento de Antonio de los Reyes – Separata de la Revista “Monte Carmelo” vol.106, Burgos 1998, pp. 475-533.

Moriones, Ildefonso – Rehabilitación pontificia del P. Jerónimo Gracián en 1595 – Monte Carmelo vol.103, nº 3 Burgos, 1995.

Moriones, Ildefonso. – El Carmelo Teresiano y sus problemas de memoria histórica – Vitoria: Ediciones el Carmen, 1997.

Pacho, Eulogio – Jerónimo Gracián de la Madre de Dio. ¿Otra rehabilitación? – Monte Carmelo vol.109, nº 1, 2001.

Pacho, Eulogio – Jerónimo Gracián de la Madres de Dios. Vida y obras – Monte Carmelo, vol 91, nº 3, Burgos: 1983

(Salazar) Maria de San José – Escritos Espirituales – Postulación General OCD – Roma, 1979

Santa Teresa de Jesús, – Cartas – Burgos: Editorial Monte Carmelo, 1979.

Santa Teresa de Jesús, – Obras Completas 11ª edición– (org. Tomas Alvarez) Burgos: Editorial Monte Carmelo, 2001.

Vaticano II – Constituciones, Decretos y Declaraciones.